

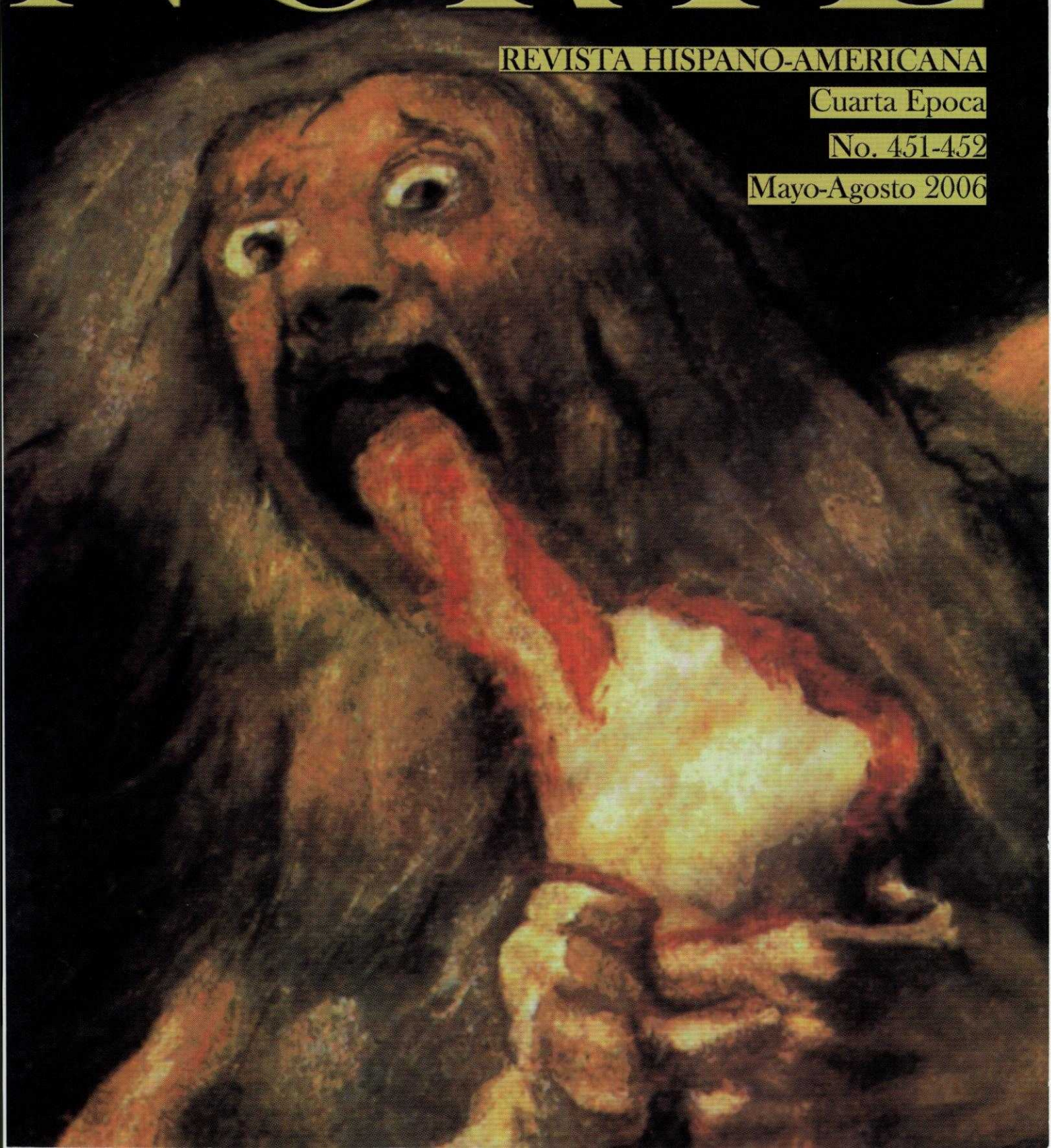
NORTE

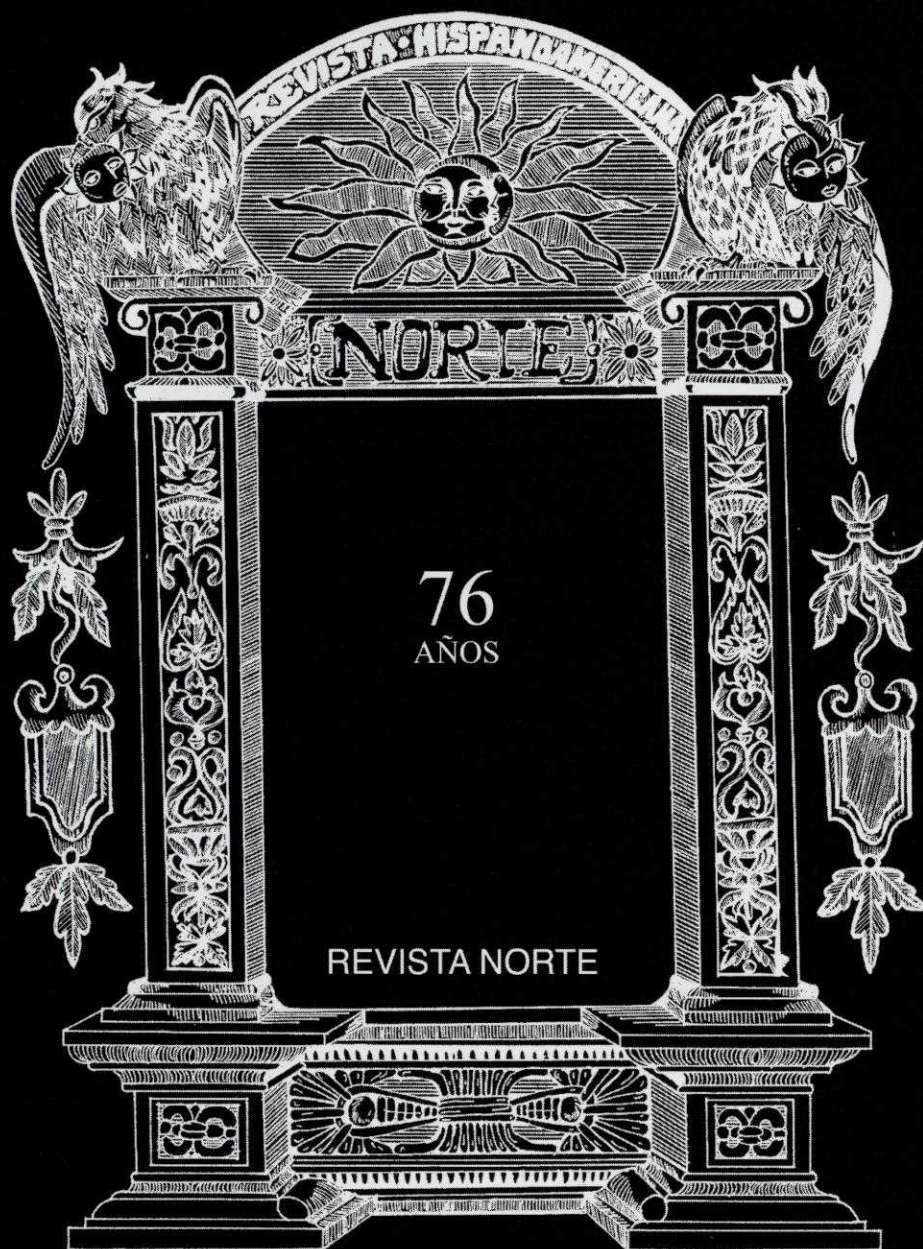
REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuarta Epoca

No. 451-452

Mayo-Agosto 2006





REVISTA HISPANO-AMERICANA

Fundada en 1929

Publicación del
Frente de Afirmación Hispanista, A.C.

Castillo del Morro No. 114
Col. Lomas Reforma,
Delegación Miguel Hidalgo
11930 México, D.F.

Derechos de autor registrados.
Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial

Director:
Fredo Arias de la Canal

Fundador:
Alfonso Camín Meana

Edición a cargo de
Daniel Gutiérrez Pedreiro

Impresa en los talleres de
Impresora Mexfotocolor, S.A. de C.V.
Calle Hidalgo No. 25
Col. Aragón
07000 México, D.F.
Supervisión: Alfonso Sánchez Dueñas

El FRENTE DE AFIRMACIÓN
HISPANISTA, A.C. envía gratuitamente
publicación a sus asociados, patrocinados
y colaboradores, igualmente a los diversos
organismos culturales y gubernamentales
del mundo hispánico

N O R T E

REVISTA HISPANO-AMERICANA. Cuarta Época. No. 451/452 Mayo-Agosto 2006

SUMARIO

EL MAMÍFERO HIPÓCRITA XVI

Arquetipos Cósmicos asociados
al ojo, la luz y a la devoración
(Primera Parte)

Fredo Arias de la Canal

3

«DE LA FILOSOFÍA AL PROTOIDIOMA»

NUEVO LIBRO DE FREDO ARIAS DE LA CANAL

Virgilio López Lemus

4

POETAS INCLUIDOS EN ESTE ESTUDIO

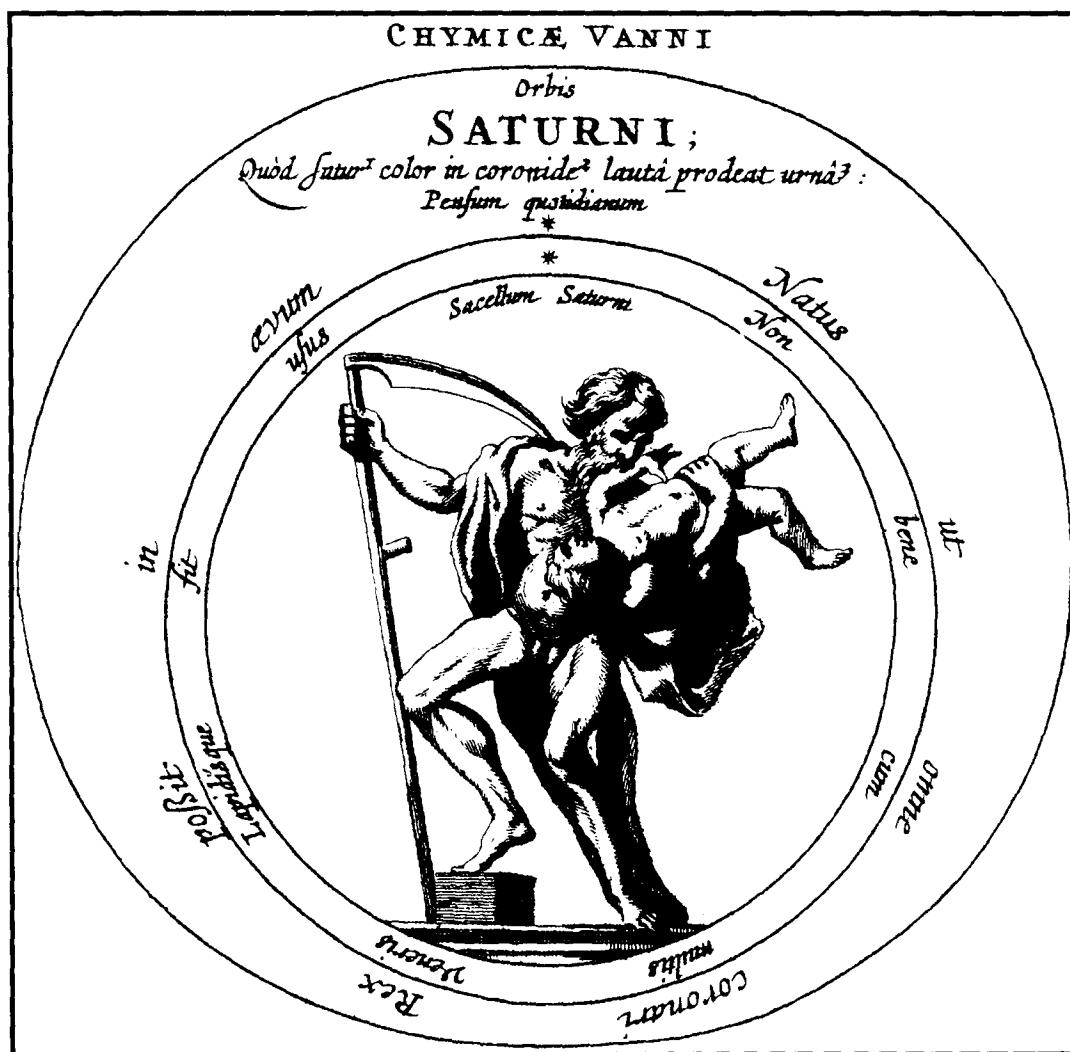
80

Portada: **Saturno**

Francisco de Goya (1746-1828)

Óleo trasladado a tela (146 x 83 cm.)

Museo del Prado, Madrid.

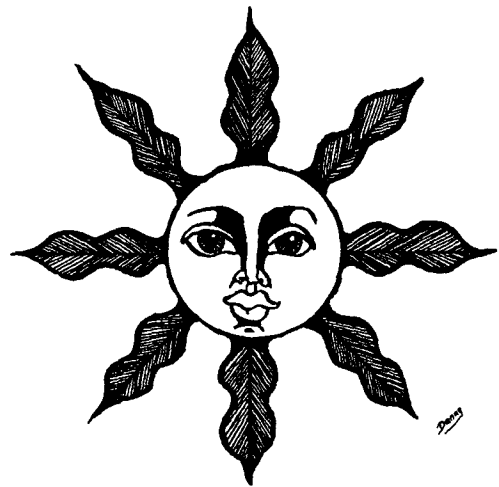


Saturno o cronos devorando a su hijo, grabado, por Joannes de Monte-Snyders. *Chymica vannus*, 1666. Tomado de *El juego áureo*. 533 grabados alquímicos del siglo XVII por Stanislas Klossowski de Rola (Ediciones Siruela, Madrid 1988).

EL MAMÍFERO HIPÓCRITA XVI

**ARQUETIPOS CÓSMICOS
ASOCIADOS AL OJO,
LA LUZ Y A LA DEVORACIÓN**

(Primera Parte)



Fredo Arias de la Canal

«DE LA FILOSOFIA AL PROTOIDIOMA»

NUEVO LIBRO DE FREDO ARIAS DE LA CANAL

Virgilio López Lemus

La crítica literaria puede hallar caminos insospechados, sobre todo cuando el crítico se arma de una conceptualización, un método investigativo y de análisis, así como de unas coordenadas referenciales que le otorgan un mecanismo homogéneo para adentrarse en las obras literarias de los más diversos autores y épocas. La voz de los otros (poetas o autores de cualquier género) alcanza resonancia en tanto sus lectores puedan conocerla en su polisemia esencial. Si los fines críticos justifican los medios utilizados, es muy interesante que un explorador de letras halle un medio capaz de analizar a la poesía coetánea o a la más antigua que llegue a sus manos. Nos guste o no, estemos de acuerdo o no con el método que el hipotético crítico seleccione, adopte o genere como suyo propio, importan su derecho a estudiar las obras literarias como le dicten sus recursos y sus resultados basados en ellos.

En la época del estructuralismo, del post-estructuralismo, de la modernidad subyacente y la post-modernidad “agresiva”, ya resulta casi extraño que un crítico se base en las fuentes del psicoanálisis para formar un método personal de estudio, que vaya incluso más allá de Freud y de los psicoanalistas posteriores o los abarque a todos, desde Jung hasta Lacan, y con medios de interés también filológicos, se adentre en la poesía de todos los tiempos, para ver en ella traumas, símbolos, arquetipos que incluso escapan del individuo para serlo de la especie.

Fredo Arias de la Canal es ese crítico. He advertido las más diversas reacciones de los poetas y de otros estudiosos más ortodoxamente filológicos ante su método, que van desde un rechazo incluso agresivo hasta una comprensión madura, con puntos intermedios que casi nunca consisten en la indiferencia. Cuando un método de estudio se enfrenta a tales reacciones, debemos comenzar (es mi caso) por sospechar que algo sugestivo se encierra en él, si es verdad que sólo lo polémico (rechazo o aceptación) es interesante o sólo se debate lo que tiene valor.

Luego de una copiosa bibliografía en la que Arias de la Canal aplica su personalísimo método de análisis (mediante antologías de poetas en libros o en la revista **Norte**), y tras la aparición en 2003 de su muy esclarecedor **Filosofía de la estética anterior al descubrimiento de las leyes de la creatividad**, aparece **De la filosofía al protoidioma**, donde abre capítulos de análisis de reinterpretación de Platón, reitera las coordenadas de su método de análisis y lo aplica en decenas de poetas de todo el mundo. Las bases eruditas de tales presupuestos se nos muestran de una manera sencilla y sin mayor complicación que la cita de aquellos textos que han servido a Arias de la Canal para llegar a sus conclusiones.

El sistema empleado se parece al apunte de clases y al fichero del investigador. Pero el sistema de apuntes y fichas, y de subrayados en ellos, queda trascendido por la intención del autor, quien va llevando de la mano a su lector cita tras cita, confiando en su sana inteligencia, para demostrar aquello que desea, y que por lo común aparece a manera de hipótesis o enunciado en el título del texto presentado. Así, si Arias de la Canal quiere demostrar la presencia del trauma de la sed y su incidencia en el protoidioma humano en la obra poética de un autor, o si el centro de interés es la sed misma como arquetipo en centenares de poemas, precisamente recurre a los textos y los despliega, a veces con citas **in extenso**, otras veces sólo de manera fragmentaria. Si lo que desea es hallar el entramado de pensamiento que los arquetipos cósmicos o los traumas perinatales forman a través de los siglos, entonces cita pensadores de todos los credos y de todas las tendencias filosóficas, porque más que una línea de pensamiento determinada, él se preocupa por demostrar cómo esos arquetipos o traumas forman parte incluso inconsciente del entramado creativo de los poetas.

Fredo Arias de la Canal es hombre de síntesis, no usa muchas palabras para decir o demostrar lo que desea, la mayor parte de las veces deja que lo demuestren los propios textos que cita, pero se ha visto precisado a enumerar sus presupuestos esenciales, que él llama **Leyes de la creatividad poética**, aquellas por las cuales “los arquetipos del protoidioma recordados en el paleocortex [son] expresados compulsivamente por los poetas; estas Leyes son:

1. Los arquetipos que concibe el poeta durante sus sueños o estados de posesión provienen de su propio inconsciente o paleocortex cerebral y se hacen conscientes al percibir, escribir o recordarlos.

2. Todo poeta es un ser que simboliza sus traumas orales con arquetipos pertenecientes al inconsciente colectivo, del cual su propio inconsciente es parte integrante.

3. Todo poeta concibe en mayor o menor grado arquetipos cósmicos: cuerpos celestes asociados principalmente a los símbolos: ojo, fuego y piedra y secundariamente a otros arquetipos de origen oral-traumático.

No se puede ser más claro, directo y preciso en sus presupuestos, sobre la base de los cuales Arias de la Canal “trabaja” los poemas, subrayando la aparición de esos arquetipos, la expresión de los traumas definidos y, en definitiva, lo que él llama el “protoidioma” presente en todo poeta legítimo. Para este autor, la “herencia arcaica” del hombre brota a través de la creación poética, habiendo yacido en la memoria, y siendo portadora de los arquetipos cósmicos. Su análisis de los arquetipos como manifestación poética constante en todos los poetas, de mayor o menor rango estético, pasa por la **Idea** en su concepto platónico puro, de la cual ellos son expresión. El crítico revisa cómo este concepto platónico es traducido por otros pensadores, al grado que “El Dios de Espinoza es equivalente a la Idea de Platón. (...) La Idea de Platón es equivalente a las leyes cósmicas”. Tras ello, llega a la conclusión de que la **Idea** es “el concepto abstracto más genial concebido por el cerebro humano”, y de la cual brotan “los arquetipos que conforman el protoidioma del ser humano”. Así devienen los símbolos arquetípicos: cuerpos celestes (pecho alucinado), fuego (hambre-sed), piedra (petrificación), entre otros.

Tras haber enunciado estos principios, el crítico que es Arias de la Canal se manifiesta de la siguiente forma, cuya cita **in extenso** resulta imprescindible para que se advierta el fiel del método aplicado:

Como crítico literario, **soy el ojo que mira al poeta a través de su poesía**, pues el poeta está determinado por su trauma oral a concebir los arquetipos del protoidioma para intercalarlos con su idioma vernáculo y darles metro o ritmo libre. **Una vez que la poesía se convierte en objeto**, vg. nómeno, apariencia o representación, **el poeta siente la compulsión**

de exhibirla actuando la defensa: “yo no quiero ver sino que me vean”, y **entonces la recita o la publica para ser vista por el ojo del sujeto**. En mi caso particular, tal poesía la percibo dentro de un tiempo, espacio y causalidad –como lo observó Kant– **para demostrar su riqueza arquetípica que antologo en categorías**, para convertir al poeta en un sujeto crítico como yo, estableciendo un diálogo **inter-pares** que ha durado tres décadas a través de la revista **Norte** y sus ediciones.

En este diálogo que he iniciado con los poetas –alejado de la adulación o del desprecio platónico– ellos me comprenden cuando les digo que sangran por la herida, que conocen la serpiente del Paraíso, que fueron crucificados con Cristo y conocieron el infierno de Lucifer. A su vez los poetas sienten la compulsión de demostrar que el ojo-sujeto, o sea, el crítico que los analiza a través de su poesía, también es poeta u objeto o representación, como diciendo: “nos conoces porque eres poeta también”, a lo que respondo: “Es absurdo, porque el poeta dice sabias cosas –según Sócrates– que él mismo no comprende”. Y aquí se interrumpe momentáneamente nuestro diálogo. [Las negritas son del autor del ensayo].

Según se advierte, el hecho de antologar deviene método de trabajo en Fredo Arias de la Canal, para alcanzar la demostración bastante generalizada de que el poeta, incluso sin quererlo o saberlo, expresa arquetipos cósmicos, parte de sus traumas orales (veneno, devoración, punción, succión, sed), para expresarse desde el inconsciente colectivo y a través de su propio registro inconsciente, allegando protoidioma a su idiolecto expresivo. Creo que esta es la relación eidética, el centro de ideas del trabajo de Arias de la Canal, quien aplica de manera casi obsesiva su mirada sobre el cuerpo poético de infinidad de poetas de la lengua española, e incluso de otros idiomas (Dante, Shakespeare). El demuestra la “activa correla-

ción entre el ojo-sujeto y el objeto-apariencia”, o sea también dicho, entre el crítico y el poeta. Esta concepción antropocéntrica de la poesía, concede al poeta-sujeto-creativo un caudal de elementos expresivos observable por un ojo crítico que lo psicoanaliza desde el concepto del protoidioma.

Por supuesto que un crítico que observa al crítico se puede fijar en que Arias de la Canal acarrea su conceptualización desde un entramado filosófico idealista (desde Platón hasta el propio credo freudiano), pero es curioso que su aplicación rebasa una posible inclinación **irracionalista**, debido al aludido interés antropocéntrico, a la poesía como obra (objetiva incluso) del hombre social (vir politikon). La poesía (el poema) es el objeto de estudio, detrás del cual está el hombre o la mujer poetas, que revelan inevitablemente el protoidioma en el que necesariamente están inmersos en lo que llama el “inconsciente estético”, mejor explicado en su libro **Filosofía de la estética anterior al descubrimiento de las leyes de la creatividad**.

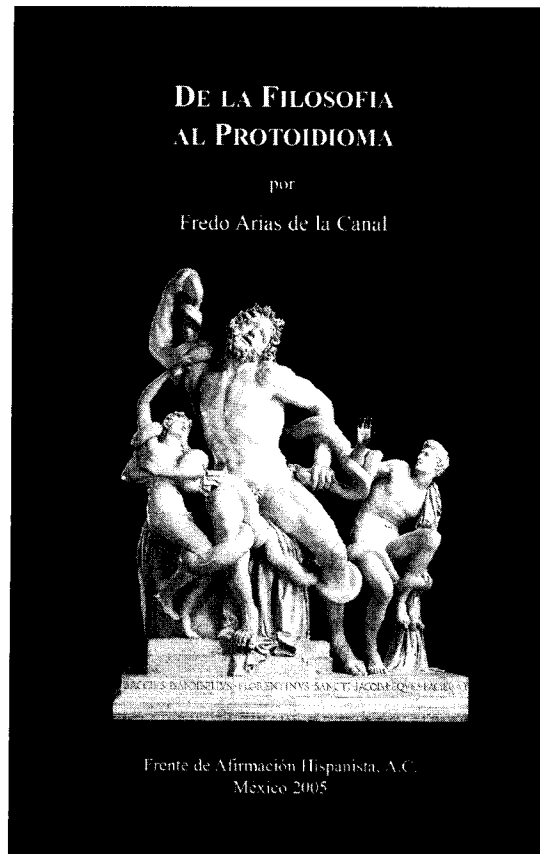
Puede ser que este método de análisis (o de psicoanálisis en la poesía) no dé iguales resultados en algún seguidor menos culto, de formación menos erudita que la que se advierte en Arias de la Canal. Pudiera ser que este método de estudio tan personalísimo llegue a devenir pozo agotable por reiteración para otro crítico. Pero es evidente que ha resistido laboreo constante durante más de treinta años, y una vez tras otra demuestra, cita tras cita, cómo se manifiestan todas las **Leyes** que él mismo relaciona, y cómo los poetas las aplican. Las numerosísimas **antologías cósmicas y tanáticas** que el crítico publica, son el «terreno» de la aplicación de su método, difunden de paso las obras de numerosos poetas, y ha ido creando una magnífica biblioteca en la que abundan poetas que alguna crítica puede catalogar como grandes, medianos o menores.

Habría que discutir luego, si el hombre es el centro de la poesía o si la poesía está en el centro (médula) del hombre. A Arias de la Canal le interesan los dos: el ser-poeta y el

objeto-poema. Desde el segundo psicoanaliza al primero, pero el prisma no es quirúrgico sino estético, su asunto no es “curar” traumas sino advertir cómo ellos se materializan desde el inconsciente colectivo hasta el filtro lírico de un autor determinado. Quizás si de fondo podamos escuchar al cubano José Lezama Lima, quien en la concepción teleológica de su poética puede exclamar que el hombre es un ser para (la resurrección) la poesía. Sin ontologizar en demasía su acercamiento al mundo de las letras líricas, Fredo Arias de la Canal ha abierto una línea de trabajo que relaciona psicoanálisis, filosofía y poesía.

Queda por hacer un recuento analítico de sus notables aportes al conocimiento de resortes expresivos de la poesía, destacar algunos de sus estudios cimeros (sobre Sor Juan, Shakespeare, Dante, numerosos poetas de España, Cuba, México y de muchas naciones de Hispanoamérica) y advertir su dedicación sin claudicaciones al Frente de Afirmación Hispanista, a la continuidad de la revista **Norte**, al otorgamiento de los premios anuales “José Vasconcelos”, su apoyo editorial a poetas de todo el idioma, su vasta labor de investigación y promoción de la poesía, de descubrimiento de jóvenes poetas o rescate de viejas firmas olvidadas, su entusiasmo personal de ofrecer su tiempo humano en busca de la poesía ganada, para la cual no hay tiempo perdido. Su altruismo, desinterés material y sostenido trabajo editorial, lo muestran como un tipo especial de **poeta**: él no hará versos, pero la poesía se ha convertido en centro esencial de su vida.

La Habana, 16 de octubre de 2005



Contemplemos ahora los siguientes ejemplos de poesía cósmica relacionada a los ojos, la luz y la devoración.

JUANA INES DE ASVAJE (1648-95), mejicana. De **Obras completas** (Edit. Porrúa, México, 1992):

AGORA QUE CONMIGO

(fragmento)

¡Oh, de una vez acabe;
y no cobardemente
por resistirme de una,
muera de tantas veces!
¡O caiga sobre mí
la **esfera** transparente,
desplomados del polo
sus diamantinos ejes;
o el centro en sus cavernas
me preste obscuro albergue,
cubriendo mis desdichas
la Máquina terrestre;
o el mar, entre sus ondas
sepultada, me entregue
por mísero alimento
a sus **voraces peces**!
¡Niegue el **sol a mis ojos**
sus rayos refulgentes,
y el aire a mis suspiros
el necesario ambiente!
¡Cúbrame eterna noche,
y el siempre obscuro Lete
borre mi nombre infausto
del pecho de las gentes!
Mas ¡ay de mí!, que todas
las criaturas crueles
solicitan que viva
porque gustan que pene.
¿Pues que espero? Mis propias
penas de mí se venguen
y a mi **garganta** sirvan
de funestos cordeles,
diciendo con mi ejemplo
a quien mis penas viere:
“Aquí murió una vida
porque un amor viviese”.

JOSE MARIA HEREDIA (1803-39), cubano. De **Antología de la poesía latinoamericana** por Armando Rodríguez:

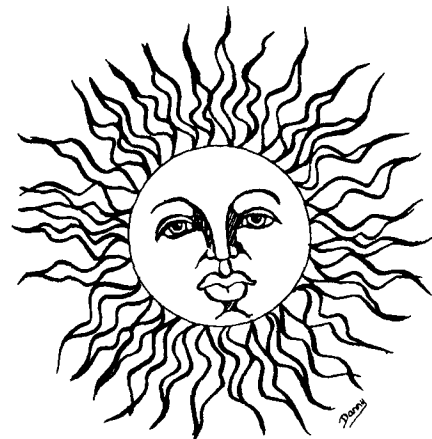
LOS CONQUISTADORES

Cual bandada de **halcones**
la alcándara feudal,
a Palos de Moguer, hartos de altivas penas,
dejaban capitanes y labradores,
llenas las almas de un ensueño
hazañoso y brutal.

A conquistar salían el místico metal
que corre de Cipango
por las fecundas **venas**,
y los **vientos** alisios llevaban sus entenas
al borde misterioso del mundo
occidental.

Cada noche,
esperando crepúsculos utópicos
el **azul chispeante** de la mar
de los trópicos
encantaba su sueño con un matiz dorado;

o, a proa, de sus naves
viendo las blancas huellas
atónitos **miraban** por un cielo ignorado
del fondo del océano subir
nuevas **estrellas**.



ROSALIA DE CASTRO (1837-85), española.
Ejemplo tomado de su libro **En las orillas del Sar**:

VII

Así como el **lobo** desciende a poblado,
si acaso en la sierra se ve perseguido,
huyendo del hombre que acosa a los tristes,
buscó entre las fieras el triste un asilo.

El sol calentaba su lóbrega cueva,
piadosa velaba su sueño la **luna**,
el árbol salvaje le daba sus **frutos**,
la fuente sus aguas de grata frescura.

Bien pronto los **rayos del sol** se nublaron,
la **luna** entre brumas veló su semblante;
secóse la fuente y el árbol nególe,
al par que su sombra, sus frutos salvajes.

Dejando la sierra buscó en la llanura
de otro árbol el **fruto**, la **luz** de otro cielo;
y a un **río** profundo, de nombre ignorado
pidiole **aguas puras su labio sediento**.

¡Ya en vano!, sin tregua siguióle la noche,
la **sed** que atormenta y el **hambre** que mata,
¡ya en vano!, que ni árbol, ni cielo, ni río,
le dieron su **fruto**, su **luz**, ni sus aguas.

Y en tanto el olvido, la duda y la **muerte**
agrandan las sombras que en torno le cercan,
allá en lontananza la luz de la vida,
hiriendo sus ojos feliz centellea.

Dichosos mortales a quien la fortuna
fue siempre propicia... ¡silencio!, ¡silencio!,
Si veis tantos seres que corren buscando
las negras corrientes del hondo Leteo.

FRIEDRICH NIETZSCHE (1844-1900),
alemán. De **Poemas**:

CRECE EL DESIERTO, ¡AY DE QUIEN DESIERTOS ALBERGA!

¡Ah! ¡Festivo! ¡Un digno comienzo!
¡Africanamente festivo!
Digno de un **león**
o de un moral mono aullador.
—Pero nada para vosotras, amadísimas amigas,
a cuyos pies tengo el placer de sentarme,
yo, un europeo bajo las palmeras. Sela.

¡Asombrosamente cierto!
Heme aquí sentado, al desierto cercano
y al mismo tiempo lejos del desierto,
y todavía en absoluto desértico,
sino **tragado** por este pequeño oasis
—acaba de abrir en un bostezo
su adorable hocico,
el más aromático de todos los hociquitos:
entonces caí dentro, hacia abajo, a través
—entre vosotras ¡amadísimas amigas! Sela.

¡Salve, salve a aquella **ballena**
si permite a su huésped encontrarse a gusto!
—¿Comprendéis mi docta alusión?
Salve a su vientre si es que fue
un vientre-oasis tan adorable como éste:
lo cual pongo en duda.
Pues vengo de Europa, que es la más
desconfiada de todas las esposas.
¡Quiera Dios mejorarla! Amén.

Heme aquí sentado en este mínimo oasis,
a un dátíl semejante, tostado, almibarado,
definitivamente **áureo**,
ávido de un redondo **hocico** de muchacha,
pero aún más de **dientes** incisivos,
glaciales, níveos, **cortantes dientes**
de muchacha: pues de ellos está ansioso
el corazón de todo **ardiente dátíl**. Sela.

A los llamados **frutos** del sur similar,
demasiado similar, heme aquí rodeado
de pequeños **escarabajos** alados
que bailan y juegan a mi alrededor
y al tiempo de aún menores más necios,
más maliciosos deseos y ocurrencias,
cercado por vosotras, silenciosas,
llenas de presentimientos muchachas-**gatas**
Dudú y Suleyka –esfinjado, quiero cargar
de demasiado sentido cada palabra.
–¡Dios me perdone este pecado de lenguaje!
–Sentado aquí, olfateando el mejor aire,
verdadero aire paradisíaco,
aire diáfano, ligero, veteado de oro,
un aire así sólo caía antaño de la **luna**.
¿Ocurrió por azar o por loca alegría?,
como cuentan los viejos poetas.
Pero yo, desconfiado, lo pongo en duda,
pues vengo de Europa que es la más
desconfiada de todas las esposas.
¡Quiera Dios mejorarla! Amén.

Respirando este aire, el más hermoso,
dilatadas las aletas de la nariz como cráteres,
sin futuro, sin recuerdos,
así estoy aquí sentado,
amadísimas amigas,
y **miro** cómo se inclina la palmera
como una bailarina, se dobla,
cimbrea y balancea la cadera
–acaba uno imitándola si la **mira** mucho...
¿es, como yo imagino, una bailarina
que lleva demasiado tiempo y peligra,
siempre, siempre, sobre una sola pierna?
–¿Olvidó, como yo imagino, la otra pierna?
Yo, por lo menos, busqué en vano
la perdida alhaja gemela
–es decir, la otra pierna– en la sagrada
cercanía de su adorable, de su tierna
faldilla de abanico de vuelo de oropel.
Sí, hermosas amigas, si me queréis creer,
la ha perdido... ¡Jo, jo, jo, jo, jo!

¡Desapareció, para siempre desapareció
la otra pierna! ¡Lástima de adorable piernecita!
¿Dónde esperará y se afligirá abandonada
la piernecita solitaria?

¿Atemorizada quizá ante una feroz
fiera leonina amarilla de rubios rizos?,
o, incluso **roída** ya, **mordisqueada**.
¡Infeliz! ¡Qué dolor! ¡Qué dolor!
¡**Mordisqueada**! Sela.

¡Pero no me lloreis, tiernos corazones!
¡No me lloreis, corazones de dátíl!
¡**Senos de leche**! ¡Taleguitos de corazón
de palo dulce! ¡Sé un hombre, Suleyka!
¡Valor, valor!

¡No llores más, pálida Dudú!
–¿O acaso debería haberme decidido
por algo más fuerte, un fortalecedor
del corazón? ¿Una palabra balsámica?
¿Un reconfortante consuelo?

¡Ah! ¡Arriba, dignidad!
¡Sopla, sopla de nuevo, fuelle de la virtud!
¡Ah! De nuevo rugir, moralmente rugir,
rugir como el más moral **león** ante las hijas
del desierto.

–¡Pues el rugido de la virtud,
amadísimas muchachas, es ante todo
ardor europeo, avidez europea!
Y heme aquí, ya, como europeo,
no puedo ser de otra manera. ¡Dios me valga!
¡Amén!

Crece el desierto:
¡ay de quien desiertos alberga!
La piedra rechina junto a la piedra,
el desierto serpentea y extermina.
La muerte terrible mira con ardor pardo
y **masca** –**mascar** es su vida.

No olvides, hombre, el placer extinto:
tú eres la piedra, el desierto, eres la muerte.

JOSE MARTI (1853-95), cubano. Dos ejemplos de su libro **Flores del destierro**:

BIEN: YO RESPETO...

Bien: yo respeto
a mi modo brutal, un modo manso
para los infelices e implacable
con los que el **hambre** y el dolor desdeñan,
y el sublime trabajo, yo respeto
la arruga, el callo, la joroba, la hosca
y flaca palidez de los que sufren.
Respeto a la infeliz mujer de Italia,
pura como su cielo, que en la esquina
de la casa sin **sol** donde **devoro**
mis ansias de belleza, vende humilde
piñas dulces y pálidas **manzanas**.
Respeto al buen francés, bravo, robusto,
rojo como su **vino**, que con **luces**
de bandera en los **ojos**, pasa en busca
de pan y gloria al Istmo donde muere.

ENVILECE, DEVORA...

Envilece, **devora**, enferma, embriaga
la vida de ciudad: se come el ruido
como un corcel la yerba, la poesía.
Estréchanse en las casas la apretada
gente, como un **cadáver** en su nicho:
y con penoso paso por las calles
pardas, se arrastran hombres y mujeres
tal como sobre el **fango** los insectos,
secos, airados, pálidos, canijos.

Cuando los **ojos**, del **astral** palacio
de su interior, a la ciudad convierte
el alma heroica, no en batallas grandes
piensa, ni en templos cóncavos, ni en lides
de la palabra **centelleante**; piensa
en abrazar, como un **haz**, los pobres
y a donde el aire es puro, y el **sol** claro
y el corazón no es vil, volar con ellos.

GUILLERMO VALENCIA (1872-1945),
colombiano. Su poema:

LAS DOS CABEZAS

Blancos **senos**, redondos y desnudos,
que al paso de la hebrea se mueven
bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro,
vivaces como **estrellas** sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
da la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de **miel hincha la pulpa** de sus carnes.
El lloro no dio nunca a esa faz
languideces de ocaso.

Yacente sobre un lecho de sándalo,
el Asirio reposa fatigado;
melancólico **cirio** los objetos alarga
y proyecta en la alfombra...

Y ella, mientras reposa la bélica falange,
muda, impasible, sola,
y escondido el alfanje,
para el trágico golpe se recata en la sombra.

Y ágil **tigre** que salta de tupida maleza,
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble, sin robarle un gemido,
del atlético tronco **desgajó la cabeza**.

Cual de ánforas rotas, con urgida presteza,
desbordó en oleadas el carmín **encendido**,
y de un lago de púrpura y de sueño
y de olvido,
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el **ojo** apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba, en sortijas, al ungido cabello,
se apiñan las sombras en siniestro derroche
sobre el lívido tajo de color de granada...
Y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la noche.

JULIO HERRERA Y REISSIG (1875-1910),
uruguayo. Su poema tomado de su libro **La
torre de las esfinges**:

TERTULIA LUNATICA
(fragmento)

Tú que has entrado en mi imperio
como feroz **dentellada**
demonia tornasolada
con romas **garras** de imperio,
¡infiérname en el cauterio
voraz de tus **ojos** vagos
y en tus **senos** que son lagos
de ágata en cuyos sigilos
vigilan los **cocodrilos**
réprobos de tus halagos!

Consustanciados en fiebre,
amo, en supremas neurosis,
vivir las metempsicosis
vesánicas de tu fiebre...
¡Haz que entre **rayos** celebre
su aparición Belcebú,
y tus besos de cauchú
me sirvan sus maravillas,
al modo que las pastillas
del Hada Pari-Banú!

Lapona esfinge: en tus grises
pupilas de opio, evidencio
la catedral del silencio
de mis neurastenias grises...
Embalsamados países
de ópalo y de ventiscos
bruma el esplín de sus discos,
en cuyos glaciales bancos
adoran dos **osos** blancos
a los menguantes ariscos.

En el Edén de la inquieta
ciencia del Bien y del Mal,
mordí en tu beso el fatal
manzano de carne inquieta...
Tu cabellera violeta
denuncia su fronda inerte,

mi brazo es el **dragón** fuerte
¡y los **frutos** delictuosos
tus inauditos y briosos
senos que me dan la muerte!

Carnívora paradoja,
funambulesca Danaida,
esfinge de mi Tebaida
maldita de paradoja...

Tu miseria es de una roja
fascinación de impostura,
¡y arde el cubil de tu impura
y artera risa de cínica,
como un incesto en la clínica
máscara de la Locura!

(...)

Mefistófela divina
miasma de **fulguración**
aromática infección
de una fístula divina...
¡Fedra, Molocha, Caína,
cómo tu filtro me supo!
¡A ti —¡Santo Dios!— te cupo
ser **astro** de mi desdoro:
yo te abomino y te adoro
y de rodillas te escupo!

Acude a mi desventura
con tu electrosis de te,
en la **luna** de Astarté
que auspicia tu desventura...
Vértigo de emsambladura
y amapola de sadismo:
¡yo sumaré a tu guarismo
unitario de Gusana
la equis de mi Nirvana
y el cero de mi ostracismo!
Caries sórdida y uremia
felina de blando arrimo,
intoxicame en tu mimo
entre dulzuras de uremia...
Blande tu invicta blasfemia
que es una garra pulida,
y **sórbeme por la herida**

sediciosa del pecado,
como un **pulpo** delicado,
“¡Muerte a muerte y vida a vida!”

**Clávame en tus fulgurantes
y fieros ojos** de elipsis,
y bruña el Apocalipsis
sus músicas fulgurantes...
¡Nunca! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Y antes!
¡Ven, **antropófaga y diestra
escorpiona** y Clitemnestra!
¡Pasa sobre mis arrobos,
como un huracán de **lobos**
en una noche siniestra!

¡Yo te excomulgo, Ananké!
Tu sombra de Melisendra
irrita la escolopendra
sinuosa de mi ananké...

Eres hidra en Salomé,
en Brenda panteón de bruma,
tempestad blanca en Satsuma,
en Semíramis carcoma,
danza de vientre en Sodoma
y páramo en Ulaluma.

Por tu amable y circumspecta
perfidia y tu desparpajo,
hielo mi cuello en el tajo
de tu traición circumspecta...
¡Y juro, por la selecta
ciencia de tus artimañas,
que irá con risas hurañas
hacia tu esplín, cuando muera,
mi galante calavera
a **morderte las entrañas!**

ALFREDO R. PLACENCIA (1875-1930),
mejicano. De su libro **El libro de Dios**:

MISERERE

Corre tu velo.
Las **antorchas celestes** se han encendido
y hay más **luz** en tu cumbre
que en el Carmelo.
De amor rendido,
quiero besar la fimbria de tu vestido,
y gritarte mis culpas, arrepentido,
y asomarme a tus **ojos** y ver el cielo
que hasta el monte en que pisas
ha descendido.
Corre tu velo,
que te encubre a mis **ojos**
y te guarda escondido.

Que tus **ojos** se aparten de mi pecado
y que, mansos, se inclinen a mi tristeza.
Si los yerros enormes de mi pasado
son sobre los cabellos de mi cabeza,
dueño adorado:
ten piedad de este pobre que va extraviado,
más que por su malicia, por su flaqueza.

Al pensar en lo injusto de mi desvío,
siento sonrojo
y me embriago en angustia, dulce Bien mío.
Alcese tu Clemencia sobre tu enojo;
vuélvanse a mí los brazos, a que me acojo,
y la boca blasfema calle el impío.

No me apartes tu rostro, templa tu saña.
No es blasón de tu brazo que así persiga
y descargue su azote sobre una caña.
¿Ya olvidaste mi historia? Soy una espiga
que mil veces el soplo menos airado
batió y deshizo.
Desde el claustro materno vengo heredado
con las grandes tristezas del Paraíso.

¡Oh!, ¡qué noche tan triste la noche aquella
en que de mí se dijo: “surge a la vida”...!
¿Quién pudiera dejarla sin una **estrella**...!

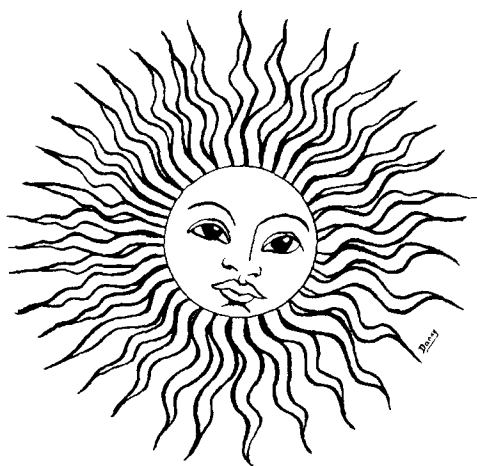
Génesis y principio de tanto daño,
¿por qué no la tuviste siempre escondida...?
Con una noche menos, ¿qué pierde un año...?

O si abrirse mis **ojos** estaba escrito,
¿a qué no **sofocarme**, cuando nacía...?
Sin el fardo que pesa sobre el proscrito,
fuera menor la mancha de mi delito,
y, al amor de la tumba, descansaría.

¡Oh...!, mitiga mi angustia. Que tus enojos
nunca más en los tuyos miren mis **ojos**.
Aquí **quema**, aquí corta,
con tal de que me indultes y me perdones.
Le conviene al culpado y a ti te importa
que de blando y benigno tu enojo abones.

¿Qué logras, al herirme, si te olvidares
de que soy en tus dedos frágil **arcilla**...?
¿A quién dañas y ofendes, si perdonares...?
¿Los mares procelosos, que son los mares,
devoraron, acaso, la blanca orilla...?

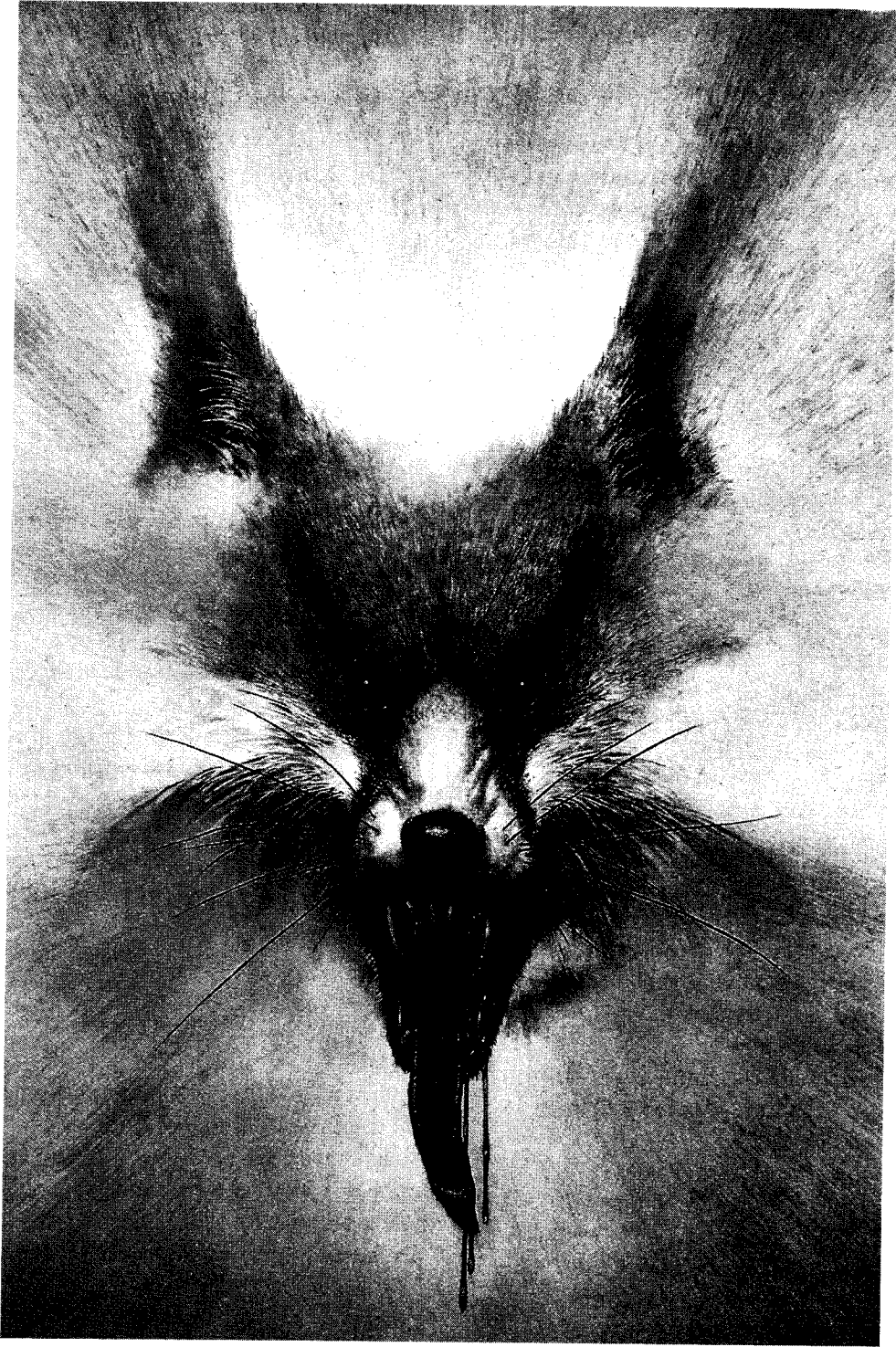
Dueño adorado:
por la **llaga** bendita de tu costado;
por la tristeza
que en el Huerto sentiste, desamparado;
por la cruz que ha vencido tu fortaleza...
Ten piedad de este pobre, que va extraviado
por su flaqueza.



PABLO PICASSO (1881-1973), español. De la revista venezolana **La Gaveta ilustrada** No. 9 y 10:

SOÑAR Y MENTIR

Fandango de **lechuzas** marinadas de **espadas de pulpos** agoreros batea de pelos de tonsura de pie en medio de la sartén de sarta sobre los olvidas del sorbete de bacalao frito en la **sarna** de su corazón de buey –con la boca llena de la escarcha de chinches de sus palabras– (...) –al hombro la urna llena de salchichas y de **bocas**– la rabia que tuerce el dibujo de la sombra que latiguea con los **dientes clavados** en la arena y el caballo abierto de parte al **sol** que lo lee a las moscas que se asoman en los nudos de la red llena de anchoas el estallido de lirio –linterna de piojos donde se encuentra el perro nudo de **ratas** y escondite del palacio de viejos trapos– las banderas que uno fríe en la sartén se contorsionan en lo negro de la salsa de la tinta derramada en las gotas de **sangre** que la fusilan los callejones suben hasta los nubarrones atados por los pies al mar de cera que **pudre** sus entrañas y el velo que la cubre canta y baila loco de dolor (...) –la **luz se tapa los ojos** ante el espejo que la remeda y el pedazo de turrón de las **llamas muerde los labios de su herida**– gritos de niños gritos de mujer gritos de pájaros gritos de flores gritos de armazones y de piedras gritos de ladrillos gritos de muebles de camas de sillas de cortinas de cacerolas de gatos y de papeles gritos de olores que se rasguñan gritos de humo que escuecen en el cuello los gritos que se guisan en la caldera y gritos de la lluvia de pájaros que inundan el mar que **roe** el hueso y se rompe los **dientes al morder el algodón que el sol extrae** en el plato que la bolsa y el bolsillo esconden en la huella que el pie deja en la roca.



DELMIRA AGUSTINI (1887-1914), urugua-
ya. Cuatro ejemplos:

LA MUSA

Yo la quiero cambiante, misteriosa y compleja;
con dos **ojos** de abismo que se vuelvan fanales;
en su boca, una fruta perfumada y bermeja
que destile más **miel que los rubios panales**,

a veces nos asalte un **aguijón de abeja**;
una raptos feroces a gestos imperiales
y sorprenda en su risa el dolor de una queja;
en sus manos asombran caricias y **puñales**.

Y que vibre, y desmaye, y llore, y ruja, y cante,
y sea **águila, tigre**, paloma en un instante,
que el universo quepa en sus ansias divinas;

tenga una voz que hiele, que suspenda,
que **inflame**,
y una frente que erguida su corona reclame
de rosas, de diamantes, de **estrellas**
o de **espinas**.

MI MUSA TRISTE

Vagos preludios. En la noche espléndida
su voz de perlas una fuente calla,
cuelgan las brisas sus celestes pífanos
en el follaje. Las cabezas pardas
de los **búhos** acechan.
Las flores se abren más, como asombradas.
Los cisnes de marfil tienden los cuellos
en las lagunas pálidas.
Selene mira del azul. Las frondas
tiemblan... y todo, hasta el silencio, calla...

Es que ella pasa con su **boca** triste
y el gran misterio de sus **ojos** de ámbar,
a través de la noche, hacia el olvido,
como una **estrella** fugitiva y blanca.
Como una destronada reina exótica
de bellos gestos y palabras raras.

Horizontes violados sus ojeras.
Dentro, sus **ojos** –dos **estrellas de ámbar**–
se abren cansados y húmedos y tristes
como **llagas de luz** que se quejaren.

Es un dolor que vive y que no espera,
es una aurora gris que se levanta
del gran lecho de sombras de la noche,
cansada ya, sin esplendor, sin ansias
y sus canciones son como hadas tristes
alhajadas de lágrimas...

Las cuerdas de las liras
son fibras de las almas.

Sangre de amargas viñas, nobles viñas,
en vasos regios de belleza, escancia
a manos de marfil, labios tallados
como blasones de una estirpe magna.

¡Príncipes raros del Ensueño! Ellos
han visto erguida su cabeza lánguida,
y la oyeron reír, porque a sus **ojos**
vibra y se expande en flor de aristocracias.

¡Y su alma limpia como el **fuego alumbra**,
como una **estrella en sus pupilas de ámbar**:
mas basta una **mirada**, un roce apenas,
el eco acaso de una voz profana,
y el alma blanca y limpia se concentra
como una **flor de luz** que se cerrara!

EN TUS OJOS

¡**Ojos a toda luz** y a toda sombra!
¡Heliotropos del sueño! Plenos **ojos**
que **encandiló** el Milagro y que no asombra
jamás la vida... Eléctricos cerrojos
de profundas estancias; claros broches,
broches oscuros, húmedos, temblantes,
para un collar de días y de noches...
Bocas de abismo en labios centelleantes.

Natas de amargas mares nunca vistas;
claras medallas; tétricos blasones;

capullos de dos noches imprevistas
y madreperlas de **constelaciones**...
¿Sabes todas las cosas palpitantes,
inanimadas, claras, tenebrosas,
dulces, horrendas, juntas o distantes,
que pueden ser tus **ojos**?... ¡Tantas cosas

que se nombraran infinitamente!...
Maravilladas veladoras mías
que en **fuego** bordan visionariamente
la trama de mis noches y mis días...
Lagos que son también una corriente...

¡Jardines de los **iris**! **Devorados**
por dos fuentes que eclipsan los tesoros
sombrios más sombríos, más preciados...
Firmamentos en flor de **meteoros**;

fondos marinos, cristalinas grutas
donde se encastilló la Maravilla;
faros que apuntan misteriosas rutas...
Caminos temblorosos de una orilla

desconocida; lámparas votivas
que se nutren de espíritus humanos
y que el milagro **enciende**; gemas vivas
y hoy por gracia divina, ¡siempre vivas!
Y en el azur del arte, ¡**astros** hermanos!

SUPREMO IDILIO

En el balcón romántico de un castillo adormido
que los **ojos** suspensos de la noche
adiamantan,
una figura blanca hasta la **luz**... erguido
bajo el balcón romántico del castillo adormido,
un cuerpo tenebroso... alternándose cantan.

—¡Oh, tú, flor augural de una estirpe suprema
que duplica los pétalos sensitivos del alma,
nata de azules sangres,
aurisolar diadema
floreceda en las sienes de la raza!
¡Supremamente pulso en la noche
tu corazón en calma!

—¡Oh tú, que surges pálida de un gran fondo
de enigma,
como el retrato incógnito de una tela remota!
Tu sello puede ser un blasón o un estigma;
¡en las aguas cambiantes de tus **ojos** de enigma
un corazón **herido** —y acaso muerto— flota!

—Los **ojos** son la carne y son el alma: ¡mira!
Yo soy la aristocracia lívida del dolor
que forja los **puñales**, las cruces y las liras,
que en las **llagas** sonríe
y en los labios suspira...
¡Satán pudiera ser mi semilla o mi flor!

¡Soy **fruto** de aspereza y maldición:
yo **amargo**
y mancho mortalmente el labio que me toca;
mi beso es flor sombría
de un otoño muy largo...
exprimido en tus labios
dará un sabor amargo
y todo el mal del mundo florecerá en tu **boca**!

¡Bajo la aurora **fúlgida** de tu ilusión, mi vida
extenderá las ruinas de un apagado **averno**;
vengo como el **vampiro de una noche aterrida**
a embriagarme en tu sangre nueva;
llego a tu vida derramada en capullos,
como un ceñudo invierno!

—¡Cómo en pétalos flojos yo desmayo
a tu hechizo!...

Traga siniestro buitre mi pobre corazón!
En tus manos mi espíritu es dúctil
como un rizo...
el corazón me lleva a tu siniestro hechizo
como el barco inconsciente el ala del timón.

¡Comulga con mi cuerpo **devoradora** sima!
Mi alma **clavo** en tu alma
como una **estrella de oro**;
florecerá tu frente como una tierna opima,
¡cuando en tu almohada trágica y honda
como una sima
mis rizos se derramen en una **fuelle de oro**!

–Mi alma es negra tumba, fría como la nieve...
–¡Buscaré una rendija para filtrarme en **luz**!
–¡Albo lirio!... a tocarte
ni mi sombra se atreve...
–Te abro ¡oh mancha de **lodo**!
mi gran cáliz de nieve
¡y tiendo a ti eucarísticos mis brazos,
negra cruz!

Enróscate ¡oh **serpiente caída de mi estrella**
sombria a mi ardoroso tronco primaveral!...
Yo apagaré tu noche o me incrustaré en ella:
seré en tus cielos negros
el fanal de una **estrella**,
seré en tus mares turbios
la **estrella** de un fanal!

Sé mi bien o mi mal, ¡yo viviré en tu vida!
Yo enlazo a tus **espinas** mi hiedra de ilusión...
Seré en ti una paloma que en una ruina anida;
soy blanca, y dulce, leve; ¡llévame por la vida
prendida como un lirio sobre tu corazón!

–¡Oh dulce, dulce lirio!...
¡Llave de las alburas!
Tú has abierto la sala blanca
en mi alma sombría,
la sala en que silentes las ilusiones puras
en **dorados** sitiales tejen mallas de alburas...
–¡Tu alma se vuelve blanca, porque
va siendo mía!

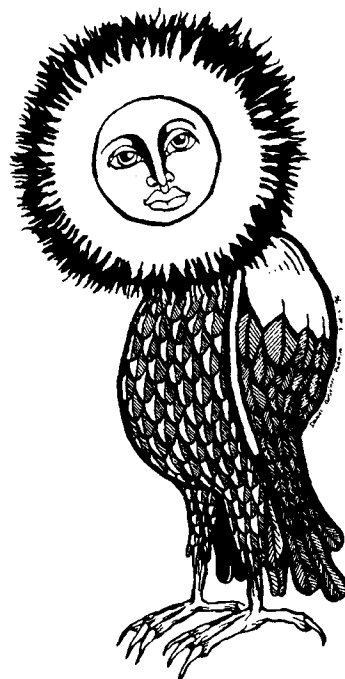
–¡Oh, leyes del milagro!... yo,
hijo de la sombra **morder tu carne rubia**:
¡**Oh fruto de los soles**!
–Soy tuya fatalmente: mi silencio te nombra,
y si la tocas,
tiembla como un alma mi sombra!...
¡Oh maga flor del oro brotada en mis crisoles!

–Los surcos azurados del ensueño sembremos
de alguna palpitante simiente inconcebida
que **arda** en florecimientos imprevistos
y extremos;
y al amparo inefable de los cielos, ¡sembremos
de besos extrahumanos las cumbres de la vida!

Amor es milagroso, invencible y eterno;
la vida formidable florece entre sus labios...
raíz nutrida en la entraña del cielo y del averno,
viene a dar a la tierra el fuerte **fruto eterno**
cuyo sangriento zumo
se bebe a cuatro labios.

Amor es todo el bien y todo el mal, el cielo
todo es arcada ardiente de sus alas cernidas...
bajar de un plinto vano es remontar el vuelo...
y él te impulsa a mis brazos abiertos
como el cielo
¡oh suma flor con alma, a deshojar en vidas!

En el balcón romántico de un castillo adormido
que los **ojos** suspensos de la noche
adiamantan,
el silencio y la sombra se acarician sin ruido...
bajo el balcón romántico del castillo adormido,
un fuerte claroscuro y dos voces que cantan.



JUANA DE IBARBOUROU (1895-1980),
uruguaya. De **Las lenguas de diamante**:

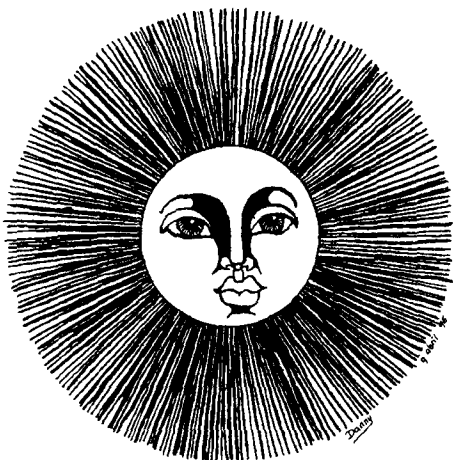
LA PASTORA

Ahora soy zagala, que apacienta un rebaño
de **estrellas**. ¡Dios lo libre de todo mal y daño!
Y si rondan los **lobos** y si amaga la peste,
¡Dios haga invulnerable mi rebaño celeste!

Amor que de los cielos dio fuga a las **centellas**
para que yo formara mi rebaño de **estrellas**.
Las **pedras** de la senda con sus manos alisa
y pone entre mis **labios** la flauta de la risa.

—¿Adónde vas, pastora de mirada encantada?
—Voy a prados de rosas a pacer mi majada.
Y trina, trina la flauta de cristal
y se apiada la gula del **lobo y el chacal**.

—Mañana... —Mas, ¿quién piensa de veras
en mañana? —Tu rebaño de **estrellas**,
pastora sobrehumana...
—¡Oh, cállate, profeta! No adelantes el mal.
(Y da una nota falsa la flauta de cristal).



EUGENE RELGIS (1895-1987), rumano-
uruguayo, su poema:

EL LINCE

Agazapado en la gruta
aromada por helechos,
lianas y flores que sorben
sus colores de la savia
del Ecuador lujuriente,
espera pacientemente
la rara presa que le calme el **hambre**
—otra **fiera**
que muerde enardecida sus entrañas—
El **lince**,
el implacable **lince**
que **mira** fijamente
cual si fuera una esfinge milenaria.

Quebrado bajo el peso
de tesoros ajenos,
un viejo esclavo apenas
se abre paso a través de la espesura.
La angustia lo **taladra**
porque el sol, somnoliento e irónico, se hunde
más allá del ramaje,
y él está aún muy lejos
de su amo feroz.

Y se arrastra el esclavo
—¡adelante!
¡adelante!—
y se queda de pronto como petrificado
delante de la gruta:
dos glóbulos pequeños
brillan fosforescentes
y giran en las sombras;
titilan con el ritmo de los **astros**
hasta fijarse luego **incandescentes**
como **dagas de luz**.

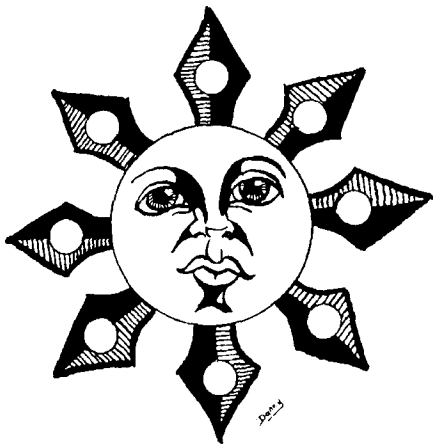
Las miradas penetran
hondo en el corazón,
y en el pecho ahuecado
desata alas de vida, de vigor renovado,
un escalofrío de fascinación.

Las **abrasadas** órbitas
despliegan los misterios,
resucitando en él la humanidad.

Allí
ve el esclavo el **fulgor relampagueante**
del látigo,
injusto y despiadado,
y allí también, como en delirio, él siente
la presencia sagrada
de la tan anhelada Libertad.

La adoración lo agobia,
y arroja de sus hombros los tesoros ajenos.
Se arrodilla:
quiere abrazar contra su **pecho hambriento**
el único tesoro verdadero,
soñando ser él mismo el salvador
de todos los que mueren
gimiendo en las pesadas
cadenas ancestrales...

No siente que las pérfidas
garras lo laceran,
y ya no aúlla más por el dolor
del **devorado corazón**:
lo hechizaron los **ojos encendidos**
por el fuego inclemente de la vida,
del implacable **lince**
que lo había **mirado** fijamente
cual si fuera una esfinge milenaria.



VICENTE ALEIXANDRE (1898-1984),
español. Dos ejemplos, el primero tomado de
Repertorio latinoamericano No. 67:

ULTIMO AMOR

¿Quién eres, dime? ¿Amarga sombra
o imagen de la **luz**? ¿**Brilla en tus ojos**
una espada nocturna,
cuchilla temerosa donde está mi destino,
o miro dulce en tu mirada el claro
azul del agua en las monedas puras,
lago feliz sin nubes en el **seno**
que un águila solar copia extendida?

¿Quién eres, quién? Te amé, te amé naciendo.
Para tu **lumbre** estoy, para ti vivo.
Miro tu frente sosegada, excelsa.
Abre tus **ojos**, dame, dame vida.
Sorba en su **llama** tenebrosa el sino
que **me devora el hambre de tus venas**.
Sorba su fuego derretido, y sufra,
sufra por ti, por tu carbón prendiéndome.
Sólo soy tuyo si en mis venas corre
tu **lumbre** sola, si en mis pulsos late
un **ascua**, otra **ascua**: sucesión de besos.
Amor, amor, tu ciega pesadumbre,
tu **fulgurante** gloria me destruye,
lucero solo, cuerpo inscrito arriba,
que **ardiendo** puro se consume a solas.
¿Pero besarte, niña mía es muerte?
¿Es sólo **muerte tu mirada**? ¿Es ángel?
¿O es una **espada larga que me clava**
contra los cielos, mientras **fuljo** sangres
y acaba en **luz**, en titilante **estrella**?

Niña de amor, tus rayos inocentes,
tu pelo terso, tus paganos **brillos**,
tu carne dulce que a mi lado vive,
no sé, no sé, no sabré nunca, nunca,
si es sólo amor, si es crimen, si es mi muerte.

Golfo sombrío, vórtice te supe,
te supe siempre. En lágrimas te beso,
paloma niña, cándida tibieza,
pluma feliz: tus **ojos** me aseguran

que el cielo sigue azul, que existe el agua,
y en tus labios la pura luz crepita
toda contra mi boca amaneciendo.

¿Entonces? Hoy frente a tus **ojos** miro,
miro mi enigma. Acerco ahora a tus labios
estos labios pasados por el mundo,
y temo y sufro y beso. Tibios se abren
los tuyos y su **brillo sabe a soles**
jóvenes, a reluciente **luz**, a auroras.

¿Entonces? Negro **brilla** aquí tu pelo,
onda de noche. En él hundo mi boca.
¡Qué sabor a tristeza, qué presagio
infinito de soledad! Lo sé: algún día
estaré solo. Su perfume embriaga
de sombría certeza, **lumbre** pura,
tenebrosa belleza inmarcesible,
noche cerrada y tensa en que mis **labios**
fulgen como una llama ensangrentada.

¡Pero no importa! Gire el mundo y dame,
dame tu amor, y muera yo en la ciencia
fútil, mientras besándote rodamos
por el espacio y una **estrella** se alza.

De su libro **Sombra del Paraíso**:

EL POETA

Para ti, que conoces cómo la piedra canta,
y cuya delicada **pupila** sabe ya del peso
de una montaña sobre un ojo dulce,
y cómo el resonante clamor de los bosques
se aduerme suave un día en nuestras venas;
para ti, poeta, que sentiste en tu aliento
la embestida brutal de las **aves celestes**,
y en cuyas palabras tan pronto vuelan
las poderosas alas de las **águilas**,
como se **ve brillar** el lomo
de los calientes peces sin sonido:
oye este libro que a tus manos envió
con ademán de selva,
pero donde de repente una gota fresquísima
de **rocío brilla** sobre una rosa,

o se ve batir el deseo del mundo,
la tristeza que como párpado doloroso
cierra el poniente y oculta el **sol**
como una lágrima oscurecida,
mientras la inmensa frente fatigada
siente un beso sin **luz**, un beso largo,
unas palabras mudas
que habla el mundo finando.

Sí, poeta: el amor y el dolor son tu reino.
Carne mortal la tuya, que, arrebatada
por el espíritu,
arde en la noche
o se eleva en el mediodía poderoso,
inmensa lengua profética
que lamiendo los cielos
ilumina palabras que dan muerte
a los hombres.

La juventud de tu corazón no es una playa
donde la mar embiste con sus espumas rotas,
dientes de amor que
mordiendo los bordes de la tierra,
braman dulce a los seres.

No es ese **rayo** velador que súbitamente
te amenaza,
iluminando un instante tu frente desnuda,
para hundirse en tus **ojos e incendiarte**,
abrasando los espacios con tu vida
que de amor se consume.

No. Esa **luz** que en el mundo
no es ceniza última,
luz que nunca se abate como polvo en los labios,
eres tú, poeta, cuya mano y no luna
yo **vi** en los cielos una noche **brillando**.

Un pecho robusto que reposa
atravesado por el mar
respira como la inmensa marea celeste,
y abre sus brazos yacentes y toca, acaricia
los extremos límites de la tierra.

¿Entonces?
Sí, poeta; arroja este libro que pretende
encerrar en sus páginas un **destello del sol**,
y tus manos alzadas tocan dulce la **luna**,
y tu cabellera colgante deja estela en los **astros**.
Mientras tus pies remotísimos
sienten el beso postrero
y **mira a la luz** cara a cara,
apoyada la cabeza en la **roca**, del poniente.

DAMASO ALONSO (1898-1990), español.
Tomado de **Antología de la Poesía Española en el Siglo XX** por Miguel Díez Rodríguez y María Paz Díez Taboada:

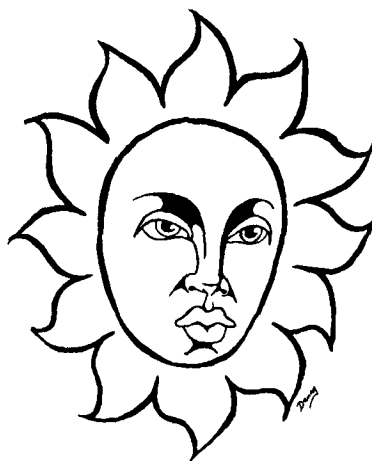
MONSTRUOS

Todos los días rezo esta oración
al levantarme:
Oh Dios, no me atormentes más.
Dime qué significan
estos espantos que me rodean.
Cercado estoy de monstruos
que mudamente me preguntan,
igual, igual que yo les interrogo a ellos.
Que tal vez te preguntan,
lo mismo que yo en vano perturbo
el silencio de tu invariable noche
con mi desgarradora interrogación.
Bajo la penumbra de las **estrellas**
y bajo la terrible tiniebla de la **luz solar**,
me acechan **ojos** enemigos,
formas grotescas me vigilan,
colores **hirientes** lazos me están tendiendo:
¡son monstruos,
estoy cercado de monstruos!
No me **devoran**. **Devoran** mi reposo anhelado,
me hacen ser una angustia
que se desarrolla a sí misma,
me hacen hombre,
monstruo entre monstruos.
No, ninguno tan horrible
como este Dámaso frenético,
como este **amarillo ciempiés** que hacia ti
clama con todos sus tentáculos enloquecidos,
como esta bestia inmediata
transfundida en una angustia fluyente;
no, ninguno tan monstruoso
como esta **alimaña** que brama hacia ti,
como esta **desgarrada** incógnita
que ahora te increpa con gemidos articulados,
que ahora te dice: «Oh Dios,
no me atormentes más,
dime qué significan
estos monstruos que me rodean
y este espanto íntimo que hacia ti gime
en la noche».

FEDERICO GARCIA LORCA (1898-1936),
español. Ejemplo tomado de **Litoral** No. 8/9
(septiembre de 1969):

CASIDA DE LAS PALOMAS OSCURAS

Por las ramas del laurel
van dos palomas oscuras.
La una era el **sol**,
la otra la **luna**.
“Vecinitas”, les dije,
“¿dónde está mi sepultura?”
“En mi cola”, dijo el **sol**.
“En mi garganta”, dijo la **luna**.
Y yo que estaba caminando
con la tierra por la cintura
vi dos águilas de nieve
y una muchacha desnuda.
La **luna** era la otra
y la muchacha era ninguna.
“**Aguilitas**”, les dije,
“¿Dónde está mi sepultura?”
“En mi cola”, dijo el **sol**.
“En mi garganta”, dijo la **luna**.
Por las ramas del laurel
vi dos palomas desnudas.
La una era la otra
y las dos eran ninguna.





JORGE LUIS BORGES (1899-1986), argentino. De **Antología de la Poesía Hispano-americana Moderna**, tomo I (Monte Ávila Latinoamericana. Venezuela, 1993):

ELOGIO DE LA SOMBRA

(fragmento)

Bebí la copa hasta las heces.

Vi por Mis **ojos** lo que nunca había visto:
la noche y sus **estrellas**.

Conocí lo pulido,
lo arenoso.
lo desparejo,
lo áspero,
el sabor de la **miel** y de la **manzana**,
el **agua en la garganta de la sed**,
el peso de un metal en la palma,
la voz humana,
el rumor de unos pasos sobre la hierba,
el olor de la lluvia en Galilea,
el alto grito de los pájaros.

Conocí también la amargura.

He encomendado esta escritura
a un hombre cualquiera:
no será nunca lo que quiero decir,
no dejará de ser su **reflejo**.

Desde mi eternidad caen estos signos.
Que otro,
no el que es ahora su amanuense,
escriba el poema.
Mañana seré un **tigre entre los tigres**.

EMILIO PRADOS (1899-1962), español. Dos ejemplos:

EL LLANTO SUBTERRANEO

I

Junto al mar ese manto que la **luz** origina
y que el aire repliega como a su dura arena
en un costado;

donde los hombres **miran**
y **mueren contra el vino**
y las cabezas de los niños lloran
y los ojos de los pescados lloran
y los cabellos de las mujeres
se tienden en silencio hasta las nubes:
no puedo no cantar como esas aves
que desconocen la quietud de la harina
y andan sobre la nieve
sobre sábanas largas mientras la **luna**
sube rectamente.

Yo he visto, he visto a veces
cernerse un ancho pájaro en la bruma;
hoy no puedo cantar como esas aves.

No puedo, no, cantar:

ando en patios humildes,

ando en ropa nocturna,

ando en seres que velan sus rebaños

o el ansia de otros muertos.

Ando en los secos odres que la **luna** dormita
y en los altos cipreses que arrastran
sus cadenas y engrandecen su marcha
bajo los anchos puentes:

bajo los anchos puentes donde duele la vida
y los hombres se acercan a morir en silencio
uno a uno, millones desde los cuatro olvidos,
desde los cuatro mares que los pescados lloran.

Unos,

largos maullidos que empañan los cristales

y enormes avestruces

y húmedas arpilleras

o blandas cicatrices como largos caminos

y negras fajas como **ríos**

donde duermen barajas y las manos que cortan.

Unos,

medias palomas que arrastran por los huertos

las hojas de su muerte
 y el dolor del viaje
 y el dolor de las balas que los **perros devoran**
 allá junto a un costado de **llamas** en peligro.
 Unos,
 lana dejada que desmorona enloquecida
 sus balidos entre rubios espartos
 o iracundas pestañas.
 Unos,
 lacias **estrellas**
 y manos machacadas como balanzas diminutas,
 como pequeños pájaros redondos que **hieren,**
hieren, hieren por la sangre que horadan:
 esa **sangre** que grita y atraviesa
 las cercas de la sal y la hondura
 y sus fuertes delfines:
 esos gritos que elevan sin latón gaviotas,
 que enhebran los cabellos del vino
 con los peces
 mientras cuelga la **luna**
 como un grueso pescado
 donde juegan los dedos a un dominó
 sin **ojos** ni futuras monedas
 y canciones de **espinas** que se olvidan del aire.
 Unos,
 enormes girasoles
 y entre las sienes máquinas
 y plomo o cirios que se funden y andan,
 avanzan y se paran de pronto
 como una fiebre o puerta:
 un goterón que mira y duele,
 que enrojece sus bordes y abandona:
 un tracoma que escuece sobre casas humildes
 que huelen como **arañas**
 entre blandas palmeras
 y flautas que se **pudren.**
 Unos, llevan cigarras
 y les siguen palomas y lombrices y niños
 y pequeñas banderas
 y estampas como **luces**
 o el rumor de las ruedas y el barro del aceite:
 estos no son campanas
 ni **hormigas** ni amapolas
 huelen a barco y a tristeza
 a mujer y a vinagre
 a caña verde que se mece
 y a cuerpo o piedra que se hunde

lentamente en el agua.
 Bajo los anchos puentes donde duele la vida
 llegan, llegan **luciérnagas** y pesadas maromas:
 allí los muslos obedecen sin temblor
 y sin gozo
 a la sombra en que escupen y al rumor
 de la espuma:
 allí los hombres se ennegrecen
 y las caras se olvidan:
 uno a uno, millones desde los cuatro **vientos,**
 se acercan los navíos para morir
 bajo los puentes.
 Son otro peso errante sobre la inmensa Tierra,
 otra apesadumbrada voluntad que camina,
 otros cuerpos que cuelgan
 de las pesadas rocas
 otro canto desnudo,
 otro crimen reciente.
 ¡Así gimen las olas! ¡Así gimen las olas!
 ¡Oh **sed, sed** de los montes
 y de las altas nubes!
 ¡**sed** de cobre y escama!
 ¡**sed** de las amplias frentes
 en que el hombre navega:
 de esas bandejas rápidas
 que ruedan como **lunas**
 y terminan de pronto en un bolsillo diminuto!
 Junto al mar, ese canto que el silencio origina,
 donde los niños lloran
 y las cabezas de los hombres **miran**
 y **mueren contra el vino,**
 yo he **visto, he visto** a veces cernerse
 un ancho pájaro en la bruma
 como bajo los puentes hoy los ápteros brazos
 de los viejos obreros.

Como el llanto en la tierra,
 como las voces de la lluvia,
 hoy no puedo cantar como esas aves.
 ¿Cómo podré, cómo podré crecer sin manos
 bajo las filtraciones dolorosas
 de esta angustiada arena?
 Como ya reconozco la amplitud de la harina
 junto a mi piel se **pudren un caracol**
 y **un mundo.**

El segundo ejemplo tomado de **Litoral** No. 186-187 (**La ausencia luminosa**):

RETRATO

Dentro de mi cerebro fue naciendo, como de niebla, un arco deforme, vivo, que de un salto, como si él mismo fuera puente y cruzador, **atravesó** de una sien a otra, dejando en medio ciega, derretida, la **manzana** gris del pensamiento, como una medusa prisionera entre los espejos paralelos de mis dos genealogías. Se movía, se abombaba, se recogía en arrugas, luchaba... se perdía de forma, **reflejada**, multiplicada cada vez más y más distinta, por los espejos; luego se borraba, se iba para renacer siempre en nuevo símbolo mudo y blando.

No estaba muerto como todos creían, aunque ya todo el **río** se había cruzado el pecho aunque se entraba hacia el atardecer en las iglesias sin quitarse el sombrero; aunque cruzaban las palomas de un lado a otro de su carne sin torcer ni una pluma, aunque se atravesara con **alfileres** como cera. Pero había comenzado a sepultarse porque ya olía; porque ya no se reconocía él mismo en los espejos.

Un día al levantarse, se olvidó de su piel, dormida entre las sábanas. Ya de vuelta, a la tarde trajo colgando de sus hombros como milagros de cartón, un árbol, cuatro barcos, un **cuchillo**, la **luna**, dos escapularios, tres niños; y luego en su **muerte** comenzó una piedra.

Un día hacia el toque de laudes recibió el primer aviso de la paloma "Resurrexit sicut dixit..." y comenzó a abrirse su pecho como un libro. Para el toque de prima ya no tenía memoria. No estaba **herido** como todos creían, aunque cruzara el **río** su cuerpo, ni aunque toda su carne era ya leña desclavada.

Si yo puedo andar sobre este hilo tirante de la hora, sin despegar ni un pie, de sus vértebras y sin engendrar sombra debajo de mi cuerpo, es porque ya no necesito mis **ojos**, ni mis rodillas para saber cómo ha brotado la primera hoja en la mano del hombre y por qué está naciendo la paloma desde los **ojos** del

caballo. Yo ya no necesito ni que me tiendan barandillas ni cristales porque he ido **comiendo de mis huesos hasta llegar a los orígenes del agua** como un pájaro y ya es inútil que la sal se desnude sobre mi espalda intentando cuajarme otro vestido, porque con el último portazo se me cayó la lengua y la memoria. Aunque me **tiren de los ojos** como bridas no podrán despegarme ya del aire porque yo ya no estoy en mis **ojos**, ni reconozco la fuerza de los límites.

Aunque me quisierais cubrir con la cáscara de todos los nombres, no podrían levantarme desde mi sepultura. No se puede levantar la tierra con una mano, y ya no sé desde cuándo estoy entre los muertos, porque el tiempo se ha tendido como un anillo bajo el **agua**. Y por dentro de un espejo no se le puede tomar el pulso a una pluma.

Si me visto de blanco, si me veis mudo, es porque he nacido de una gota de **sangre**; porque me he **alimentado como un vaso o como una estrella**; porque aún estoy crujiendo bajo una palabra. Y no soy un huevo. Ni he secado mis **ojos** con el sueño. Estoy enterrado fuera de mí, bajo mi espalda como el **águila**; porque he llegado a matarme como un caballo para nacer delante en la paloma. Porque si me cogéis arriba sobre la cuerda infinita de la hora es porque aún tenéis vuestra mano sin espigar. Porque todos estáis como sacos sin **agua**. Todos. Tú misma, si me llamas, es porque aún tienes el grano de maíz entre tus **pechos**.

Yo te dejaré mi lengua entre tus manos y subiré desde tu frente aunque se me **tronchen las alas** con tus pulsos. Has cruzado las plumas sobre mis **ojos** y ya no puedo sujetar más tiempo mis anillos. Y no es humo lo que se desprende por las noches de las orugas, es que el silencio está llamando desde tu vientre para que cuando amanezca sobre los **cristales** ahumados de tus dedos, los nardos hayan terminado todos el oficio de la campana. Si se para el río sobre tu frente es porque el **cuchillo** perfuma de un tajo las claraboyas y porque la **luz** derrama su ectoplasma sin jugo sobre las voces de los altares.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS (1899-1974),
guatemalteco, su poema:

LOS CAZADORES CELESTES

¡Oropensantes-**luceros**! ¡**Ojos** dioses!
¡Ojos dioses **orollameantes**, **orotitilantes**,
orodistantes **luceros**! ¡**Ojos** dioses!,
esta nuestra proclama,
este nuestro desafío!

Cazadores celestes
levantamos los estandartes del **rocío** negro,
sudor de artesanía,
y partimos hacia el país
en que hay más flores que tierra,
roto el pacto con la mariposa
de las alas de **lava**,
rotas las joyas de la amistad
que en el cielo seguirá
celebrando su natalicio.

Partimos a la cacería de Cuatricielo,
el hombre de las magias,
el hombre de las cuatro magias,
el hombre de los cuatro ombligos de **fuego**,
quemadores de los cuatro
copales preciosos de la vida
—poesía, pintura, música, escultura—
para deleite exclusivo de los **ojos** y los oídos
de los dioses asomados
a los agujeros de la noche.

¡Faz a faz sea dicho ante sus creadores,
nuestro desafío y nuestra proclama oída!
Cazaremos a Cuatricielo,
porque tiraniza en sus mansiones
situadas en los cuatro pétalos de la rosa celeste,
a los que con sus calcañales,
sus espaldas, sus manos, sus sombras,
sus amanuenses, sus hablacadáveres,
sus tributarios, sin permitir,
por no ser del gusto de los ojos
y los oídos dioses, que dejen su clausura
y saquen la fiesta de su artesanía
a las plazas públicas.

Faz a faz sea dicho ante sus creadores,
nuestro desafío y nuestra proclama oída!

Partimos hacia el país de los espejos,
la región en que hay más flores que tierra,
partimos a la cacería de Cuatricielo,
sin conocer su nombre,
sin conocer su danza,
sin conocer su máscara,
a sabiendas que los **ríos de su sangre**
no son navegables para los barcos de la muerte.

Partimos a la cacería
del hombre de las magias,
Cuatro-veces cielo,
el que lloverá **lava** de volcanes
para borrar el rocío negro
de nuestros estandartes,
sudor de artesanías.

“¡Cazadores a tierra!”
Fue el grito
y bajaron del cielo, en naves de plumas,
el Jefe y sus Horizontes **águilas**.

El jefe de cazadores, **águila** de árboles,
el de las huellas verdes pintadas en la tierra,
saboreadora de las huellas verdes que al andar
dejan los árboles
—el viento se levanta y no acaba
de lamer las hojas, juntándolas, separándolas,
arremolinándolas— huellas verdes del jefe
de cazadores,
águila de árboles,
águila de uñas en medio de una tempestad
de hojas verdes,
su cuerpo, membrillo de oro
untado de grasa de ciervo,
el escudo al brazo tatuado de **serpientes** verdes
y la flecha de pluma de quetzal
apuntada hacia mediodía.

Cuatro eran las magias
y cinco los cazadores.

Aguila de luciérnagas de sol
el de las huellas **amarillas** pintadas en la tierra,

saboreadora de las huellas **amarillas**
 que al andar
 dejan las **estrellas** fugaces,
 el viento se levanta
 y no acaba de lamer orfebrerías titilantes,
 Cazador que fue de los Cuatrocientos
 Cazadores **luceros**,
águilas de luciérnagas de sol,
 amarillos sus cabellos de **miel**
 sobre sus hombros,
 bajo cascadas de plumas áureas,
 de **constelación** húmeda su escudo,
 de **luz que se apaga y se enciende**
la punta de sus flechas,
 de su **flecha que se apaga y se enciende**
 apuntada hacia el Poniente,
 en la tierra saboreadora de neblinas
 que van con pies de pluma,
 el **viento alza su lengua y lame la cal viva**,
 blancas sus plumas, blanca su piel,
 blancos sus **dientes**,
águila de nubes,
 corpulento y casi sin peso,
 de nieve su escudo,
 antártico su arco y su flecha polar
 apuntando hacia la **luna**.

Cuatro eran las magias
 y cinco los cazadores.



JOSE GOROSTIZA (1901-73), mejicano.
 Fragmento de su poema **Muerte sin fin**:

Porque raro metal o piedra rara,
 así como la roca escueta, lisa,
 que figura castillos
 con sólo naipes de aridez y escarcha,
 y así la arena de arrugados **pechos**
 y el humus maternal de entraña tibia,
 ay, todo se consume
 con un mohíno crepitar de gozo,
 cuando la forma en sí, la forma pura,
 se entrega a la **delicia de su muerte**
y en su sed de agotarla a grandes luces
apura en una llama
 el aceite ritual de los sentidos,
 que sin **labios**, sin dedos, sin **retinas**,
 sí paso a paso, muerte a muerte, locos,
 se acogen a sus túmidas matrices,
 mientras unos a otros se **devoran**
 al animal, la planta
 a la planta, la piedra
 a la piedra, el **fuego**
 al **fuego**, el mar
 al mar, la nube
 a la nube, el **sol**
 hasta que todo este fecundo **río**
 de enamorado **semen** que conjuga,
 inaccesible al tedio,
 el suntuoso caudal de su apetito,
 no desemboca en sus entrañas mismas,
 en el acre silencio de sus **fuentes**,
 entre un **fulgor de soles** emboscados,
 en donde nada es ni nada está,
 donde el sueño no duele,
 donde nada ni nadie, nunca, está muriendo
 y solo ya, sobre las grandes aguas,
 flota el espíritu de Dios que gime
 con un llanto más llanto aún que el llanto,
 como si herido —¡ay, El también!—
 por un cabello,
 por el **ojo en almendra de esa muerte**
que emana de su boca,
hubiese al fin ahogado
su palabra sangrienta.

RAFAEL ALBERTI (1902-89), andaluz. Dos ejemplos de su libro **Sobre los ángeles**:

EL ANGEL FALSO

Para que yo anduviera entre los nudos
de las raíces
y las viviendas óseas de los **gusanos**.
Para que yo escuchara los crujidos
descompuestos del **mundo**
y **mordiera la luz petrificada de los astros**,
al oeste de mi sueño
levantaste tu tienda, ángel falso.

Los que unidos por una misma corriente
de agua me veís,
los que atados por una traición
y la caída de una **estrella** me escucháis,
acogeos a las voces abandonadas de las ruinas.
Oíd la lentitud de una piedra
que se dobla hacia la muerte.

No os soltéis de las manos.
Hay **arañas** que agonizan sin nido
y yedras que al contacto de un hombro
se **incendian y llueven sangre**.
La **luna transparente**
el esqueleto de los lagartos.
Si os acordáis del cielo,
la cólera del frío se erguirá aguda
en los **cardos**
o en el disimulo de las zanjas que estrangulan,
el único descanso de las auroras: las aves.
Quienes piensen en los vivos
verán moldes de arcilla
habitados por ángeles infieles, infatigables:
los ángeles sonámbulos que gradúan
las órbitas de la fatiga.

¿Para qué seguir andando?
Las humedades son íntimas
de los **vidrios en punta**
y después de un mal sueño
la escarcha despierta **clavos**
o tijeras capaces de helar el luto
de los cuervos.

Todo ha terminado.
Puedes envanecerte, en la cauda marchita
de los **cometas** que se hunden,
de que mataste a un muerto,
de que diste a una sombra la longitud
desvelada del llanto,
de que **asfixiaste** el estertor
de las capas atmosféricas.

MUERTE Y JUICIO

1
(MUERTE)

A un niño, a un solo niño que iba
para piedra nocturna,
para ángel indiferente de una escala sin cielo.
Mirad. Conteneos la **sangre**, los **ojos**.
A sus pies, él mismo, sin vida.

No aliento de farol moribundo
ni jadeada **amarillez** de noche agonizante,
sino dos **fósforos** fijos
de pesadilla eléctrica,
clavados sobre su tierra en polvo,
juzgándola.
Él, **resplandor** sin salida, lividez sin escape,
yacente, juzgándose.

2
(JUICIO)

Tizo electrocutado, infancia mía de ceniza,
a mis pies, tizo yacente.
Carbunclo hueco, negro, desprendido
de un ángel que iba para piedra nocturna,
para límite entre la muerte y la nada.
Tú: yo: niño.

Bambolea el **viento** un vientre
de gritos anteriores al mundo,
a la sorpresa de la **luz en los ojos**
de los recién nacidos,
al descenso de la **vía láctea**
a las gargantas terrestres.
Niño.

Una **cuna de llamas**, de norte a sur,
de frialdad de tiza amortajada en los **yelos**
a fiebre de paloma, agonizando en el área
de una **bujía**,
una cuna de **llamas**, meciéndote
las sonrisas, los llantos.
Niño.

Las primeras palabras,
abiertas en las penumbras
de los sueños sin nadie,
en el silencio rizado de las albercas
o en el eco de los jardines,
devoradas por el mar y ocultas hoy
en un hoyo sin **viento**.
Muertas como el estreno de tus pies
en el cansancio frío de una escalera.
Niño.

Las flores, sin piernas para huir
de los aires crueles,
de su espoleo continuo al corazón volante
de las nieves y los pájaros,
desangradas en un aburrimiento de cartillas
y pizarrines.
4 y 4 son 18. Y la X, una K, una H, una J.
Niño.

En un trastorno de ciudades marítimas
sin crepúsculos,
de mapas confundidos y desiertos barajados,
atended a unos **ojos** que preguntan
por los afluentes del cielo,
a una memoria extraviada entre nombres
y fechas.
Niño.

Perdido entre ecuaciones, triángulos, fórmulas
y precipitados **azules**,
entre el suceso de la **sangre**,
los escombros y las coronas caídas,
cuando los cazadores de oro y el asalto
a la banca,
en el rubor tardío de las azoteas
voces de ángeles te anunciaron la botadura
y pérdida de tu alma.
Niño.

Y como descendiste
al fondo de las mareas,
a las urnas donde el azogue,
el plomo y el hierro pretenden ser humanos,
tener honores de vida,
a la deriva de la noche
tu traje fue dejándote solo.
Niño.

Desnudo, sin los billetes de inocencia
fugados en sus bolsillos,
derribada en tu corazón
y sola su primera silla,
no creíste ni en Venus que nacía
en el compás abierto de tus brazos
ni en la escala de plumas
que tiende el sueño de Jacob
al de Julio Verne.
Niño.

Para ir al infierno no hace falta
cambiar de sitio ni postura.



GERMAN PARDO GARCIA (1902-91),
colombiano. Dos ejemplos:

HIMNO DE TRIUNFO

¿Si no fuera verdad esto que escribo,
y si mis **ojos** asilaran yertos
esculturas inválidas de muertos,
y **aristas** falsas que en la sal percibo?

¿Si las equivalencias que concibo
fallaran en los ámbitos abiertos,
y fueran **sequedad** de los desiertos
las calcificaciones que recibo?

¡Qué odio contra mis manos escritoras,
escoriadas por **lunas quemadoras!**
¡Les querría **clavar la mordedura**

de unos dientes inicuos, devorantes!
¡Si inventara azucenas oxidantes,
si fuera contumaz, cuánta amargura!

NOCTURNO CAZADOR

Cuando llega la noche yo me alerto
para vivir mientras el día encalla.
Cada golpe nocturno, en mi **muralla**
deja un bastión al infinito abierto.

La noche es mi poder. De día, muerto
para la eternidad, térmica malla
de púrpuras **solares** empantalla
mis **ojos** de hombre y de aquilino injerto.

Mas por las noches, como el **tigre herido**
salgo a cazar. Como el **león que urgido**
por el hambre y la sed lánzase y reta

la tenebrosidad de las llanuras,
y vuelve al estertor de sus clausuras
con un **astro** mefítico en la jeta.

GONZALO ESCUDERO (1903-71), ecuatoriano. De su **Obra poética**:

LOS HURACANES

¡América, tierra negra con alas!

Y los poetas muertos no irán a los sarcófagos
de rosas, sino a todas las **fauces** de los cráteres.
Así América será una tempestad **encendida**
en la noche y un **resplandor** de lianas
en el día.

Poetas: apagad todas las **lámparas**,
si **arden** los Sinaís de las palabras,
si somos pedernales
que hacen brotar en cada **chispa**
el impromptu de la tierra.
Temblor unánime que pasa
por nuestras vértebras de **cóndores**.
Alarido de Job que despierta a los **lobos**.
Naufragio de los bosques pretéritos
que oyeron el primer arcabuzazo
de los hombres blancos.
Rocas verticales que caen como dólmenes
sobre los páramos de briznas de oro.
Ventarrones de humaredas distantes.

Montañas que se encabritan como potros
ríos torrenciales que se derrumban
con epilepsia de dioses jóvenes.
Garra del ventisquero humeante.
Carne de cobre que se **incendia**
bajo el palio de los **cactus**.
Boas que viajan como trenes alígeros.
Hombres turbios que **estrangulan al sol**.
Vírgenes de vientres tostados
desnudas sobre los huracanes.
Madres que dan a **luz**
sobre las madrugadas dulces.
Río tremolante que se oye a sí mismo
al **desgajar** prismáticas a las piedras.
Cascos de ébano de los corceles fugitivos.
Malabares de **resplandor que naufragan**
en los valles cóncavos.
Barrancos **heridos**

por las **tizonas líquidas de las cascadas**.
Huracanes que derriban a los robles.

Incendio de berilo de las selvas.

Tormenta que descuaja a los árboles.

Lagos, cacharros para **beber los plenilunios**.

Pumas que saltan con su torso
de mujeres vencidas.

Hogueras que salpican a la tiniebla
con surtidores de **fuego**.

Diluvio de estrellas para construir el arca
de nuestra muerte inmortal,
con el cedro oloroso de la noche
y los dos **clavos húmedos de tu mirada**.

Y Dios que oye el silencio.

¡Y el tiempo. Y los guijarros. Y los hombres
que ruedan a los vórtices!

El rondador, el rondador
es el **viento**,

la raza,

la distancia,

la **desgarradura** de la cordillera,
el zodíaco del **sol** ebrio.

Y es la raza.

Los muertos izados como lábaros.

Los muertos que claman.

Troncos de encinas bárbaras.

Monolitos horizontales.

Torreones **calcinados**.

¡Los muertos!

¡Ellos!

Los que blandieron las **hachas** himnicas,
y agitaron los mazos,
y aguzaron las piedras lisas,
y humedecieron las claridades
con su voz diluvial.

¡Ellos!

Traen en sus **ojos escarabajos lucientes**
y rocío del césped.

La tierra camina como un barco
y se arremolina como un océano.

¡Los muertos!

¡Ellos!

¡América, tierra negra con alas!

CESAR MORO (1903-56), peruano. De la
revista española **Poesía 2**:

OH FUROR EL ALBA SE DESPRENDE DE TUS LABIOS

Vuelves en la nube y en el aliento
sobre la ciudad dormida

golpeas a mi ventana sobre el mar
a mi ventana sobre el **sol** y la **luna**

a mi ventana de nubes
a mi ventana de **senos sobre frutos ácidos**

ventana de espuma y sombra

ventana de oleaje
sobre altas mareas tu frente
y más lejos tu frente
y la **luna** es tu frente y un barco sobre el mar
y las adorables tortugas como **soles**
poblando el mar y las algas nómadas
y las que fijas soportan el oleaje
y el galope de nubes persecutorias
el ruido de las conchas
las lágrimas eternas de los **cocodrilos**
el paso de las **ballenas**
la creciente del Nilo
el polvo faraónico
la acumulación de datos para calcular
la velocidad del crecimiento de las **uñas**
en los tigres jóvenes
la preñez de la hembra del **tigre**
el retozo de albor de los **aligatores**
el **veneno** en copa de plata
las primeras huellas humanas sobre el mundo
tu rostro tu rostro tu rostro

Vuelven como el caparazón divino
de la tortuga difunta
envuelto en **luz** de nieve

El humo vuelve y se acumula para crear
representaciones tangibles de tu presencia
sin retorno

El pelo azota el pelo
vuelve
no se mueve el pelo
golpea sobre un tambor finísimo de algas
sobre un tambor de ráfagas de **viento**

Bajo el cielo inerte venciendo su distancia
golpeas sin sonido

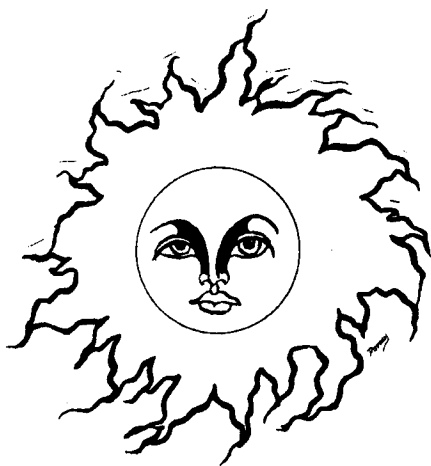
La fatalidad crece y escupe **fuego y lava**
y sombra y humo de panoplias
y **espadas** para impedir tu paso

Cierro los **ojos** y tu imagen y semejanza
son el mundo

La noche se acuesta al lado mío
y empieza el diálogo
al que asistes como una lámpara
votiva sin un murmullo parpadeando
y **abrasándome con una luz** tristísima
de olvido
y de casa vacía bajo la tempestad nocturna

El día se levanta en vano

Yo pertenezco a la sombra
y envuelto en sombra
yazgo sobre un lecho de **lumbre**.



LUIS CARDOZA Y ARAGON (1904-92),
guatemalteco. De su antología **Poesías completas**:

SOLEDAD DE LA FISIOLOGIA

Yo he visto, sí, yo he visto,
con mis **labios**, mis sienes y mi **lengua**,
la infinita tristeza de los humildes huesos
y carnes de mis pies,
de sus venillas rojas sobre mi piel callosa
vencidas por mi peso,
cuya **sangre**, en su ciclo remoto,
ve sólo de vez en cuando
el mundo por mis **ojos**.

Mi piel de **estiércol** y **luceros**,
la acelerada **muerte de mis labios**,
mi voz, mis **ojos**, mi silencio,
los nuncas, los acasos, las rocas, los inviernos,
animan sus puras capacidades inmortales,
y todo gime o canta, mas con tristeza siempre,
con tristeza yacente, joven, alta.

Intestinales lavas verdes,
aciago y turbulento hervor de **fango**,
lleno de peces rojos y granitos;
arcos de pechos descubiertos
mar adentro, saliendo por la **sangre**
sobre tu piedra cierta de eternos sacrificios,
buscando nieves que besar, cristales,
ascuas o frías hojas de **cuchillos**.

Esas masas opacas de **pústulas** y **podres**,
nocturnos lodos hondos,
turbias materias mudas
de máculas y oprobios, llegan al hombre,
al ave y a la rosa,
con vehemencia de cifra, con ahínco de forma,
con el perpetuo ritmo de mar contra la playa.

Llegan claras, geométricas y exactas,
y en fanático instante de infinito,
se queman en los ojos, en la **boca**,
con sus trajes de besos o palabras.
Con terquedad hermosa y ávida,

he sentido en mi cuerpo golpear
tu propio cuerpo
la antigua angustia material
de plomo hasta sonido,
de carbón a **lucero**.

Todo lo que cae, lo que la tierra
diariamente reclama:
nuestro sudor, la orina, el excremento,
ciegas, confusas materias oscuras,
cumpla vuestro pesado **aceite amargo**
su destino de **llama**.

Lo que hay de divino en el trigo,
en el jocundo **semén** extasiado,
en la **luz** de los cielos,
en el sumiso estiércol,
en la flor que nunca alcanza su fruto,
en la veta dormida del zafiro,
en el austero tronco y en el barro.

Sí, lo que hay en ellos de divino,
en su desesperada vocación de llanto
y de saliva,
con ternura inaplazable de tacto,
con desvelo de labios imbesables y ausentes,
lo cantan las entrañas con sus voces sin rumbo
de sordomudos ángeles rebeldes,
la **luz** sepulta y la forma olvidada.

Todo este afán y esta ternura casi hiriente
que llora de dulzura y sin embargo **sangra**;
que casi es una niña debajo de la nieve
soportando en la frente, **herida** y humillada,
el peso de la vida y la ingrátida muerte.

Minucioso engranaje de lodo que medita
y adora y se levanta hasta la **estrella amarga**,
sin olvidar que ayer rastreaba en el **gusano**.
Que hoy, más lejos todavía,
todavía más lejos,
era sólo un pedazo de noche enfurecida,
calcárea o pedernal, con desmayado **fuego**
despierto sin presencia
en el vuelo de pájaros del gozo,
en su angustia de **manos amputadas**,
de lágrimas fatales no vertidas,

de gloria y de **inmundicia**, de aurora
y rosa mustia.

Noche de las entrañas, noche del borborigmo,
noche de arteria honda
y blancos huesos ciegos,
vísceras olvidadas
en su misión de eternas Cenicientas.

Desoladas matrices sin **lucero**,
materia no despierta al canto o al suspiro
del **viento de la muerte**;
yerta su pasión que germinó en el trigo,
que roja se hizo en la amapola
y sueño bajo la cal de la frente.

Llameante animalidad fecunda
de manos naufragadas, de rodillas vencidas
por el dulce vértice de las ingles,
adentro martillando la hermosura del cielo,
con feroz impaciencia temblorosa de aves
en azoro,
de **ángeles** y **estrellas**
que acaban de marcharse.

Muda materia opaca, sin forma ni sollozo,
sin novedad y atónita, postrera, estupefacta,
que adivináis el pétalo, la espiral y la cifra,
con memoria de muerte, de vida y muerte
nuevamente,
como la piedra frente a los **ojos de la estatua**,
como las venillas del mármol
ante la **sangre** del modelo,
ceniza, escarcha sois, llanto o sonrisa.

En mis manos os veo dividiros,
más allá de los dedos y su tacto,
de los **dientes que sangran**, de las **uñas**
más allá de los **ojos** y miradas,
con **luz de estrella** muerta
que no llegará nunca.

Astros y musgo exangüe, eternidad y polvo,
el ruiñeñor y el sapo, el amor y el olvido,
su pasión sin medida, el **fuego** y su locura
final, como la noche maciza de los muertos,
dura noche sin límites de párpados,

han germinado en mí su soledad de **piedra**,
me han cubierto de ciprés enlutado.

En mis brazos tu soledad en fiesta
mordiendo, sí, su término, su precaria medida,
su telúrico límite de cuerpo enamorado.
No hay soledad más alta,
más cruel y más cercana
que la de dos cuerpos que se aman,
sus hiedras confundiendo, su saliva
y sus sueños
su aliento anonadado, sus huesos y su muerte.

Callo de amor en medio de tu asombro,
isla de soledad, dolor de **mármol**,
callo para gemir cuando te adoro
con tu pavor de estatua mutilada.
Isla de soledad, dolor y pasmo,
muerta mil veces, mil, mil veces muerta,
solos, en **planeta** deshabitado,
ya solos en el otro y en sí mismo.

Solos y abandonados doblemente,
más solos que si el otro no existiese,
nuestro sueño absoluto nos ha creado
la soledad sin fin de nuestra mano.
¡La mano no puede asir sino formas,
asir lo que no es, la pura ausencia,
tierra firme de nunca y de tal vez,
tangible de crueldad sin penumbra!

Nada queda en los labios, sino violetas tristes.
Nada sino epitafios de hielo **ensangrentado**.
Nada sino unas huellas en el **viento**.

Sino caídas guirnalda marchitas.
Sino ceniza fría, dolida y crepitante,
y un eco de **fuego crucificado**.

Como mar frente al cielo,
¡oh cuerpos frente a frente!,
premuras de la **sangre, espejos de la muerte**,
con rumbos de magnolias
y palomas de llanto,
solos en el asombro del gemido,
dulce piedad de carne amontonada
entre el **astro** y la hierba, el ruiseñor

y el sapo,
el amor y el olvido, el **fuego y el estiércol**.

Mundos ancestrales anteriores al hombre,
ámbitos de tiniebla o glaciares,
obsesos por una **chispa**, por un líquen,
por la viva arenilla que es la **hormiga**.
Yo me acuerdo, me siento, aún me veo
en **ígneos** minerales somnolientos.
En turbias nubecillas casi inmóviles,
acompañados de espacio. Colmado
de amaneceres y viscosidades,
de rubí y azucena y noche derretida
lejana, hacia futura presencia enamorada.
¡Ya en ellos la esperanza de la **sangre**!

Coágulos como gotas de caos,
árboles que sombreáis en las riberas
flotantes panoramas, ídolos sumergidos
en océanos de **sangre** y cielos ya gastados
como cantos rodados entre el sueño y la arena,
de pronto, en los furiosos túneles de la vida,
con rampante lamento **encendido** de mitos,
estallando sus soles en medio
de las ciénagas.
¡Alegría de los primeros pasos
de mujer en la nieve!

Veo mi forma muerta, mi retorno a la patria,
al ansia desbordada, sin cristal ni medida.
A la suave y nostálgica materia.
Herida en todas partes, como nube delgada.
Mis huesos ven el **sol**. ¡Lo ven por fin!,
las nubes y los pájaros, el árbol y el caballo,
la libertad total de su blancura.
La **leche**, las **aguas** animales,
las vísceras **rotas** y vencidas,
mojan el polvo, lo besan, lo recuerdan,
aceleradas, sin embargo, hacia la rosa.

Soledad de materia con su sueño fallido
más acá de un **seno**, de una **poma**,
de un grito o de un suspiro.
¡Todo lo que cae, lo que la noche
ciegamente reclama,
esa montaña **fétida** en donde el lirio alza
su pura, blanca **llama**!

LUIS CERNUDA (1904-63), español. Ejemplo tomado de su antología **La realidad y el deseo**:

DESOLACION DE LA QUIMERA

Todo el ardor del día acumulado
en **asfixiante** vaho, el arrenal despide.
Sobre el azul tan claro de la noche
contrasta, como imposible gotear de un agua,
el helado **fulgor de las estrellas**,
orgullosa cortejo junto a la nueva **luna**
que, alta ya, desdeñosa **ilumina**
restos de bestias en medio de un osario
en la distancia aúllan los **chacales**.

No hay agua, fronda, matorral ni césped.
En su lleno **esplendor mira la luna**
a la Quimera lamentable, piedra corroída
en su desierto. Como muñón, deshecha el ala;
los **pechos** y las **garras**
el tiempo ha **mutilado**;
hueco de la nariz desvanecida y cabellera,
en un tiempo anillada, albergue son ahora
de las aves obscenas que se nutren
en la desolación, la muerte.

Cuando la **luz lunar** alcanza
a la Quimera, animarse parece en un sollozo,
una queja que viene no de la ruina,
de los siglos en ella enraizados, inmortales
llorando el no poder **morir**,
como mueren las formas
que el hombre procreara. «Morir es duro,
mas no poder morir, si todo muere,
es más duro quizá». La Quimera susurra
hacia la **luna**
y tan dulce es su voz
que a la desolación alivia.

«Sin víctimas ni amantes.
¿dónde fueron los hombres?
Ya no creen en mí, y los enigmas
que yo les propusiera
insolubles, como la Esfinge,
mi rival y hermana,

ya no les tientan. Lo divino subsiste,
proteico y multiforme,
aunque mueran los dioses.
Por eso vive en mí este afán que no pasa,
aunque pasó mi forma, aunque ni sombra soy;
afán que se concreta en ver rendido al hombre
temeroso ante mí ante mi tentador secreto
indescifrable.

Como animal domado por el **látigo**,
el hombre. Pero, qué hermoso;
su fuerza y su hermosura,
oh dioses, cuán cautivadoras.
Delicia hay en el hombre;
cuando el hombre es hermoso,
en él cuánta delicia.
Siglos pasaron ya desde que desertara
el hombre de mí
y a mis secretos desdeñoso olvidara.
Y bien que algunos pocos a mí acudan,
los poetas, ningún encanto encuentro en ellos,
cuando apenas les tienta mi secreto
ni en ellos veo hermosura.

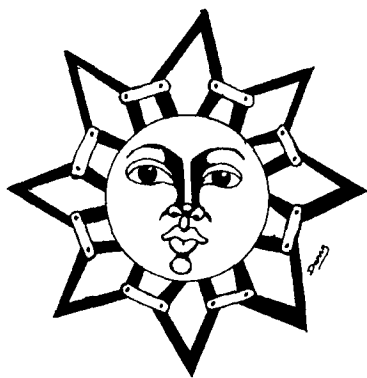
Flacos o flácidos, sin cabellos, con lentes,
desdentados. Esa es la parte física
en mi tardío servidor; y semejante a ella,
su carácter. Aún así, no muchos buscan
mi secreto hoy,
que en la mujer encuentran su personal
triste Quimera.
Y bien está ese olvido,
porque ante mí no acudan
tras de cambiar pañales al infante
o enjuagarle nariz, mientras meditan
reproche o alabanza de algún crítico.

¿Es que pueden creer en ser poetas
si ya no tienen el poder, la locura
para creer en mí y en mi secreto?
Mejor les va sillón en academia
que la aridez, la ruina y la muerte,
recompensas que generosa di a mis víctimas,
una vez ya tomada posesión de sus almas,
cuando el hombre y el poeta preferían
un miraje cruel a certeza burguesa.

Bien otros fueron para mí los tiempos
cuando feliz, ligera, hollaba el laberinto
donde a tantos perdí y a tantos otros
los dotaba de mi eterna locura:
imaginar dichoso, sueños de futuro,
esperanzas de amor, periplos soleados.
Mas, si prudente **estrangulaba al hombre
con mis garras** potentes,
que un grano de locura
sal de la vida es. A fuerza de haber sido,
promesas para el hombre ya no tengo.»

Su **reflejo la luna** deslizándose
sobre la arena sorda del desierto,
entre sombras a la Quimera deja
calla en su dulce voz la música cautiva.
Y como el mar en la resaca, al retirarse
deja a la playa desnuda de su magia,
retirado el encanto de la voz,
queda el desierto
todavía más inhóspito, sus dunas
ciegas y opacas, sin el miraje antiguo.

Muda y en sombra, parece la Quimera retraerse
a la noche ancestral del Caos primero;
mas ni dioses, ni hombres, ni sus obras,
se anulan si una vez son; existir deben
hasta el amargo fin, perdiéndose en el polvo.
Inmóvil, triste, la Quimera sin nariz olfatea
frescor de alba naciente,
alba de otra jornada
que no habrá de traerle piadosa la muerte,
sino que su existir desolado prolongue todavía.



ALFREDO GANGOTENA (1904-44), ecuatoriano. Dos ejemplos de su **Poesía completa**:

NOCHE (fragmento)

Mi semblante sumiso
en la extirpación de las palabras,
mis manos esparcidas en el horror.
Todo en sombras, arisco,
fluyente y transido
de los fríos sudores que he **sangrado**
en mi noche.

Mis **ojos asesinados** transpiran su lodo
contra los muros.
Mis flácidas axilas de ningún modo
me han sostenido.
¿Para qué frecuentar
vuestras opulentas moradas?
Os dejo en gran duelo, nativos fantasmas.

(...)

Señor enhiesto
sobre los **rayos de su armadura**,
fulgente en el acero de su inmovilidad,
para la batalla en dondequiera,
Él solo me esperaba.
Voces como piedras gruñen bajo la **luna**.

Él no me detiene ni menos el ala rumorosa
del **astro de los muertos**, suspendido
sobre mi tienda.
¿Su ejército? ¿Acaso replegado y sordo
en la espera?
¡Cómo! ¿Acaso pensaba hurtarlo y arrebatarlo
por azar a la gran **águila de mis miradas**?

¿Qué calor me asfixia en estos sudores?
Mis **dientes se estremecen, rojos de carne**
de la posesión.
¿Se deshacen mis músculos bajo las **rocas**
implacables?
La selva me grita: ¡cuidado!

Sacudiendo de despecho su milenario follaje
sobre mi cuerpo jadeante.
¡Oh lágrimas, qué hundimiento
y qué polos de oprobio alcanzados
en esta ruina!

Él solo me esperaba.
Sus **pájaros carnívoros** recorren mi silencio.
¡Así sea!
Si he sufrido la verde huella de sus **ojos**
centella de tormenta,
Él se precipita de súbito
en la ruta escabrosa de su blanco viaje.

Él partió con el gran **viento** de alas de la noche
y me he quedado inerme
y desnudo en la desesperanza,
toda de cal y ceniza, mi carne,
bajo el remolino de su vuelo ensordecedor.

Mi corazón, de soslayo,
en la hondura de la medianoche.
¡Helo aquí yacente en la hez y en la vergüenza,
sucio de **excremento bajo la resina de mis**
ojos palpitantes, perdido en la tiniebla, la bilis,
el **amarillo** polvo y el desprecio!

TEMPESTAD SECRETA (fragmento)

Apretada, oculta noche.
¡Oh vena, venas de mi **sangre**
en la esfera absoluta de los astros!
Me despierto a toda voz,
dando gritos de llamada;
en tu espacio me despierto,
con los **ojos** agolpados
mi corazón de entrañas y lamentos,
como un haz de **ensangrentadas** cabelleras.

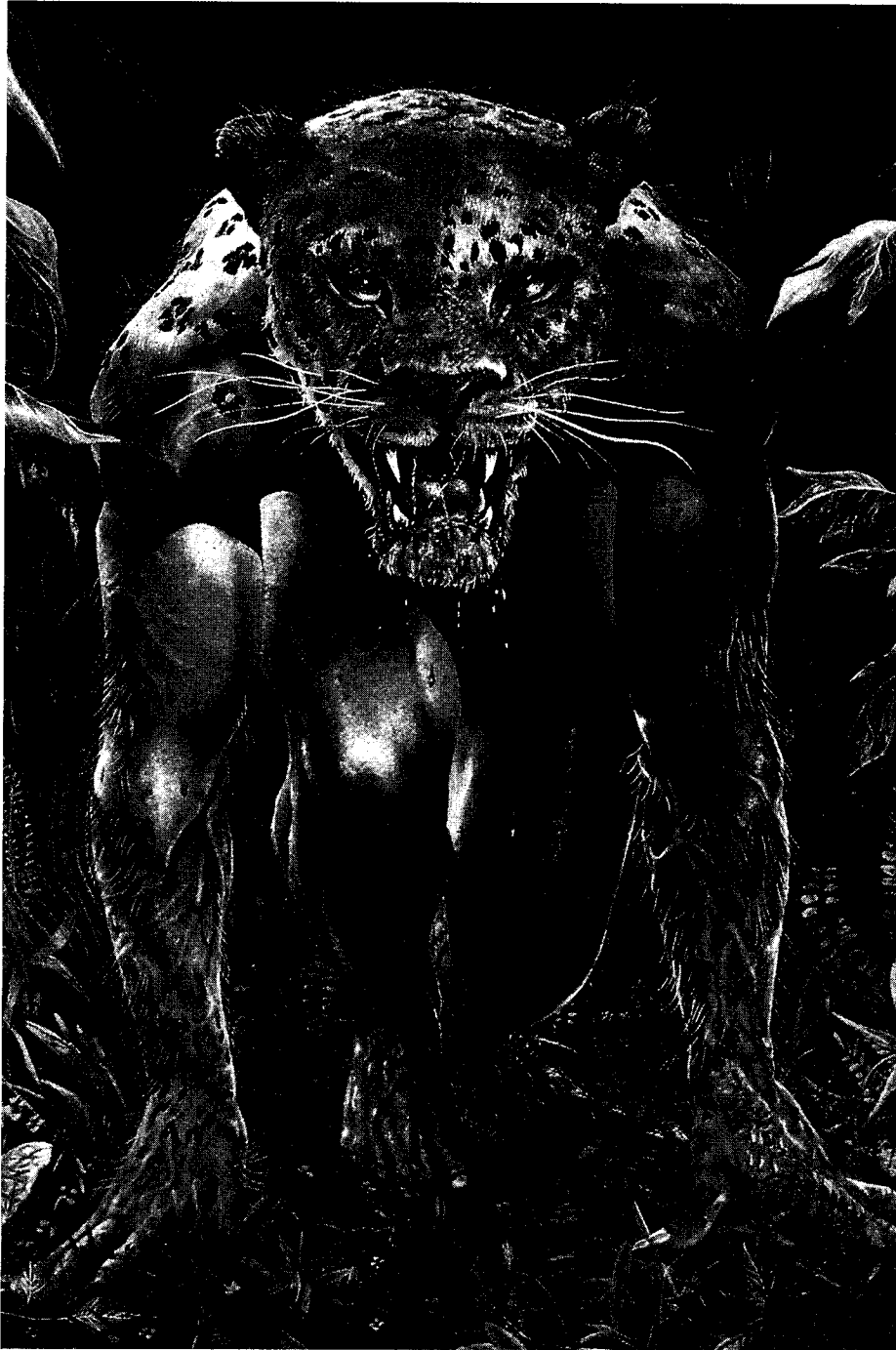
Cuan clara es la **pupila**, llega el **mundo**,
¿dónde estoy?
Y los mares de esta fuente, llegarán.
Los **cuervos** persistentes;
entre **muros**, mi espesura.

Y te desmandas a merced, como el **fuego**,
de estas órbitas:
a despecho entonces te hablaré
en tu vientre de agitado corazón,
con la **lengua** de mi altura,
en tu sexo sorprendido,
a mayores firmamentos
con mi voz de noche oscura.
Mas, a todo lo adelantas.
¡Oh mía de mi cielo,
pusiste a prueba tanto empeño
en el calor de mis sentidos!
¿Cuándo me abrirás presente las dulzuras
tuyas llenas, de la tierra?
¿Cuánto el **pecho**? ¡a deshora!,
y me detienes con el ímpetu del océano
sobre el párpado de mi desolada desnudez.

El espacio de tu fuerza.
Mis **ojos lentos brillarán** del fragor
de las ciudades.
Por donde va mi grito, voy,
¿por afueras de este **mundo**?
La boca densa, aún llena de la muerte.

En subidos aires salgo de mi aliento.
El jardín contiguo, en manos de las flores.
Y van pasos, desnudos pasos en mi alma;
que te busque, toda mía,
amén persiga con las ansias consiguientes
del desierto.

Ni la sed es cosa tanta.
Afuera en claro sestean los **leones**,
corre franca la pradera de los ciervos.



PABLO NERUDA (1904-73), chileno. Dos ejemplos, el primero de la antología **La mar** por Raúl Cervantes Ahumada:

LA MASCARA MARINA

Resbala en la húmeda suma la **luna**
sorteando la sal con su susurrante salida
las aves del suave solsticio
los vuelos se alzarón
y el sol de la aurora aurea en la sopa del mar
la sopa del mar sopa negra pasó por la sombra
parece que se abre una caja si sale la aurora
como un abanico cerrado es el **sol** en su cielo
salió de la caja la **luz** de la caja de jacaranda
salió perfumada la **luz** salió anaranjada
la **luz** salió **luz**
abanico era entonces encima **esplendor**
era fría esperanza
y yo déle que déle al navío
yo no vuelo ni corro ni nado
yo en la proa de acuerdo azutrina amaranto
de acuerdo de acuerdo con el abanico
creciente de acuerdo llovía de pronto
y **estatua de sal** transparente en la lluvia
o morada señora ofrecí mi crepúsculo
al **viento** a la noche que **devoraba**
y seguí seguí sola en la noche en el día
desnuda turgente era el mar
del navío la ruta la línea la misma salmuera
yo no miro los puertos he cerrado
los **ojos** al daño amo el solo elemento
la **luz** que transcurre las **lanzas** del frío
sube el **sol** al cenit uva a uva
hasta ser un racimo y de noche la sombra
resbala la **luna en el vino**
el mar alcohol del **planeta** la rosa
que hierve y el **agua que arde**
yo sigo yo sumo no nuevo los **ojos**
no canto no tengo palabras no sueño
me mueven me cantan me sueñan
me sume la ola
salpica levanta mi desventurada cabeza
en la eterna intemperie
yo vivo en el gran movimiento del orbe
en la nave soy parte incesante

de la dirección de la esencia
no tengo contrato firmado con gotas de **sangre**
ni reina ni esclava yo sé que armadores
hinchidos pagaron dolores con dólares
la barca la blanca vestida
la Venus de ballenería
las velas al **viento** sobre la muchedumbre
del mar hacia Chile
pero aquellas monedas cayeron
en las alcancías del padre artesano
y pronto rodaron pagando ataúdes botellas
zapatos escuelas o flores
yo fui liberada y entré en el navío
sin deuda de **sangre**
no compro la aurora no salgo no nuevo
los brazos no reino
y sólo obedezco al latido del **agua**
en la proa como una **manzana**
obedece a la savia que sube y navega
en el árbol de la primavera
la **sangre** cetácea la **esperma violeta**
del asesinato en las olas
no veo ni el círculo frío del duro petrel
en el **viento**
ni el pez arrancado a una **garra** y partido
por un **picotazo** sin duda un camino
de **sangre** surcó la salmuera
oí el espantoso silencio después
de las **llamas** de la artillería
en el territorio inocente otros hombres
vestidos de oro
con máscaras blancas metían en redes
a sus semejantes
corrían aullando mujeres entre los castigos
morían de amor y de furia
las redes subían repletas de oscuras **miradas**
y manos **heridas**
yo vi **desangrarse los ríos**
de los territorios y sé cómo lloran las piedras
oh **rayo** del mar amedrenta a tus hijos
castiga a los crueles
decía la tierra y el mar continuó y subió
el movimiento a mi **pecho**
y yo me incorporo al camino
mis **ojos** no saben llorar
soy sólo una forma en la **luz**
una vértebra de la alegoría.

LAS FURIAS Y LAS PENAS

En el fondo del **pecho** estamos juntos,
en el cañaveral del **pecho** recorremos
un verano de **tigres**,
al acecho de un metro de piel fría,
al acecho de un ramo de inaccesible cutis,
con la boca olfateando sudor y venas verdes
nos encontramos en la húmeda sombra
que deja caer besos.

Tú mi enemiga de tanto **sueño roto**
de la misma manera
que **erizadas plantas de vidrio**,
lo mismo que campanas
deshechas de manera amenazante,
tanto como disparos
de hiedra negra en medio del perfume,
enemiga de grandes caderas
que mi pelo han tocado
con un ronco rocío, con una **lengua de agua**,
no obstante el mudo frío de los **dientes**
y el odio de los **ojos**,
y la batalla de agonizantes bestias
que cuidan el olvido,
en algún sitio del verano estamos juntos
acechando con **labios que la sed** ha invadido.

Si hay alguien que traspasa
una **pared** con círculos de fósforo
y **hiere** el centro de unos dulces miembros
y **muerde** cada hoja
de un bosque dando gritos,
tengo también tus **ojos**
de sangrienta luciérnaga
capaces de impregnar y atravesar rodillas
y **gargantas** rodeadas de seda general.

Cuando en las reuniones
el azar, la ceniza, las bebidas,
el aire interrumpe,
pero ahí están tus **ojos** oliendo a cacería,
a **rayo verde que agujerea pechos**,
tus **dientes que abren manzanas**
de las que cae sangre,
tus **piernas que se adhieren al sol**

dando gemidos,
y tus **tetas de nácar** y tus pies de amapola,
como **embudos llenos de dientes** que buscan
sombra,
como rosas hechas de látigo y perfume, y aun,
aun más, aun más,
aun detrás de los párpados,
aun detrás del cielo,
aun detrás de los trajes y los viajes,
en las calles donde la gente orina,
adivinas los cuerpos,
en las agrias iglesias a medio destruir,
en las cabinas
que el mar lleva en las manos,
acechas con tus **labios sin embargo floridos**,
rompes a cuchilladas la madera y la plata,
crecen tus grandes **venas** que asustan:
no hay cáscara, no hay distancia ni **hierro**,
tocan manos tus manos,
y caes haciendo crepitar las flores negras.
¡Adivinas los cuerpos!
Como un **insecto herido** de mandatos,
adivinas el centro de la **sangre** y vigilas
los músculos que postergan la aurora,
asaltas sacudidas,
relámpagos, cabezas,
y tocas largamente las piernas que te guían.

¡Oh, conducida **herida de flechas** especiales!

¿Hueles lo húmedo en medio de la noche?

¿O un brusco vaso de **rosales quemados**?

¿Oyes caer la ropa, las llaves, las monedas
en las espesas casas donde llegas desnuda?

Mi odio es una sola mano que te indica
el callado camino,
las sábanas en que alguien ha dormido
con sobresalto: llegas
y ruedas por el suelo manejada y **mordida**
y el viejo olor del **semen** como una enredadera
de cenicienta harina se desliza a tu **boca**.

¡Ay leves locas copas y pestañas,
aire que inunda un entreabierto río

como una sola-paloma de colérico cauce,
como atributo de **agua** sublevada,
ay substancias, sabores, párpados de ala viva
con un temblor, con una ciega flor temible,
ay graves, serios **pechos** como rostros,
ay grandes muslos llenos de **miel verde**
y talones y sombras de pies, y transcurridas
respiraciones y superficies de pálida **pedra**,
y duras olas que suben la piel hacia la muerte
llenas de celestiales **harinas empapadas!**

¿Entonces, este **río**
va entre nosotros, y por una **ribera**
vas tú mordiendo bocas?

¿Entonces es que estoy verdaderamente,
verdaderamente lejos
y un **río de agua ardiendo** pasa en lo oscuro?
¡Ay cuántas veces eres
la que el odio no nombra,
y de qué modo hundido en las tinieblas,
y bajo qué **lluvias de estiércol machacado**
su estatua en mi corazón devora el trébol!

El odio es un martillo que golpea tu traje
y tu frente escarlata,
y los días del corazón caen en tus orejas
como vagos **búhos de sangre** eliminada,
y los collares que **gota a gota**
se formaron con lágrimas
rodean tu **garganta quemándote** la voz
como con hielo.

Es para que nunca, nunca
hables, es para que nunca, nunca
salga una **golondrina del nido de la lengua**
y para que las ortigas destruyan tu garganta
y un **viento** de buque áspero te habite.

¿En dónde te desvisties?
¿En un ferrocarril, junto a un peruano rojo
o con un segador, entre terrones,
a la violenta **luz del trigo?**
¿O corres con ciertos abogados
de **mirada** terrible
largamente desnuda, a la orilla del **agua**
de la noche?

Miras: no ves la **luna ni el jacinto**
ni la oscuridad **goteada de humedades**,
ni el tren de **cieno**, ni el **marfil partido**:
ves cinturas delgadas como oxígeno,
pechos que aguardan acumulando peso
e idéntica al **zafiro de lunar** avaricia
palpitas desde el dulce ombligo hasta las rosas.

¿Por qué sí? ¿Por qué no?
Los días descubiertos
aportan roja arena sin cesar **destrozada**
a las hélices puras que inauguran el día,
y pasa un mes con corteza de tortuga,
pasa un estéril día,
pasa un buey, un difunto,
una mujer llamada Rosalía,
y no queda en la boca sino un sabor de pelo
y de **dorada lengua que con sed se alimenta**.
Nada sino esa pulpa de los seres,
nada sino esa copa de raíces.

Yo persigo como en un túnel **roto**,
en otro extremo
carne y besos que debo olvidar injustamente,
y en las **aguas** de espaldas,
cuando ya los espejos
avivan el abismo, cuando la fatiga,
los sórdidos relojes
golpean a la puerta de hoteles suburbanos,
y cae
la flor de papel pintado,
y el terciopelo **cagado por las ratas** y la cama
cien veces ocupada por miserables parejas,
cuando todo me dice que un día ha terminado,
tú y yo
hemos estado juntos derribando cuerpos,
construyendo una casa que no dura ni muere,
tú y yo hemos corrido juntos un mismo **río**
con encadenadas **bocas llenas de sal y sangre**,
tú y yo hemos hecho temblar otra vez
las **luces verdes**
y hemos solicitado de nuevo
las grandes cenizas.

Recuerdo sólo un día
que tal vez nunca me fue destinado,
era un día incesante,

sin orígenes. Jueves.
Yo era un hombre transportado al acaso
con una mujer hallada vagamente,
nos desnudamos
como para morir o nadar o envejecer
y nos metimos uno dentro del otro,
ella rodeándome como un agujero
yo **quebrándola** como quien
golpea una campana,
pues ella era el sonido que me **hería**
y la **cúpula dura** decidida a temblar.

Era una sorda ciencia con cabello y cavernas
y machacando **puntas** de médula y dulzura
he rodado a las grandes coronas genitales
entre **piedras** y asuntos sometidos.

Éste es un cuento de puertos adonde
llega uno, al azar, y sube a las colinas,
suceden tantas cosas.

¿Enemiga, enemiga,
es posible que el amor haya caído al polvo
y no haya sino carne y huesos
velozmente adorados
mientras el **fuego** se consume
y los **caballos vestidos de rojo**
galopan al infierno?

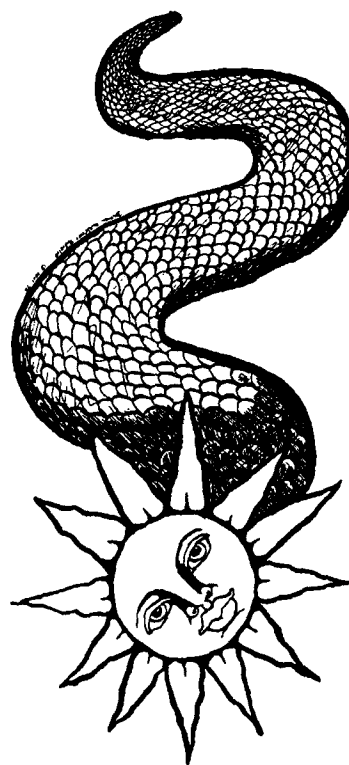
Yo quiero para mí la avena y el **relámpago**
a fondo de epidermis,
y el **devorante pétalo** desarrollado en furia,
y el corazón labial del cerezo de junio,

y el reposo de lentas barrigas
que **arden** sin dirección,
pero me falta un suelo de cal con lágrimas
y una ventana donde esperar espumas.

Así es la vida,
corre tú entre las hojas, un otoño
negro ha llegado,
corre vestida con una falda de hojas
y un cinturón
de **metal amarillo**,
mientras la neblina de la estación
roe las piedras.

Corre con tus zapatos, con tus medias,
con el gris repartido, con el hueco del pie,
y con esas manos
que el tabaco salvaje adoraría,
golpea escaleras, derriba
el papel negro que protege las puertas,
y entra en medio del **sol**
y la ira de un día de puñales
a echarte como paloma de luto y nieve
sobre un cuerpo.

Es una sola hora larga como una **vena**,
y entre el **ácido**
y la paciencia del tiempo arrugado
transcurrimos,
apartando las sílabas del miedo y la ternura,
interminablemente exterminados.



SALVADOR NOVO (1904-74), mejicano. De **Omnibús de Poesía Mexicana**:

NEVER EVER

(fragmento VIII)

Como la **sed** como el sueño como el aullido
como el llanto
tu **boca tus labios tus dientes** tu lengua
nunca supe
veía tu carne blanca tus **ojos** verdes tu silencio
y luego nos desnudábamos y yo abría
los brazos como los muertos de un anfiteatro
lado a lado juntos solos
iba a gestarse de nosotros el **Universo**
y los siglos inmortales
que un suspiro que un pensamiento
que un recuerdo pueden frustrar
mi pecho entonces mi corazón
mis sentidos en mi pecho
tu **boca tus labios tus dientes** tu lengua
hasta el grito hasta el aullido hasta el llanto
hasta la muerte
y ya nunca porque en mí quedó la **manzana**
la semilla de la **manzana en mi pecho**
solo solo solo
atravesado y muerto por un puñal de oro
dos puñales tres puñales
nacerán dos **estrellas** de tu vejez
que el **águila** verá fijamente
a la orilla de los volcanes
que te arrebataron al trópico
a la orilla de la nieve de los caballos
de los trenes tardíos
de las cinco de la mañana
que nos sorprendía muertos
que **alumbrará** tu carne sin olor ni dureza
que escuchará el grito desgarrado de mi pecho
solo sin ti sin tus palabras estúpidas
sin tu silencio
sin tus **dientes fríos serpiente**
sin tu lengua sin nada
esperándote en las arrugas envejecidas
con un cigarrillo en el olor vacío de tus lirios
llenos de podredumbre
cubiertos con polvo morado.

JORGE ENRIQUE RAMPONI (1907-77), argentino. De su libro **Los límites y el caos**:

HEREDAD DEL HUESO

Lo que el mundo no dice ni la **luz** revela,
lo atestiguan sombríos tornasoles del alma.

Reconozco secretas misivas de la noche,
esquelas perniciosas que el corazón traduce
con un torvo aleteo,
ritos de la sustancia llena de ídolos,
digitaciones ciegas de la **sangre**
por teclados de enigma,
tactos desarraigados a tientas por el aire,
meteoros como mitos del sueño,
alamares de un fósforo calizo
con la cifra del lampo entrecortada,
y esa facción difusa
donde avizoro un **ojo**
de grandes párpados de eclipse
que vuelve a su heredad de hueso,
a su rostro de abismo cada día.

Si macero la angustia
los sueños me destilan presagios,
mapas con un índice negro cardinal
hacia el polo de las vísceras;
sobrevienen escorzos amargos en la voz,
laberintos de adioses,
odeones hondos de profecía;
antiguos anuncios marchitos reverdecen,
echan raíces torvas, ramos de **zarpas**,
tentáculos de injuria.

Al parecer confundo los días con la **sangre**,
las noches con el túnel funeral del hereje,
pero tal vez mi espejo penetra para atrás,
se remonta hacia abajo.

No sé si mi memoria
es recuerdo o conjuro, o si evoco un sagrado
porvenir de silencio.

Desde los barandales
secos de una desgracia que **cercenó** mi vida,

que trizó mis cimientos
de nenúfar aciago con un tajo de insidia,
de impiedad alevosa;
desde el balcón de abismo donde cultiva
un hueso de codos en el polvo
su castidad desnuda,
su paciencia de santo,
llega un ombligo amargo de madre soterrada,
llega un mugrón de bulbos y pelos de tiniebla.

Quien advierta su hisopo
de ramales arteros puede graznar un día.
Quien rumia empedernido su **alimento
de cuervo**
sobrepasa lo suyo, sobrepasa los lindes
del vejamen y suda
mohos de hiel y crimen,
tinta de revenido por los poros del alma;
filtra un salitre abyecto,
mana un óxido mártir de animal sentenciado,
desde los tenebrosos
lagares de la especie, bajo un trópico avieso
que sazona cenizas.

El mundo estará en flor,
pero a la **abeja** negra de las consumaciones
se le vuelve el polen **acíbar**,
toda la **miel cicuta**.

A veces, después de torvas citas al parecer
con nadie en los espejos
de tactos como afrentas
al borde de recintos que en espiral me legan
sus declives de embudo;
de conmemoraciones igual que vituperios,
lo mismo que impudicias en medio
a las exequias,
idénticas a un **vino** de honor con ceremonias
de **sierpes** bajo el tótem,
y danzas vejatorias
como fornicaciones rencorosas al pie
de los patíbulos.
De vuelta de esas logias
en donde oficia un huésped
con máscara lacustre,
de ausencia tan remota
que todos sus marfiles relucen como

lámparas del cieno

o entre confusos deudos de heráldica postura
inscriptos en su friso de amarga geología,
alguno con un vellón de helecho ritual
en las escamas.

Recién emancipado de vínculos
que dejan cicatrices, trofeos o condecoraciones
de extrañas tropelías,
ejemplos de niveles sin ley
que sólo alcanza un niño nacido
en las escorias funestas de un naufragio,
allá por las riberas donde cantan las arpas
del ajuar funerario de algún padrino atroz,
al fondo del ancestro.

De regreso de pactos, de adustas letanías,
de connubios atroces como de sacrificios,
cuyo secreto pierdo en el umbral
como la contraseña del retorno,
me amanecen las huellas de unos palpos
aciagos en los vanos del alma,
un polen de algas negras
perdura en los biseles marchitos de la **sangre**,
reconozco una pluma caída
contra un zócalo en el sueño,
me estremece el cadáver de un pámpano
de escarcha en el alféizar.

Iris, entre cejas errantes, perduran
como el fúnebre cirio en la cripta
donde ardió su custodia recelosa del muerto.

A veces una risita gris,
un jeroglífico de humo, una baranda pensativa,
enigmático anfibio de la noche y la congoja,
equivoco en sus fases de mariposa
y lento **vampiro** subterráneo.

Yo no veo, percibo su criatura callada
entonarme su arrullo con su lengua de felpa
furtiva y perniciosa.

Del umbral al misterio
fosforesce de pronto su gaviota de hueso
y ala de **llama** fatua.
Reposa y se estremece

con modales de pájaro que encubre
su fatiga migratoria.
Reverbera y se apaga cubriendo el mástil
ciego con su flotante insignia,
que de pronto es un humo con olor a distancia
fugitiva y olvido.

Yo no miro, le escucho modular su silencio
con el tímpano abrupto que desplaza
mis vértebras.

De pronto se enardece su estatura en un reto
cuyo nupcial reclamo seduce la estatua
de hueso que cobijo.

—Canta, sirena de las lápidas, te escucho,
alguien en mí te escucha, gallo lívido
ahora como un ángel blasfemo,
con un **iris** siniestro sobre la cresta dura,
ave de un alba negra que despunta
en la carne.

Alguien en mí te escucha,
sin duda el tenebroso que cultiva en secreto
su marfil emboscado,
perfeccionando a ciegas
el carámbano seco de su piedra animal
entre la pulpa, con la fruición impía
del que aguarda su reino a costa de su huésped.

Alguien que en mis manos reposa,
que se acoge a mis palmas
como una **estrella** tibia,
que al parecer confía en su golfo de **sangre**
como en su almohada única del mundo.

Alguien íntimo mío
a quien sospecho un bisel de traición
en su sonrisa fatídica, **dentaria**.

A la pregunta estricta de las yemas
responden los resaltos calcáreos su idioma
abrupto, cruel, ineludible;
atraviesa del páramo frontal, ras a ras
de los pómulos escuetos,
deletrean los dedos con labores de araña
las formas del enigma,

se detienen en los istmos adustos,
en los vanos sombríos,
allí donde se rompen las bóvedas en antros
por donde asoma un **búho con ojos** de tiniebla.

Es un idilio a tientas, pausado y tembloroso,
de la carne y el hueso,
pero el secreto diálogo del tacto retumba
en lo infinito,
resuena como un puente
de torvas confianzas,
con su pareja atroz de un solo yugo,
los mutuos de un misterio del vientre
hasta la tumba,
esclavos de un destino, recíprocos fatales.

Alguien que al fondo del pavor calla y escucha,
alguien que no me arredra
puesto que soy yo mismo en esa latitud
de ver sin **ojos**,
mira en mis manos como en cruel espejo.

—Último rostro,
al cabo inmóvil tras de tanta máscara,
carozo irremediable
que has de sobrevenirme como legado estéril,
huérfano de la pulpa:

No, no es tu tiempo aunque te invoque,
soporta el cautiverio viudo de grandes cuencas,
piedra de esfinge mía hereditaria.

Otra **luz**, un **sol** rojo,
latidor y benigno rige mis estaciones,
gobierna mis solsticios.

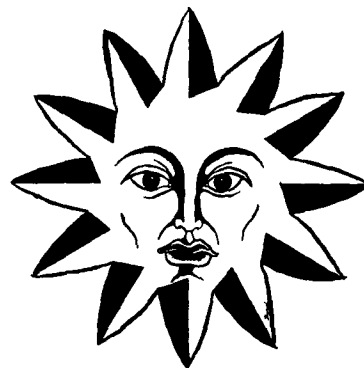
—Pernocta aún,
astro de túmulo, **plenilunio** frontal, torva
luna de hueso.

FELIX PITA RODRIGUEZ (1909-90), cubano. Su poema:

LA NOCHE DE
DOMENICO THEOTOCOPULIS

¡Acantos de la muerte!
Los ven brotar sus **ojos** en el puente
de Alcántara.
Los cigarrales tienen en la noche tan suya,
fugaces transparencias **infernales**.
Aceros vacilantes el Tajo se despoja
de su ropaje indiferente
y una **luna mudéjar abre su pecho**
mostrando la funesta, desazonada
fundación de su alma.
De la mezquita llega con el vuelo de un mirlo
que conoce el secreto de la suprema alquimia,
el eco de un salmo que reclama
la terrible presencia.
¡Acantos de la muerte!
Domenico está viendo bajo la gorguera
del cardenal Tavera, el enrejado triste
de un esqueleto macilento.
En el almirez de bronce que un judío
falsamente converso utilizaba
para macerar en aceites
infernales entrañas de insectos desconocidos,
hierve el azul ultramar y el recinto se llena
con el **hedor ponzoñoso de la muerte**.
«¡Este salterio! –gime Domenico–.
¡Este salterio tiene un terrible significado:
una difusa y **monstruosa paloma**
de tinieblas, ha de devorar a los ángeles
más altos y vengadores!
¡Es un salmo de exterminio, una espiga vacía
que nos ha despojado de la esperanza!»
Y arroja el pergamino contra el espejo,
que se nubla estremecido ante la imagen
absoluta que un instante
ha tenido en sus **aguas**.
«¡Buscaba el alma –murmura Domenico
viendo al triste **gusano** de delicado verdor
indefinible, que todas las noches
se abre paso **devorando el extremo**
de una vena, por su piel carcomida–

buscaba el absoluto y he aquí que la noche
se aleja hacia los cigarrales
y es un **gusano** de ruinas quien acude,
un gusano inmortal, desnudo bajo los aceros!
¡Nada puedo!»
La mañana sube, sucia y desgarrada,
desde el Tajo,
que arrastra en su **lodo** enfermizo
la traslúcida **sangre de un niño inmolado**
hace muchos años en alguna
inexpresable ceremonia.
Los ojos de Domenico se pliegan dulcemente
y la robusta melancolía que trepa
desde la callejuela con el rumor diurno,
le arranca un sordo gemido sin destino.
Con mano que la soledad espantable
trasmuta en acero de tinieblas,
toma sus pinceles para volver al mundo.
Es la primera vez que observa
que una araña infinitamente pequeña,
de una especie que en Creta
sólo se encuentra en la última galería
inexplorada del Laberinto,
ha escogido su pincel más fino
para edificar su ingrávida
y temblorosa morada.
«¡Eternidad! –murmura Domenico
mordiendo la dura palabra–.
¡Eternidad, **manzana podrida**
triste reverencia!»
Y aplasta a la araña minúscula,
teniendo una pincelada de **amarillo de cadmio**
sobre el pecho sin sangre
del cardenal Tavera.



PRIMO CASTRILLO (1910-84), boliviano.
De su libro **Hombre y tierra**:

NUESTRA FRONTERA

Espérame bajo el roble del recodo
a la hora en que las zampoñas son
el aliento vital de la llanura.

Espérame bajo la **arista** de nieve
que rompe su cristal
en el cáliz de los sueños.

Allí donde los niños **comen sin temor**
el pan de los soles,
beben el vino de los vientos
y absortos escuchan
el crecer de las mieses en el campo.

No iremos por el camino del deseo
insatisfecho...
ni iremos entre los **ojos**
que saludan con **saetas** de hilo.

Ni entre las intenciones
que nos desean siete vidas
para **segarnos** siete veces
y enterrarnos en siete fosas de olvido.

No iremos por la calle
donde el azul odia al verde
y el verde llora no poder matar
al amarillo y la aguja grita
no poder quebrar al dedal.

Y los cables de los puentes gimen
no poder quitarse de las entrañas
las tensiones brutales
de cargamentos grises y mortales.

Y llegaremos... allí...
a la frontera azul
de nuestro **universo**... allí...
tu corazón será una catedral de voces
en la recóndita armonía del cielo.

Y el sueño de tu alma,
un amanecer de montañas
sembrando alondras en la bruma del valle.

Allí... los rumores de la medianoche
no serán llantos de hojas raquíticas
ni los **ríos** del mediodía
serán **bocas de aceite**
devorando orillas de césped y trébol.

Allí...
el hombre no tendrá en su **lengua**
los verbos que tú temes tanto.
Ni tu pecho será
tronco de árbol abatido para inscribir
palabras de ingratitud.
Y llegaremos allí... en silencio...

Allí...
donde el verde es vino de ilusión
y sombra de espera.

Allí...
los años gastados en la contienda
serán **abejas** de amor
para las que ya despuntan las **flores**
en la frontera azul de nuestro universo.



MIGUEL HERNANDEZ (1910-36), español.

EL HAMBRE

I

Tened presente el **hambre**: recordad su pasado turbio de capataces que pagaban en plomo. Aquel jornal al precio de la **sangre** cobrado, con yugos en el alma, con golpes en el lomo.

El **hambre** paseaba sus vacas exprimidas, sus mujeres reseca, sus **devoradas ubres**, sus ávidas quijadas, sus miserables vidas frente a los comedores y los cuerpos salubres.

Los años de abundancia, la saciedad, la hartura eran sólo de aquellos que se llamaban amos. Para que venga el pan justo a la dentadura del hambre de los pobres aquí estoy, aquí estamos.

Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente, los que entienden la vida por un **botín sangriento**: como los tiburones, voracidad y diente, panteras deseosas de un mundo siempre hambriento.

Años del **hambre** han sido para el pobre sus años. Sumaban para el otro su cantidad los panes. Y el **hambre** alobadada sus rapaces rebaños de **cuervos**, de **tenazas**, de **lobos**, de **alacranes**.

Hambrientamente lucho yo, con todas mis brechas, cicatrices y **heridas, señales y recuerdos del hambre**, contra tantas barrigas satisfechas: cerdos con un origen peor que el de los cerdos.

Por haber engordado tan baja y brutalmente, más abajo de donde los cerdos se solazan, seréis atravesados por esta gran corriente de espigas que **llamean**, de puños que amenazan.

No habéis querido oír con orejas abiertas el llanto de millones de niños jornaleros. Ladrábais cuando el **hambre** llamaba a vuestras puertas a pedir con la **boca de los mismos luceros**.

En cada casa, un odio como una **hoguera** fosca, como un tremante toro con los cuernos tremantes, rompe por los tejados, os cerca y os embosca, y os destruye a **cornadas**, perros agonizantes.

II

El **hambre** es el primero de los conocimientos: tener **hambre** es la cosa primera que se aprende. Y la ferocidad de nuestros sentimientos allá donde el estómago se origina, se enciende.

Uno no es tan humano que no estrangule un día pájaros sin sentir herida la conciencia: que no sea capaz de ahogar en nieve fría palomas que no saben si no es de la inocencia.

El animal influye sobre mí con extremo, la fiera late en todas mis fuerzas, mis pasiones. A veces he de hacer un esfuerzo supremo para callar en mí la voz de los **leones**.

Me enorgullece el título de animal en mi vida, pero en el animal humano persevero. Y busco por mi cuerpo lo más puro que anida, bajo tanta maleza, con su valor primero.

Por **hambre** vuelve el hombre sobre los laberintos donde la vida habita siniestramente sola. Reaparece la fiera, recobra sus instintos, sus patas erizadas, sus rencores, su cola.

Arroja los estudios y la sabiduría, y se quita la máscara, la piel de la cultura, los ojos de la ciencia, la corteza tardía de los conocimientos que descubre y procura.

Entonces sólo sabe del mal, del exterminio.
Inventa gases, lanza motivos destructores,
regresa a la pezuña, retrocede al dominio
del **colmillo**, y avanza sobre los comedores.

Se ejercita en la bestia, y empuña la cuchara
dispuesto a que ninguno
se le acerque a la mesa.
Entonces sólo veo sobre el mundo una piara
de **tigres**, y en mis ojos la visión duele y pesa.

Yo no tengo en el alma tanto **tigre** admitido,
tanto chacal prohijado,
que el vino que me toca,
el pan, el día, el **hambre** no tenga compartido
con otras **hambres** puestas
noblemente en la boca.

Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser **fiera**
hambrienta, encarnizada, sitiada eternamente.
Yo, animal familiar, con esta sangre obrera
os doy la humanidad que mi canción presiente.



JOSE LEZAMA LIMA (1910-72), cubano.
De la revista **Último reino** No. 14:

MUERTE DE NARCISO

Dánae teje el tiempo **dorado** por el Nilo,
envolviendo los labios que pasaban
entre labios y vuelos desligados.
La mano o el labio o el pájaro nevaban.
Era el círculo en nieve que se abría.
Mano era sin **sangre** la seda que borraba
la perfección que muere de rodillas
y en su celo se esconde y se divierte.

Vertical desde el mármol no miraba
la frente que se abría en loto húmedo.
En chillido sin fin se abría la floresta
al airado redoble en **flecha** y muerte.
¿No se apresura tal vez su fría mirada
sobre la garza real y el frío tan débil
del poniente, grito que ayuda la fuga
del dormir, **llama fría y lengua alfilereada**?

Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo.
El espejo se olvida del sonido y de la noche
y su puerta al cambiante pontífice entreabre.
Máscara y río, grifo de los sueños.
Frío muerto y cabellera desterrada del aire
que la crea, del aire que le miente son
de vida arrastrada a la nube y a la abierta
boca negada en **sangre** que se mueve.

Ascendiendo en el **pecho** sólo blanda,
olvidada por un aliento que olvida y desentraña.
Olvidado papel, fresco agujero al corazón
saltante se apresura y la sonrisa al caracol.
La mano que por el aire líneas impulsaba,
seca, sonrisas caminando por la nieve.
Ahora llevaba el oído al caracol, el caracol
enterrando firme oído en la seda del estanque.

Granizados toronjiles y ríos de velamen
congelados, aguardan la señal de una mustia
hoja de oro, alzada en espiral,
sobre el otoño de **aguas tan hirvientes**.
Dócil rubí queda suspirando en su fuga

ya ascendiendo.

Ya el otoño recorre las islas no cuidadas,
guarnecidas islas y aislada paloma muda entre
dos hojas enterradas.

El río en la suma de sus **ojos** anunciaba
lo que pesa la **luna** en sus espaldas
y el aliento que en **halo** convertía.

Antorchas como peces, flaco garzón
trabaja noche y cielo, arco y cestillo
y **sierpes encendidos**, carámbano y lebrél.
Pluma morada, no mojada, pez mirándome,
sepulcro. Ecuestres faisanes ya no advierten
mano sin eco, pulso desdoblado:
los dedos en inmóvil calendario y el hastío
en su trono cejijunto. Lenta se forma ola
en la marmórea cavidad que mira
por espaldas que nunca me preguntan,
en **veneno** que nunca se pervierte
y en su escudo ni potros ni faisanes.

Como se derrama la ausencia en la **flecha**
que se aísla y como la fresa respira hilando
su cristal, así el otoño en que su labio muere,
así el granizo en blando espejo
destroza la mirada que le ciñe,
que le miente la pluma por los labios,
laberinto y halago le recorre
junto a la fuente que humedece el sueño.
La ausencia, el espejo ya en el cabello
que en la playa extiende y al aislado
cabello pregunta y se divierte.

Fronda leve vierte la ascensión que asume.
¿No es la curva corintia traición
de confitados mirabeles, que el espejo reúne
o navega, ciego desterrado?

¿Ya se siente temblar el pájaro
en mano terrenal?

Ya sólo cae el pájaro, la mano que la cárcel
mueve, los dioses hundidos entre la **pedra**,
el carbunclo y la doncella.

Si la ausencia pregunta con la nieve,
desmayada, forma en la pluma,
no círculos que la pulpa abandona sumergida.

Triste recorre –curva ceñida en ceniciento
airón– el espacio que manos desalojan,
timbre ausente y avivado azafrán,
tiernos redobles sus extremos.

Convocados se agitan los durmientes,
fruncen las olas batiendo en torno de ajedrez
dormido, su insepulta tiara.

Su insepulta madera blanda el **frío pico**
del hirviente cisne.

Reluce muelle: falsos diamantes:
pluma cambiante: terso atlas.
Verdes chillidos: juegan las olas,
blanda **muerte el relámpago en sus venas**.

Ahogadas cintas mudo el labio las ofrece.
Orientales cestillos cuelan **agua de luna**.
Los más dormidos son los que más
se apresuran, se entierran, pluma en el grito,
silbo enmascarado, entre frentes y **garfios**.
Estirado mármol como un río que recurva
o aprisiona los **labios destrozados**,
pero los ciegos no oscilan.
Espirales de heroicos tenores caen en el **pecho**
de una paloma y allí se agitan hasta relucir
como flechas en su abrigo de noche.

Una **flecha** destaca, una **espada** se ausenta.
Relámpago es violeta si **alfiler** en la nieve
y terco rostro.

Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro,
flecha cerrada. Polvos de **luna**
y húmeda tierra, el perfil desgajado
en la nube que es espejo.

Frescas las valvas de la noche y límite
airado de las conchas
en su cárcel sin **sed** se destacan los brazos,
no preguntan corales en estrías de **abejas**
y en secretos confusos despiertan
recordando curvos brazos y engaste
de la frente.

Desde ayer las preguntas se divierten
o se cierran al impulso de frutos polvorosos
o de islas donde acampan los tesoros
que la rabia esparce, adula o reconviene.
Los donceles trabajan en las nueces
y el surtidor de frente a su sonido

en la **llama** fabrica sus raíces
y su mansión de gritos soterrados.
Si se aleja, recta **abeja**, el espejo destroza
el río mudo.
Si se hunde, media sirena al **fuego**,
las hilachas que surcan el invierno
tejen blanco cuerpo en preguntas
de estatua polvorienta.

Cuerpo del sonido el enjambre que mudos
pinos claman, despertando el oleaje
en lisas **llamaradas** y vuelos sosegados,
guiados por la paloma que sin **ojos** chilla,
que sin clavel la frente espejo es de ondas,
no recuerdos. Van reuniendo en **ojos**,
hilando en el clavel no siempre **ardido**
el abismo de nieve alquitarada o gimiendo
en el cielo apuntalado.
Los corceles si nieve o si cobre guiados
por **miradas** la súplica
destilan o más firmes recurvan a la mudez
primera ya sin cielo.

La nieve que en los sistros no penetra, arguye
en hojas, recta **destroza vidrio** en el oído,
nidos blancos, en su centro ya **encienden**
tibios los corales,
huidos los donceles en sus ciervos de hastío,
en sus bosques rosados.
Convierten si coral y doncel rizo las voces,
nieve los caminos, donde el cuerpo sonoro
se mece con los pinos, delgado cabecea.
Mas esforzado pino, ya columna de humo
tan aguado que canario es su **aguja**
y surtidor en **viento** desrizado.

Narciso, Narciso. Las **astas del ciervo**
asesinado son peces, son llamas, son flautas,
son dedos mordisqueados.

Narciso, Narciso. Los cabellos guiando
florentinos reptan perfiles,
labios sus rutas, **llamas** tristes las olas
mordiendo sus caderas.

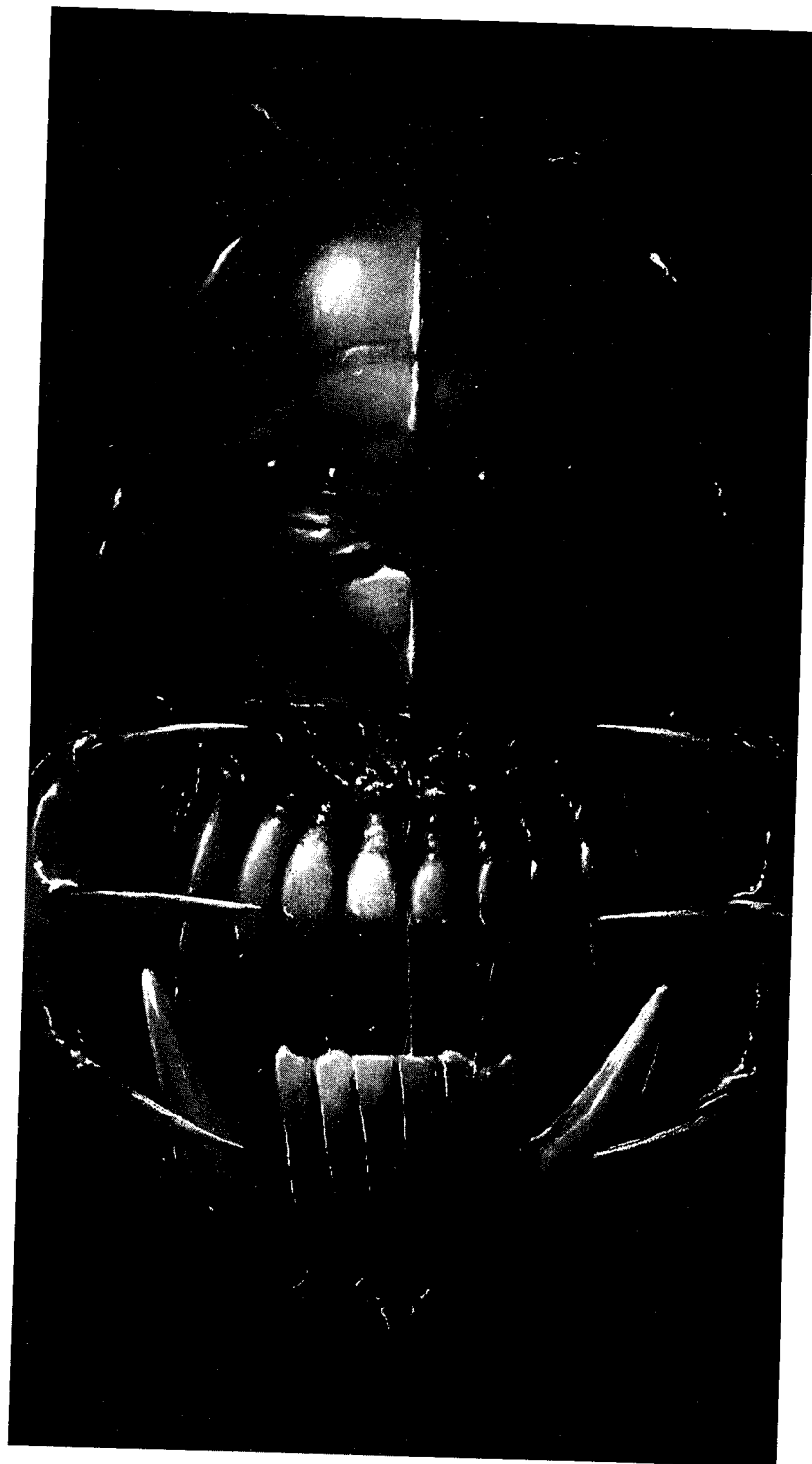
Pez del frío verde el aire en el espejo
sin estrías, racimo de palomas
ocultas en la **garganta muerta:**
hija de la flecha y de los cisnes.

Garza divaga, concha en la ola,
nube en el desgaire, espuma colgaba
de los **ojos**, gota marmórea
y dulce plinto no ofreciendo.

Chillidos frutados en la nieve,
el secreto en geranio convertido.
La blancura seda es ascendiendo
en **labio** derramada,
abre un olvido en las islas, **espadas**
y pestañas vienen a entregar el sueño,
a rendir espejo en litoral de tierra
y **roca** impura.

Húmedos labios no en la concha
que busca recto hilo,
esclavos del perfil y del velamen
secos el aire **muerden**
al tornasol que cambia su sonido
en rubio tornasol de cal salada,
busca en lo rubio espejo de la muerte,
concha del sonido.
Si atraviesa el espejo hierven las **aguas**
que agitan el oído.
Si se sienta en su borde o en su frente
el centurión pulsa en su costado.
Si declama penetran en la **mirada**
y se fruncen las letras en el sueño.

Ola de aire envuelve secreto albino,
piel **arponeada**,
que coloreado espejo sombra es del recuerdo
y minuto del silencio.
Ya traspasa blancura recto sinfin
en **llamas** secas y hojas lloviznadas.
Chorros de abejas increadas
muerden la estela,
pídenle el costado.
Así el espejo averiguó callado,
así Narciso en pleamar fugó sin alas.



ENRIQUE MOLINA (1910-85), español:

RESPIRACION NOCTURNA

Sin embargo
basta un gemido
para corromper tu inmensa maquinaria
noche que presides las metamorfosis
de esta habitación **podrida por la luna**

igual a viajes hechizados
ciudades falsas
y la atronadora **antorcha**
del mar ardiendo locamente en la sombra
y esos escaparates de tren en sueños
con cosas ya acostumbradas a mi vida
situaciones de tráfuga
amistades dementes
en restaurantes desvanecidos
la familia con su tosco niño alrededor
de la vajilla enferma
el huevo lejanísimo
y tus manos
partiendo el **pan azul entre los muros**

tantos pesados resúmenes del **viento**
tantos crujidos del mundo
vértigos
hambres
y la lista deforme llena de viandas
donde apenas se **enciende la negra lámpara**
de algunas sopas indescifrables
que humean en lo más hondo del año.

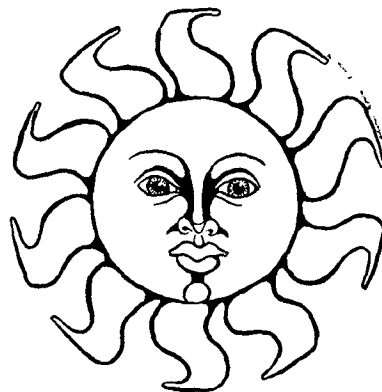
Pero todavía bautizas con nombres salvajes
las flores
la costa
y las piedras
que fueron inocentes en la **luz**

¡oh noche perdida en la desnudez del mundo!
Verde **hormiguero** en marcha
cubierta de plumas
y de briznas
como los dioses que se revuelcan
en los cubiles de la jungla

¡Ah **fiera solemne de las estrellas!**
Lame las criaturas violentas
que circulan en tu grito
el sueño de los huérfanos
deja caer en ti todas sus hojas
y hay una gota de **sangre**
de dólmenes en tus labios
como el **fósforo vago que ilumina**
en la estela el rostro
sin dueño de las olas!

Noche mía
tierna desnuda
con cabeza de **tigre**
en la maleza de las tumbas
lava mi pecho
con el polen de la tormenta
húndete en mis costillas
cúbreme con una piel de leyenda
de campesinos

dime adiós sobre mis **ojos**
con ciudades que se abren como **frutas**
mientras jadeo en un musgo
de sentidos ansiosos
que palpan en lo oscuro
el revés de la trama
aquí
donde se sella para siempre
el pacto del hombre
y el miedo
la alianza de las **venas y los astros.**



YOLANDA BEDREGAL (1913-99), boliviana. De su libro **Nadir**:

ENIGMA

Doble erguido campanario
donde la roja paloma
va consumiendo sus alas
en anhelante latir,
¿qué será de la blancura
de cal y **leche** surcada
por finos **ríos** de cielo?
¿Qué será cuando la cúpula
de una noche enorme tape
tu dulzura palpitante?

Estrella pentagonal,
tibia rosa de los vientos,
flor del agua y de la tierra
en movimiento sin fin
desde el nadir al cenit,
¿qué será cuando tus **puntas**
sean una línea recta
como una **flecha clavada**
en la capa del ataúd?

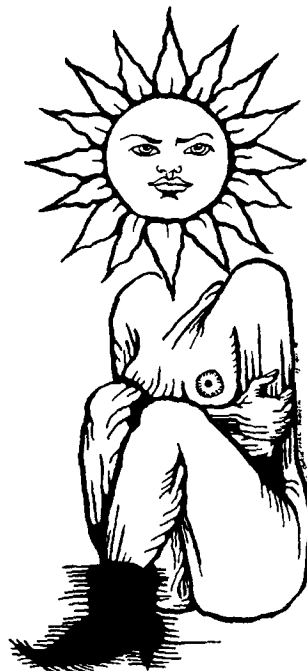
Tigresa de miembros ágiles,
de ávidas **garras y lengua**
sedienta de sangre cálida,
carne de ácidas esencias,
¿qué será cuando detenga
tu carrera un negro pozo
y ya no **brillen tus dientes**
y no **refuljan tus ojos**?

Resplandor de lo infinito,
polvo en tránsito de amor,
nimbo **pétreo que se aureola**
con incienso del espíritu,
¿qué será cuando se hunda
un día por siempre el **sol**?
¿Qué será cuando el silencio
sea opaco, sea sólido?

Domo frágil que circundan
mariposas de color,
¿qué será cuando tu clave
se disloque, y el secreto
repercuta consumido
en sonora calavera?

Breves **faros** del paisaje,
fuente del beso y la **uva**,
caracolas de los cánticos,
vasos de fútil fragancia,
tangidoras de la forma,
¿qué será cuando se entornen
las moradas terrenales
con el signo inapelable?
¿Qué será cuando el paréntesis
de dos **guadañas nos siegue**?

Acaso espere un **lucero**
a poner punto final
a este **brillo** entre dos sombras:
triste sonrisa de Dios.



EDUARDO CARRANZA (1913-85), colombiano. Dos ejemplos:

TEMA DE MUJER Y MANZANA

Una mujer **mordía una manzana**
volaba el tiempo sobre los tejados
la primavera con sus largas piernas
huía riendo como una muchacha.

Una mujer **mordía una manzana**
bajo sus pies nacía del **agua** pura
un **sol**, secreto **sol** la maduraba
con su **fuego alumbrándola** por dentro.

En sus cabellos comenzaba el aire
verde y rosa la tierra era en su mano
la primavera alzaba su bandera
de irrefutable **azul contra la muerte**.

Una mujer **mordía una manzana**
subiendo **azul** una vehemente **savia**
entreabría su mano y circulaban
por su cuerpo los peces y las flores.

Gimiendo desde lejos la buscaba
bajo el testuz de azahares coronado
el **viento como un toro** transparente.
La **llama** blanca de un jazmín **ardía**
y el mar, la mar del sur, la mar **brillaba**
igual que el rostro de la enamorada.

Una mujer **mordía una manzana**
las **estrellas** y Homero la **miraban**
volaba el tiempo sobre los tejados
huía un tropel de bestias azuladas
desde el principio y por siempre jamás.

Una mujer **mordía una manzana**
mi corazón sentía oscuramente
que algo suyo **brillaba en esos dientes**,
mi corazón que ha sido y será tierra.

TIERRA MUJER (fragmento)

Es la tierra reunida lo que beso
cuando te beso.

Frutas pluviales
y doradas ramas de tus cabellos.

Ríos secretos desencadenados
donde beben el tigre y la venada.

Las **venas de oro**, de jazmín, de **miel**
de **esmeralda solar** y óleo secreto,
la saliva del níspero y la piña cuando te beso.

Peces de tibio nácar palpitante
declives azulados confluyendo
en un sitio rosal vertiginoso
con su rosa entreabierta
oh, **brasa** húmeda.

Es mi tierra empapada por el **sol**
que recorro gimiendo y suspirando,
isla **sedienta** lánguidas bahías
vaho de **sangre** y humedad de lágrimas
cuando te beso.

El mambuco, la cumbia y el joropo
color de la vainilla y el cacao
hálito de la selva y la infancia,
la guanábana, el mango, la guayaba
arpa llanera, silbo del turpial,
agrandando el silencio del jardín,
olor materno del corral de apauta
estrella terrenal
relampagueo del negro toro
y el caballo blanco,
valle dormido entre las dos colinas
y la **fruta que muere y es mordida**
cuando te beso.

LUIS BELTRAN GUERRERO (1914-97),
venezolano. De la revista **Azor** XI:

ELEGIA A UN FOSFORO

Ahí reposan
de un fósforo quemado los despojos
en la **fosa** común de un cenicero.
Pilar de catedral sin fecha,
sempiterno el estilo,
ojivas de las ramas enlazadas,
vitrales de nieblas y crepúsculos,
sacerdotes los pájaros,
hostias los **soles** y las **lunas**,
alzadas desde el cáliz de tu copa
por los dedos del trueno y del **relámpago**.

Espina de la nube,
caracol de la **brisa**, arpa del **viento**,
sombra **azul** de escala y sueño
en derredor **mirando** el horizonte,
todo lo fuiste, todo: la dádiva y el júbilo,
la sonrisa y el músculo.

Ahora yaces, **astilla** inerte,
al arbitrio de un soplo de mi boca.
Todo lo fuiste, todo aun siendo
brizna de palo,
dos y medio centímetros de altura,
a convivir forzado
en alcoba promiscua y semoviente.
Retenías el **fuego** en tu cabeza:
la destrucción, el miedo,
y la roza que el pámpano renueva.
Porvenir de la **luz** en los manteles,
brasa de solaz
arquitecturas de humo dibujando,
todo lo fuiste, todo, aun siendo
brizna de palo.

Aquí estás, negro cadáver negro,
sin palidez, sin peso, sin formol y sin llanto.
Fruncido todavía,
porque humildemente quieres
ocupar menos espacio entre la tumba.
Testigo soy de tus palabras últimas.

Estudiadas no fueron como aquellas
de los muertos famosos
para lucir en las antologías.
Con sílabas **llameantes**
el salvador **hachazo** recordaste,
el estrépito de columna caída.
Luego, bogar sobre los **ríos**.
Dormir sobre los lagos,
espejos sin azogue, **lunas**
los soles devorando.
¡Oh visión de banderas y jazmines!
¡Oh ropas carmesíes y **amarillas**,
olores de la espuma y la canela.
en frescas cabelleras!

Pronto, la música
de máquinas, correas, escoplos y cinceles;
sentir una humanidad que ulula,
suda, sufre, sueña.
Sin aflicción ni queja
diste a la vida alegre despedida,
tu vida de ciudadano minúsculo y honrado.
No era vivir aquello fijo, inmoble,
envidiando al zorzal.
Al arroyo y la sierpe.
Arena vegetal del templo esclava.

Moriste como bueno.
El humor no olvidando
en las postreras voluntades.
Dejaste de legado una metáfora
a la novia presunta que nos gasta
su núbil gracia en fósforo quemado.

Diminuto difunto,
de propia **luz** ilustre, sin prestadas
gloriolas de diplomas y medallas.
Ni lápidas te cubran ni epitafios.
Vuela, vuela, en errátil ceniza convertido,
al aire el polvo secular, mortaja,
de ciudades en ruinas
o alimento de espigas y amapolas,
cumpliéndose tu anhelo y tu destino.

Perdona solamente mi elegía.

SAMUEL FEIJOO (1914-92), cubano. De su libro **Himno a la alusión del tiempo**:

ESPALDA DEL TIEMPO

Detrás, no es la grandeza
de las músicas y las piedras,
de un arte de **sangrante seno**,
ni **halcón** cazando al vuelo
al vientre de las plumas en lo azul,
ni blancas guzlas bajo los raudales.

Ni la fatiga de los sueños
grave, al hundir
la frente, tenaz,
en el lecho del **hambre**, en el hueco
de las manos **mordidas**, sosteniendo
las columnas que se cansan.

Allá detrás, no está el pico
cantor del fiel pájaro,
libre en los **azures de sus llamas**,
mas sudores sin fin que espesan
la agonía del amoroso cuerpo,
creado cuerpo de la agonía.

Detrás, la **fosforescente**
tapia negra de las **estrellas**
de inalcanzables distancias: viejas,
respirando sus vahos solitarios
bárbaras piedras que rielan
sin el genio que sube a morir.

El violeta no dejó su ruego,
allá detrás, ni el **vampiro**
de los sueños derramó
la copa roja de la mano
febril, con su golpe de ala
misteriosa y fiel.

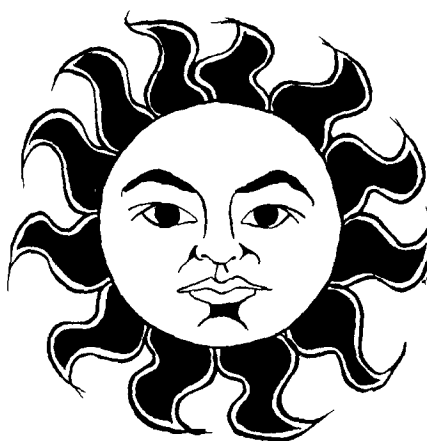
Allá la nieve recogida
en las **luces de un ojo**
que no copia al cedro
ni al **escorpión**,
ni a la aurora anaranjada
ni el **sol** que alto, alto cruza.

No **rutilan las gemas**
sencillas, allá, tan alegres
de oler, ni la mirada libre
enhiesta en su **rayo** lento;
ni se **dora** el bosque ni se ve
el libro que nadie abre en los **arroyos**.

Detrás, un hombre no
se recoge a solas, él canta
por todos los tétricos, los inmundos
innumerables, perversos,
limpios, confusos, fríos, con el pobre
imperio de su mano que tañe.

Ni la espuma rosa, negra, allá
detrás, ni animal veloz,
allá, ni espesura triste
con árbol de diamante,
ni estíos ni tormentas de **fuego**,
ni lágrimas de amor uno.

La danza de los **astros**
por celestiales mapas,
donde la **luz** posa su error, allá,
detrás, más atrás,
en la cabecera del tiempo,
allá detrás, alto, alto.



OCTAVIO PAZ (1914-98), mejicano. Dos ejemplos, el primero tomado de **Antología de la poesía surrealista** por Angel Pariente:

ENTRADA EN MATERIA
(fragmento)

Piedras de ira fría
altas casas de **labios de salitre**
casas **podridas** en el saco del invierno
noche de innumerables **tetas**
y una sola **boca carnícera**
silbato y risa eléctrica
algarabía
el neón se desgrana
ataviadas de guirnaldas de **dientes**
ígneas orejas letras parpadeantes
el guiño obscuro de los números
noche multicolor y noche **desollada**
noche en los huesos noche calavera
Ciudad
gatos en celo y pánico de monos
un **reflector** palpa las plazas más secretas
el sagrario del cuerpo
el arca del espíritu
los **labios de la herida**
la boscosa hendidura de la profecía
crece la marea invisible
la marea del espanto.
(...)
Relojes que se desmoronan
como un enfermo **desangrado se levanta**
la luna
sobre las altas azoteas
la luna
como un borracho cae de bruces
los **perros callejeros**
mondan el hueso de la luna
pasa un convoy de camiones
sobre los cuerpos de la **luna**
un gato cruza el puente de la **luna**
los **carniceros se lavan las manos**
en el agua de la luna
la ciudad se extravía por sus callejas
se echa a dormir en los lotes baldíos
la ciudad se ha perdido en sus afueras

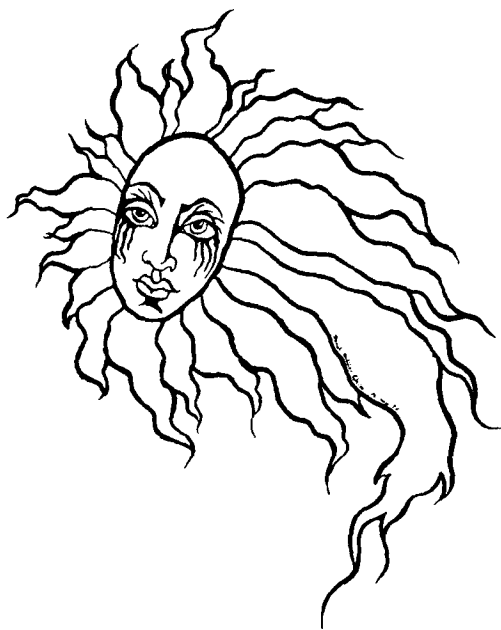
un reloj da la hora
ya es hora
no es hora
ahora es ahora
ya es hora de acabar con las horas
ahora no es hora
es hora y no ahora
la hora se **come** al ahora
ya es hora
las ventanas se cierran
los muros se cierran las **bocas** se cierran
regresan a su sitio las palabras
ahora estamos más solos
la conciencia y sus **pulpos** escribanos
se sientan a mi mesa
el tribunal condena lo que escribo
el tribunal condena lo que callo.

De **Semillas para un himno**:

CUERPO A LA VISTA

Y las sombras se abrieron otra vez
y mostraron un cuerpo:
tu pelo, otoño espeso, caída de **agua solar**,
tu boca y la blanca disciplina
de sus **dientes caníbales**,
prisioneros en las **llamas**,
tu piel de pan apenas dorado y tus **ojos**
de azúcar quemada,
sitios en donde el tiempo no transcurre,
valles que sólo mis labios conocen,
desfiladero de la **luna que asciende**
a tu garganta entre tus senos
cascada petrificada de la nuca,
alta meseta de tu vientre,
playa sin fin de tu costado.
Tus **ojos son los ojos fijos del tigre**
y un minuto después son los **ojos húmedos**
del perro.
Siempre hay **abejas** en tu pelo.
Tu espalda fluye tranquila bajo mis **ojos**
como la espalda del **rio a la luz del incendio**.
Aguas dormidas golpean día y noche

tu cintura de arcilla y en tus costas,
 inmensas como los arenales de la **luna**,
 el viento sopla por mi boca y su largo quejido
 cubre con sus dos alas grises
 la noche de los cuerpos,
 como la sombra del **águila** la soledad
 del páramo.
 Las uñas de los dedos de tus pies
 están hechas del cristal del verano.
 Entre tus piernas hay un pozo de agua
 dormida, bahía donde el mar
 de noche se aquieta, negro caballo de espuma,
 cueva al pie de la montaña que esconde
 un tesoro, boca del horno
 donde se hacen las hostias, sonrientes labios
 entreabiertos y atroces,
 nupcias de la **luz** y la sombra, de lo visible
 y lo invisible (allí espera la carne
 su resurrección y el día de la vida perdurable).



ENRIQUE GOMEZ CORREA (1915-95),
 chileno. Su poema:

ESPECTRO DE AMOR

Los delirios me han despertado los sentidos
 y he visto a una mujer lujosamente fea
 que se defendía
 del hombre con una pluma de gavián.

Los escasos **muros caían**
como arrasados por la luz
 y el hombre era alto por dentro
 con un cráneo desprovisto de carne
 y sus bellos **dientes** denunciaban la víctima.

Ahí se escribía la más horrible página del amor
 con qué furia las **aguas** se partían
 noche tras noche
 dejando al desnudo
 a esas ciudades pintadas con **miel**
 y destinadas a ser **devoradas por los astros**.

La mujer **luz** o tiniebla
 era aquí
 víctima de la **cal que fluye del ojo**
 a pesar que en su **sangre**
 corrían varios sexos
 que le hablaban de un amor imposible.
 Donde el hombre era atormentado
 por un bosque.

La temperatura sin embargo subía
 y al exponerme a sus vapores
 alcanzaría como nunca esa zona
 libre del sentimiento
 donde ella es la inolvidable.

ESCILDA GREVE (1916-91), chilena. Su poema:

MULTITUDES

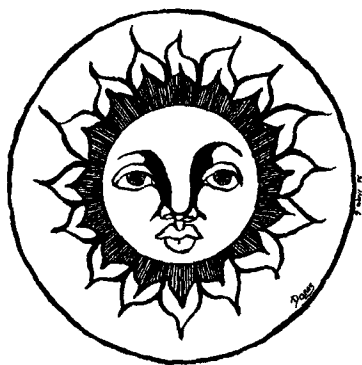
Eran las diez en los relojes
de las **constelaciones** ignoradas
y en el revés del tiempo
fluían sombras devorantes
llevando la dulzura ametrallada
de penetrante mordedura.

Eran las diez en punto
y el mundo andaba ausente
con sus **astros**, sus mares,
y con sus multitudes
tratando de lavar la **sangre** de la historia.

Cuando estaban sin vida sobre su propia vida,
cuando estaban crecidos del odio bajo su odio
cuando tenían lástima de su yo junto al llanto.

Cuando sentían **sed**, cuando acosaba el frío,
cuando el horror
tomara como albergue sus **ojos**,
supieron que no estaban nacidos, sino armados.

Siendo las diez, el temporal rompió la esfera
de todos los relojes, para esconder la angustia
y en el revés del tiempo,
las sombras se esfumaron.



GLORIA VEGA DE ALBA (1916-99), uruguaya. De su libro **Cielo derramado**:

NOCHE DEL MAR

Ven, esta es la noche
de las praderas y de las **estrellas**.

Esta es la noche en que está alerta la jungla
con sus millones de **ojos** vigilándose
y sus **mandíbulas** despiertas,
esta es la noche de la **oruga** y la **pantera**.
Tiemblo por esta noche que **devora**
su espontánea cosecha
y está nutriendo de ceniza
una dormida primavera.

Pero mi noche es la del mar.

Esta es la noche que llevamos piel adentro,
la que nos hunde en su vorágine
y nos escamotea
la saludable y tierna sombra
donde los **ojos** buscan
el reposo del sueño.

Por la noche del hombre me estremezco,
porque soy en su cuerpo sin frontera
—criatura hecha de trigos y de **estrellas**—
un átomo de sueños recogidos
que en su **pupila** se dispersa.

Pero mi noche es la del mar.

Mi noche es la del mar.
La que reposa en su silencio
refugiada en sus cuevas
y está brotando de sí misma
y **fosforece** en sus tinieblas.
Como una madre zodiacal que engendra
sus simientes eternas.
En la noche profunda me dilato
porque siento que emerge de mis sombras
como del mar,
el socavón de **luz que me constela**.

HELCIAS MARTAN GONGORA (1920-84),
colombiano. De la antología **Poetas Premio**
“**José Vasconcelos**” 1968-1992 por Alfonso
Larrahona Kästen:

SECUENCIA DE EMIGRANTES

I

Iba **mordiendo estrellas con las fauces**
de la noche sin Dios de la tormenta
y los **dientes** sin boca de la duda
se hincaban en la carne gnuflexa.

Las subjetivas **garras** del misterio
se hundían en el alma y en el cuerpo
y en la vigilia de los emigrantes
era un proscrito el sueño.

Sólo el **pezón del alba se ofrecía**
a estos labios sedientos de plegarias
cuando desde las torres sumergidas
volaron las gaviotas y campanas.

Fue entonces cuando el hijo de la sombra
que habita en mis humanos laberintos,
disipó las tinieblas interiores
con las manos de Cristo.

II

Sitíame con la **lumbre de tus ojos**,
hiéreme con la hoz de tu palabra,
sígueme con las plantas trepadoras
y **bébeme en la sed** de cada lágrima.

Búscame entre las aves migratorias
siguiendo el rastro de ángeles y bestias
y esperame al final de los **naufragios**,
en el delta fatal de la belleza.

Llámame con los **labios de la fruta**,
muérdeme con los dientes del incendio,
ubícame en la selva de tu sueño
y fúndame en el valle de tu cuerpo.

Descenderé en el **río de la savia**
hasta el mar constelado de tu sangre

y en las islas desnudas de tus **senos**
yo **quemaré** mis naves.

III

Guíame con el silbo de los pájaros
hacia el verde país de tu silencio
donde hay bosques y **ríos** numerosos
y aldeas al final de cada sueño.

Voy por la virgen selva, solitario,
y por la gran llanura del Pacífico
persiguiendo las huellas de las tribus
de las que deserté, desde hace siglos.

El rastro del tapir y la **serpiente**
y la brújula antigua de la **luna**
me llevarán hacia los hipogeos
y su pueblo de estatuas insepultas.

Yo soy el emigrante que regresa
desde las prehistóricas edades
en busca de los turbios manantiales
del **río de la sangre**.

IV

Sobre una piedra inaccesible graba
los nombres de los muertos que lo esperan
en el valle escondido de las sombras,
en la aldea sin fin de las tinieblas.

Graba también el emigrante oscuro
en los árboles viejos de la selva,
nombres y nombres de mujer amada
con la **daga de luz de las estrellas**.

Dibuja con las manos transeúntes
el mapa de la patria, en las arenas,
mas la lluvia y la furia de las olas
borran el mapa, al tiempo que sus huellas.

En la tregua del éxodo de siglos
esculpirá sobre la tibia carne
de una mujer, el cuerpo de sus hijos,
en la nupcia de esteros y manglares.

No preguntéis su nombre al emigrante,
que era el abuelo de mi padre.

OLGA OROZCO (1920-98), argentina. De su
Obra poética:

FERIA DEL HOMBRE

(fragmentos)

Esta es la barraca del **hambre**
hecha con piel de lobo y vaho del invierno.
Cuando entras, los disfraces acaban de llegar.
Elige el que convenga a tu gran aventura,
el que mejor te encubra
entre las cuatro Tablas de tu Ley.
Sólo te falta el arma con que al matar te mates.
Yo elegí los delirios, las magias y el amor.

Aquí comienza la madriguera
de los sobrevivientes.
Son los que están de pie, sobre el **pecho**
roído de los otros.
Se **alimentan** con sal de las memorias,
con la harina enlutada de alguna eternidad,
con el vino sagrado
que destilan los corazones fieles.
Cada día la mano llega y los parte en dos
con un golpe de acero:
la cabeza en las nubes, el cuerpo en un abismo.
Pero mitad y mitad, como la culpa
y el remordimiento,
se juntan cada día en un solo castigo.
Es un juego que empieza con la inocencia
del amor, en un cristal de miedo,
y que sigue después y más tarde hasta nunca
en los negros espejos de la soledad.

(...)

Zona de pastos **secos** en tierra de miseria
y de **fieras que brillan como el oro**
de la revelación al sol del mediodía.
Se trata de vencer o de morir.
Todo consiste en convertirse en lazo
o en **puñal**, en despertar un día púrpura
de verdugo que se teme a sí mismo,
en descubrir el sitio justo del sacrificio.
Si te rindes, puedes vivir a expensas
de tu mismo animal,

en un costado de la madriguera.
Pero no gritarás ni en medio de los sueños.
También puedes ser pasto.
Puedes crecer debajo de tus pies.

Ellos caminan sobre **vidrios**
que los separan de la tierra,
ellos absorben **fuego y clavan en su piel**
mariposas y ramas que nadie puede ver.
Cantan con una cinta en la **garganta**
y bendicen el **radiante** telón
que cae en el patíbulo.
Sus **heridas brillan** como lujosas pedrerías
en medio del desierto.
Son su propio rehén: el premio del martirio.
Gentes cuya expiación zumba
como un enjambre en el ayuno;
gentes con **mirada** de exilio bajo los párpados
de la primavera.
Cuidate de su orgullo como de una alimaña
que avanza por debajo de tu casa.
Huye de su perdón deshabitado.
Oh, conozco las redenciones sin piedad,
las arpas solitarias,
esas **linternas** hacia adentro que convierten
el mundo en un salón velado para el crimen.

Gira con el pregón de reinos y abalorios
y caras de hechiceras pegadas contra el **vidrio**,
con tu fauna de azogue disuelta en una lágrima,
con tu cielo de tormenta de nieve adentro
de un gran globo sepultado en el jardín perdido.
Gira sin detenerte, demasiado temprano
carrusel de inocencia.
Es demasiado tarde.
Para quedarse en ti no bastan las dos alas,
ni los **ojos** cerrados,
ni siquiera dormir con el tiempo
encerrado en una caja.
Habría que volver a echar los dados
de la primera vuelta.
Habría que borrar la ráfaga que aspira
desde el fondo de cada porvenir.
Habría que cambiar la contraseña
y olvidar las **tijeras**.
Habría que nacer sin esta **herida**
abierta en el costado.

“Nada por aquí, nada por allá,
nada en esta mano, nada en esta otra”.
Nada en la galera del prestidigitador,
ni en sus huesos, ni en el revés de su alma.
Pero en algún lugar cómplice de la oscuridad
trota la trampa:
la bestia con cabeza de cuchara
para vaciar mejor,
con cara de moneda para engañar mejor,
con **mirada de rata** para escapar mejor;
la indiferente bestia emboscada entre plumas,
en el centro de un círculo de **luz**,
debajo de la felpa de todas las palabras.
Un día de repente surge la aparición
con color de **relámpago**,
y las plumas no cesan de caer
y las **luces** se apagan y la palabra es vana.
Una negra burbuja encierra el mundo
desde tu corazón.
En tanto la impostura **roe** como la muerte
tus entrañas.

Estos que se sostienen de la mano de Dios,
de una esperanza abierta en forma de sombrilla
sobre la cuerda floja,
de un milagro que arrulla como un violín
debajo de las **aguas** en el salto mortal,
cruzan los precipicios de espaldas
hacia atrás y hacia mañana,
porque de todos los peligros eligieron no ver,
no volver a **mirar**.
En vano les repiten que el **ojo** de la tierra
es asechanza,
que desde abajo hay **bocas** que reclaman
con el revés de la plegaria,
que el vértigo es de pronto una tinaja azul
que se convierte en urna,
que la caída es una ley más fuerte
que cualquier ascensión.
Ellos caen un día con una levedad
de espantajos en vuelo,
con un sonido hueco, como ángeles vacíos.

Se adivina el pasado, el presente,
el porvenir con las manos atadas.
Se lee el pensamiento en el papel en blanco.
Se **bebe un elixir que transforma los sueños**

en el **ojo** de las cerraduras,
que trasmuta las fiebres en escaleras
hacia la más lejana lejanía.
Entonces es la hora de recoger las redes.
Llegan voces de mando,
destellos de un combate que se libra
con las puertas cerradas,
y la tiniebla surge con la lluvia que cae
en otra parte,
con la **luna que arrastra una viva**
reunión de muertos milenarios,
con tu casa invadida por una casa donde
ya no estás y los huéspedes
son tus sombras de mañana.
Si quieres, puedes interrogar el desvarío
de tu **sangre** convertida en oráculo,
puedes buscar la **lámpara** enterrada
en el borde de tu alma.
No lograrás hallar en ninguna respuesta
la primera palabra;
no encontrarás jamás una **luz que ilumine**,
lado a lado las dos mitades de tu cara.

Un **ojo**, dos cabezas, tres brazos, cuatro pies.
He aquí la guarida de los expulsados,
al margen de la ley.
Un **ojo** solo cambia como el **rayo**
cada intención del mundo:
dos cabezas nos bastan para multiplicar
por dos las cifras del enigma;
tres brazos equivalen a querer abrazar
al testigo invisible;
cuatro pies nos delatan la demencia
de la separación.
A ellos los arrancaron de raíz,
molieron sus semillas entre las **fauces**
de la bruma.
Pero también en ti, también en mí,
una desobediencia hacia lo alto,
una infracción abajo,
incuban ese **monstruo que un día nos devora**
con la sal del destierro:
el habitante solitario
de la más desolada soledad.
Ya puedes elegir.
Alguien va a dar la orden de hacer **fuego**.
Vas a entrar en la cárcel de tu **inmolación**.



MIGUEL LABORDETA (1921-69). Tomado de **Poesía española contemporánea (1939-1980)**, selección de Fanny Rubio y José Luis Falcó:

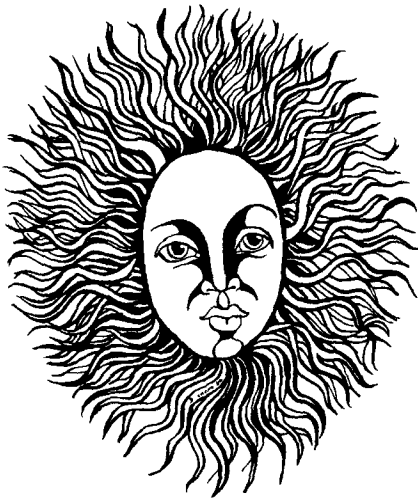
**MENSAJE DE AMOR DE
VALDEMAR GRIS**

De mi propia tristeza de ser hombre
arrancado en pedazos de **sangre** amarga
con juventud inútil
y amasado por la ausente **sed**
de desorbitadas muchedumbres
que en vano buscan la razón
de los búfalos agonizando
bajo los crepúsculos de uranio
de las grandes avenidas.
Yo
Valdemar Gris
habitante de este mundo
niño antiguo de 25 **ríos secos** de edad
os traigo mi humilde mensaje de primavera
y os digo con alegría de **estrellas en mis ojos**:
todos los jóvenes del mundo somos hermanos.
Somos todos hijos del **sol** y del misterio.
Una misma mujer humana
cantó sus dulces canciones nocturnas
creyendo ver al borde
de nuestros tiernos vientres
un signo por encima de alfabetos y razas
que inundaría las tierras
de aquella **claridad** presentida
por poderosos genios conmovidos
y que aspira ser realizada
por encima de todo tumulto.
Porque yo os lo digo
de hombre a hombre
casi sollozando
(con angustia mágica de inalámbrico):
es ya hora
hermanos míos en la vida y en la **muerte**
es ya hora os digo
que sobre las estériles disputas
triviales de los ancianos
se alce el martirio puro
de los costados desnudos
de los jóvenes soñadores del mundo.

Yo os digo
que estéis despiertos amigos míos
mis hermanos juveniles de destino
soñando sí pero despiertos
pues podemos **ver** caer
la ceniza de corazones **podridos**
lloviendo sobre las grandes ciudades
destruidas huérfanas de un entero designio.
Hemos de estar alerta
pues en un descuido
las ballenas crecerán sobre las torres derruidas
y el hombre **devorándose**
en sus clanes miserables
terminará comiéndose
las patas como un lobo suicida.
Olvidemos pues amigos míos
hermanos míos del mundo olvidemos
las vanas disputas de los viejos.
¡Que se llenen los libros con razones
inútiles de muertos
que nosotros sólo queremos ver triunfar
la gloria y la nada de la vida
por todos los puntos del **viento planetario!**
Queremos que nuestro destino de hombres
tenga un camino con solos y riberas
y maravillosas ciudades de **crystal**
y muchachas morenas
cantando por las playas
y desesperados pensadores
intentando enhebrar raíces con **estrellas**
e ingenieros poetas que canten
las melancolías atroces del cemento
que **devora el corazón de las rosas**
y serenos atletas
con armonías de agua
y **ardientes** corazones de santos
descubriendo senderos
en su pasión total.
Pero hemos de estar unidos
amigos míos hermanos míos del mundo
y ha de ser nuestro lazo **abrasado**
un humano destino secreto
de conciencia amorosa de la **Tierra.**
Sí
tan sólo con amor
tan sólo con amor varonil
puro en sí mismo

sin objeto
 enamorados del amor
 amantes del vasto mundo
 sin presencia en su misterio
 que nos reclama inexorable palpitante
 en cada pulso de todo joven soñador.
 Y hemos de estar allí
 todos
 hemos de estar allí
 reclamando cada uno y para todos
 una activa participación
 en la heterogénea sinfonía
 de este **mundo** nuestro tan hermoso.
 Os lo digo yo
 Valdemar Gris
sediento caminante de luz
 exhausto de túneles adolescentes
 por donde las espigas **estrangulan**
 su raíz hacia arriba:

Todos los jóvenes del mundo
 somos hermanos del destino
 y os lo digo
 con voz quebrada
 de antiguos llantos sin consuelo
 con alegría renovada
 de futuras **estrellas en mis ojos**.



ANTONIO FERNANDEZ SPENCER (1922-95), dominicano. De su antología **Vendaval interior**:

EXTRAÑA DOMADORA DEL AMOR

Mientras me recorre en los **dientes**
una figura de tigre que amanece
 a dos saltos de los velones de la virgen
 del manto derruido del tiempo
 y miles de **ratones** le hacen un hoyo al tiempo
 el tiempo ha renovado su lujo para abrir
 la ventana y la muchacha
 el **cangrejo** y la playa
 el oleaje y el mar que siempre se renueva
 la noche y la caricia de la muerte
 el canario y la tinta del crepúsculo
 o en la tarde la muchacha que se adelanta
 a los navíos de piel de mirlo
 extraviados en las densidades de la bruma.
 Desde que anochece
 la boleta negra del **sol** está en camino
 pero nada se mueve, nadie compra
 su identidad para el edificio que se hunde
 o para el conejo con dos orejas de espacio.
 También tengo la composición de un camello
 en el desierto de la noche que no dice su obra
 que no dice el oleaje
 en la meditación de la arena
 y quizá podemos hablar de las flores del olvido
 o del cabrillante florear de la alondra
 completamente roja en un ramaje del horizonte.
 Nadie me niega la eficacia del abrazo del oso
 no sirve para cambiar el rumbo del oleaje
 ni en un punto, al mundo
 ni el inmodificable paso de la muerte
 pero nadie niega su eficacia
 y puede afirmar que el abrazo del oso es eficaz
 como nadie se atrevería a negar,
 a pesar de su fuerza la fragilidad de una ola.
 Por otra parte, nada es nuevo en este campo
 de la nada en este campo de los **senos**
 de la muchacha que corre.
 Estamos en el circo negro de la muerte
 y vemos el trapecista del tiempo
 el **sol** que danza sobre el lomo de un caballo.
 Nadie se **corta la mano de ángel**

por cortar una flor

en el sembrado mayo o en la sonrisa del **rayo**.

Oh, esta bestia negra en la carrera de la vida.

Recortan los **dientes finísimos de las estrellas**
que parten, van, a **zarpazos**,

sobre el **universo** una vez por todas
van llenas del amoroso deseo por destruir
el **universo**.

También tenemos la pasarela negra de la noche
fraguada en el atardecer de esos palacios
envejecidos.

Nadie se mueve, nadie canta bajo el voltaje
de la nada “Todavía no”, dice el pájaro
y prosigue su vuelo sobre el velero
que se ausenta “Todavía, **sol**, no es tiempo”
dice el pájaro y elige en su corazón
una rama verde.

Ahora se columpia su corazón sobre la tarde
y ensarta la **aguja** del recuerdo.

Muy próximo a la sorpresa de la muerte
teme subir a esa paradójica negrura del **cuervo**
¡Ah!, enredado parpadeo del beso
pues todo se compara con el tiempo.

Muy claro, muy casto en la castidad de la **luz**
que se derrama sobre el luminoso
enredo de luces.

Primero se falsifica una **luz** sola y luego
la oscuridad completa se hace, sin prisa,
como quien funda el vacío.

También tengo la impresión que no avanza
nave alguna polvo del amor vacío,
genuinamente vacío.

Desde un viaje detenido en el tiempo
alguien se refiere al encuentro de los peces
en aquel circo de pecera húmeda.

La domadora es pelirroja y no **pone**
su cabeza en el león sino en la mirada
de ese gato tenue como una caricia.

Es más fácil pararse de cabeza en ese **felino**
que en el abanico de roja destreza de los **leones**

La domadora tiene como lema reposar
en una copa vacía y en el silencio
que otorgan los siglos.

Oculto en la parte inferior de su rostro
al **león** y luego lo mece en su beso.

El león dice, sonriendo con los **ojos**
“ella me confunde con su amante”.

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS (1922-
2001), español. De su libro **A muerto por**
persona:

NOTICIAS QUE TODAVIA NO LO SON

Hoy no os diré nada,
¿qué más puedo pedir al **universo**?
La puerta está cerrada
desde aquel primer verso
y por dentro está todo muy disperso.

Entré sin que me vieran
los **ojos** de millones de figuras
como si nada fueran;
los **planetas** a oscuras
y **soles como blancas dentaduras**.

Los **soles** en el fondo
y negras las **estrellas**, pero **ardientes**.
Todavía me escondo
entre sus blancos **dientes**
aquí los muertos somos obedientes.

Sé que vivo en la tierra,
pero es igual, estoy fuera de casa
y el espacio me encierra
y la ausencia que pasa.
¿Lo explicará mejor que yo la NASA?

Posiblemente es todo
como la nada y sin ninguna duda,
o quizá de otro modo.
Sé que Dios me saluda,
pero la humanidad parece muda.

Y no sé si lo sé,
aunque el espacio es fácil laberinto
y el misterio se **ve**
como yo me lo pinto,
cada vez más excéntrico y distinto.

Todo es muy conocido,
como una falsa historia y atrevida,
que nunca hemos vivido;
digamos que la vida,
que ni los **muertos** damos por perdida.

ERNESTO MEJIA SANCHEZ (1923-85), nicaragüense. De su libro **Recolección a mediodía**:

ARREPENTIMIENTO DEL MAGO

(fragmento)

Yo leía a Rousseau, a Emerson, a Thoreau, en el Valle del Río, al lado de José fascinante, Fuman-Chista y fumiento. La vida paralela confluye en la corriente incesante y la palabra turbulenta de José **prende fósforo** y sombra en la noche de **luciérnagas, ojos de tigre** y de **serpiente, astros que apenas alcanzo a ver y allí se vierten en el agua**. José dice misa de prisa antes del gallo, improvisa misa de risa aperitiva al mediodía, receta misa secreta a la hora de sexta y establece relaciones, razona y desazona, redice y contradice, serpea el discurso y se **muerde la lengua**.



CARLOS EDMUNDO DE ORY (1923-85), español. Su poema:

ODA EN LOS JARDINES

Roto como un vestido
que no gira en el **agua**
palidecido y sonoro entre las flores
los huesos no encuentran sus anillos
ni el girasol se dobla para siempre.

Oh, los jardines de usada ceniza
y de carbón yacente y de curvas orladas.

Tú sabes que entre nosotros
mi cuerpo solo habita
y que no existe más perfecta penumbra.

En medio de ti cáscara de marfiles,
mármol de mayor **brillante**
con pasos entre **astillas**
y una **mirada** estática de oloroso destino.
Soy yo encima de la noche
como encima de un elefante.

Oh, los jardines. Oh, los jardines sin salida
donde un guarda se aduerme
a través de las rosas
y hay un reloj junto al oído virginal
de los pájaros
que vuelan por los muros quietos
de la fragancia.

Noche ennochada por los **frutos**,
por los cortes frutales,
por una loca losa húmeda de trasmundo
en la pequeña atmósfera de madera
y de ángel
donde el ciprés
boca abajo del vacío florece
hacia la punta de la tierra y la toca despacio.

Silencio,
oh jardines fábricas de la **luna**,
corredores siniestros de la yedra y la seda,
bellos cuartos forrados de yeso musical

y de quejidos negros
igual que acordeones.
No vengáis, no vengáis,
os lo digo tristísimo
y eso que yo no lo cruzo
y me pego a la yerba
y hasta creo que hay fantasmas
que bajan de las copas.

Este silencio lo he hecho yo con mis **labios**
cantando he cercenado los murmullos
con la espiritual **espada** de mi voz.

Yo lo he hecho este silencio, yo lo he hecho
para soñar un derramado humo de paloma,
una cadencia pacífica de buen ángel y olvido.
Los jardines han dejado brotar sus minerales
porque mi voz encuentre un choque ilustre
mientras suben mujeres y mujeres y musgo
por la escalera de caracol de mi espalda,
mientras el Amor con el rostro en los pies
pregunta sin motivo con su idioma de talco:
«¿Qué sinfín de lobómunos
desacordados balan
entre tus dulces pasos
de alquitrán geotérmico?»

No hay más hombre que yo por los jardines,
no hay otra **espina** humana
que aquí amanezca
y que pueda desenterrar con una rama
al guardadurmiente
y que pueda cambiarse **barro**
en las venas capilares
y que pueda llorar y terminar llorando.
Los jardines vacíos me miran con los **ojos**
guardados como pañuelos de los pavos reales
y se creen que soy Dios aburrido de todo
en busca de la meca incómoda de un banco
para ver desde lejos como un pintor su cielo
y descubrir el sitio del retoque
¡o un milano de carne en el espacio!
O se creen que soy un niño
borracho y enlutado que ha cerrado
de un golpe la puerta de su casa
con sonámbulos párpados
para buscar su aro por detrás de los árboles.

Pero no es eso.
Lo sé yo que no es eso.
Los jardines son para mí un maldito pasillo
lleno de besos y de cucarachas,
de **nata** y muselina y de sobres abiertos.
Estoy aquí porque soy como un príncipe
sin **dientes** que ha muerto sin rezar
en una cama baja
y quiere cantar, cantar,
cantar dulce y perdido
sobre un fondo de polvo y de colores puros
como la agonía entre anémonas de Nema-Lyyh.

Pero aunque no haya puertas
la **muerte** tiene puertas
sin llaves muy hermosas de sal y crisantemos
para huir como vine más príncipe que nunca
y montado en el caballo blanco de un cisne
a través de Lyyh, ¡oh sueño mélico!
¡Oh **murciélago** etolio!
Pero quiero quedarme aquí, aquí, aquí,
y hacerme íntimo amigo
del **viento** y las **serpientes**.

Puedo decir a Eva que venga con escolta
de monos o aliviados **tigres** rituales
y puedo besar con su pelo entre las **bocas**
y puedo más todavía,
dormir con ella un libre
paraíso parado por dos bultos de piel feroces
y todavía puedo verla agonizar
terriblemente,
¡oh tísica Nema!
Oliendo a mí y a ella.
¡Oh Eva-Nema,
oh evónimos!

Los jardines:
¡ay, palacios ocultos donde las **mariposas**
se posan en la luna
donde la muerte pasa con bufanda
y con canto
y yo me llamo Zarevith del mundo!

ROSARIO CASTELLANOS (1925-74),
mejicana. Dos ejemplos tomados de su libro
Poesía no eres tú:

NOCTURNO

Amigos, conversemos.
Desde hace ¿cuántos años?, desde el día
en que a un tiempo rompimos la tiniebla
y con vagido entramos en el reino del aire;
desde que los mayores nos pusieron
la **sal sobre la lengua**
y nos soplaron al oído un nombre
(no de amor, de destino),
un nombre que repites todavía
y que repito yo y repetiremos
hasta el fin, hasta el fin, sin entenderlo,
hemos estado juntos.

Espalda con espalda. El uno viendo
nacer el sol y el otro
posando su mejilla en el regazo
materno de la noche.

Atados mano contra mano y vueltos
—forcejeando por irnos—
uno hacia el sur, hacia el fragante verde,
y el otro a la hosquedad de los desiertos;
desgarrados: sangrando yo
con la herida tuya
y tú quizá doliéndote
de no tener siquiera una pequeña brizna
de dolor que no sea también mío,
hemos sido gemelos y enemigos.

Nos partimos el **mundo**. Para ti
ese fragmento oscuro del espejo
en que sólo se ve la cara de la muerte;
los hierros, las **espinas** del sacrificio,
el vaso ritual y el cascabel
violento de la danza.

Y para mí la túnica parda de la labor,
la escudilla de barro torneado con las manos
en que no cabe más que un sorbo de **agua**
y el sueño sin ensueños de la sierva.

Pero fuimos desleales al pacto.
Tú acechabas —**lobo hambriento**—
el plantel y los rediles
y aullabas profecías intolerables
y hacías resucitar maldiciones y textos
rescatados de no sé qué catástrofe,
o **incendiabas**, de pronto, mi faena
con un enorme **resplandor** sagrado.

Y yo la **hormiga**. Yo
cosquilleando en tu brazo, hasta abatirlo,
cada vez que querías alzarlo hasta los cielos.

Y yo, Marta, pasando la punta de los dedos
sobre el altar, para encontrar la huella
del polvo mal limpiado.

Y yo, la tos que rompe
la redondez eterna de la bóveda
en el instante puro de la consagración.

Y yo en la fiesta. **Párpados** esquivos,
trenza apretada, labios sin sonrisa.
De espaldas a la música, con esa cicatriz
que el ceño del deber me ha marcado
en la frente;
pronta a extinguir las **lámparas**, ansiosa
de despedir al huésped
porque en la soledad yo te escupía
a la cara el nombre de la culpa.
Ah, qué duelos a **muerte**.
Hasta el amanecer luchábamos y el día
nos encontraba aún confundidos en nudo
ciego de odio y de lágrimas.

Como el convaleciente, tambaleándonos,
nos poníamos de pie, lívidos y desnudos.
Y ni así, al contemplar nuestras **llagas**,
subió jamás a nuestra boca
una palabra de piedad, un gesto
en que se nos volviera perdón el sufrimiento.

Pero hoy me tiemblan tus rodillas;
late tu pulso enloquecido entre mis sienes
y siento que el orgullo se nos va
deshaciendo como un sudor que escurre
adentro de la médula.

Porque la noche es larga.
Nada anuncia su término y acaso
para nosotros dos ya no hay mañana.

Demos a la fatiga una tregua y hablemos.

Ayúdame a decir esa sílaba única
-tú, yo- ¡pero no dos, nunca más dos!,
cuya mitad posees.

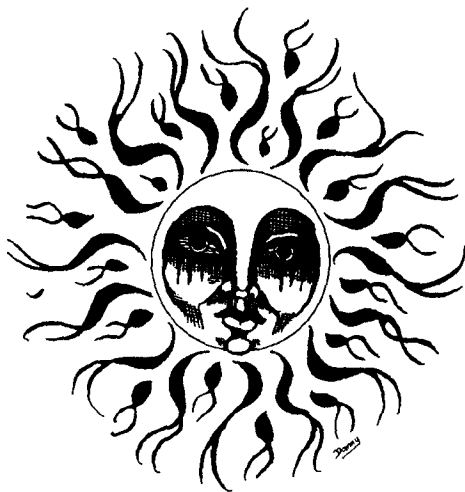
TRES POEMAS

I
¿Qué hay más débil que un dios?
Gime **hambriento y husmea**
la sangre de la víctima
y come sacrificios y busca las entrañas
de lo creado, para hundir en ellas
sus cien **dientes** rapaces.
(Un dios. O ciertos hombres que tienen
un destino).
Cada día amanece
y el **mundo es nuevamente devorado.**

II
Los **ojos del gran pez** nunca se cierran.
No duerme. Siempre mira
(¿a quién?, ¿a dónde?), en su **universo**
claro y sin sonido.
Alguna vez su corazón, que late
tan cerca de una **espina**, dice: quiero.

Y el gran **pez que devora**
y pesa y tiñe el **agua** con su ira
y se mueve con nervios de **relámpago**,
nada puede, ni aun cerrar los **ojos**.
Y más allá de los cristales, mira.

III
Ay, la nube que quiere ser la **flecha** del cielo
o la aureola de Dios o el puño del **relámpago**.
Y a cada aire su forma cambia y se desvanece
y cada **viento** arrastra su rumbo y lo extravía.
Deshilachado harapo, vellón sucio,
sin entraña, sin fuerza, nada, nube.



OLGA ARIAS (1923-94), mejicana. Dos ejemplos, primero, de su libro **El tapiz de Penélope** los siguientes fragmentos:

II

La soledad
se encuentra en la bufanda de **luna**,
que muévase en torno de mi cuello.
Un **astro** nace en su flequillo
y muere,
al tocar mi piel,
no urjo por una **hoguera**,
ni por una sombrilla,
menos por una **aguja**.
Así voy bien:
nadie conmigo
y la noche de **gatos con hambre**,
y las **estrellas con dientes**,
y el silencio creciendo,
estirándose hacia donde el alma principia
y el átomo se esfuma.

VII

Nadie santificará la **mirada**,
que aleteando huye por la noche.
Por las horas nocturnas,
una lágrima es un prisma,
un cristal, auténtico lente,
cicatriz que muestra al **universo**
en el realismo de su última esencia,
desnudez sin deformaciones,
en que el corazón percibe,
tras de lo que los **ojos** falsifican,
el perfil del sujeto y de su imagen,
la **luz** en su castillo de sombras,
las sílabas que pulen los **dientes**
de la madrugada.
Y en la embriaguez de los **escorpiones**,
en la cual, tumba de mi espíritu,
no existe escalera, ni cubo,
y es el vacío y su pretil,
los brazos que me enlazan
y son el eco que me nombra orquídeas,
la soledad en que el silencio
me inocular su **muerte**.

El segundo ejemplo de su libro **Elegías en tu ausencia**:

IV

Imagino que no te encuentro
y corolas y cantos desgarran por su tristeza,
unos **dientes roen** aleluyas cabrilleantes
y así también el rojo corazón
del tránsito sin fin.
Cumbre y aire se marchitan,
el **fuego** se despluma,
el **agua es de cuchillos**.
Hay piedras catatónicas
que abandonan su estado inerte
y suben plegarias
por el surtidor de una lágrima,
como invisibles flautas en delirio.
La ciudad
deja caer la cabeza
y pierde las alas
y los pasos se le desmoronan,
y la máscara de la brisa,
a la que no vinieron los pájaros,
ni el perfume de los heliotropos,
está sin esos mínimos diamantes
que a los **rayos del sol encienden**
a través de las ventanas.
Imagino que no te encuentro,
tan sólo para vivir la gloria de renacer,
diadema de un mundo de júbilo,
al sentirte en mi amor,
sagrado **ojo solar**,
que me hace fructescente,
sin pedir nada
que no sea la dicha que **relumbra**
en el galope de las horas,
horas que **arden** de milagros
y mariposas mágicas,
como la zigzagueante estela
de una **pupila alucinada**.

LUIS ALFREDO TORRES (1935-92). De *Antología histórica de la poesía dominicana del Siglo XX (1912-1995)* por Franklin Gutiérrez:

EL HOMBRE ACORRALADO

Tocaba puertas,
alzaba manos y papeles,
el corrupto, el miserable,
y hundía su podrida cabeza bajo el **sol**,
entre las gentes
pero la ciudad le negaba sus pájaros,
el camarero la sonrisa
y era inútil que buscara la compasión, la **luz**.

Andaba solo por las calles,
retorcía sus manos sudorosas
y miraba con miedo, con temor, a todas partes,
como si de repente fuera a morir asesinado,
como si de repente los **ojos** de alguien
le cegaran.

Entraba a los templos sigiloso,
pero la noche de los muertos le seguía
(la noche trepidante que derribó su orgullo)
y en vano doblegó su frente,
en vano clamó misericordia:
los muros sólo respondían.

Y recordaba su altivez
entre las ametralladoras asesinas,
su ademán cuando los sacrificios, las torturas
y he aquí que los alegres pájaros traían
un rótulo de **sangre** con su nombre.

Pensar en estas cosas
los acercaba a los muros,
a las bocas oscuras
de no se sabe qué túnel **devorante**
y en tanto eran los cantos de vida y esperanza
un fugitivo huía, alguien huía,
de espalda a todas las **estrellas**.

ANGEL URRUTIA ITURBE (1936-94),
español. Dos ejemplos de su libro *Me clavé una agonía*:

AMEN

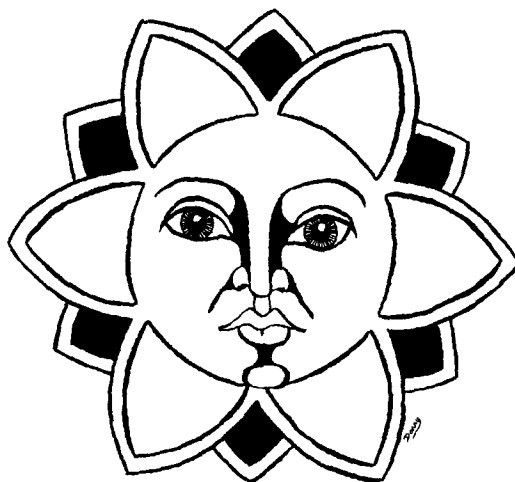
Que vengan los **gusanos**
con sus correajes de tabla detenida,
que también los pañuelos a **mirarnos**
después de los **incendios** mojados al rezar,
que no importan los **ojos** del teléfono
quejándose a balazos de mis dedos
en **sangre** numerada,
que vendré de la muerte a romperme
de nuevo los pies en tu retrato ajeno,
que no luego y encima de un zapato
rusiente y prefluvial a la puerta
de un **rayo** sí de olvido,
de sillas suplicantes que no que sí en fusiles,
llenarán un cadáver general con la **hoz**
intocable de unos dioses poquísimos,
que me iré con mi entierro hasta los huesos
de toda la alegría,
hasta el **buitre** en mis brazos,
hasta el sí si no lloran si no,
millones de incensarios de **pus** bajo la noche,
de patrias desfilando,
de butacas sentadas sobre piedra,
horriblemente almas bautismales,
exactamente muertes descansando no no no,
atortentando, rejas, rejas de sal,
de vinagre pasivo donde pisan el oro
y la casulla en fe que no nos salva,
astillas de la carne a bofetadas,
azufre religioso de arcángeles amén,
sí sí sí no hay señales del **pan**
con que te escribo,
que claves en el cielo todo el viernes humano,
tendremos que estar vivos
para **morir de un golpe de palomas**,
no un airado cuartel de encías **afiladas**
o **dientes** humillados o espumas con acero,
mejor un estandarte de **hormigas** franciscanas,
un **cometa** patriótico en la nieve,
una lápida escrita con la nada
de toda la esperanza,
ni anidará en tus brazos el libro

encuadrado de palomas, que luego,
 nunca, más, que siempre nunca más
 y todavía, que apagan nuestra hiel
 a martillazos de **avispas** invernales,
 un alud de cemento apócrifo
 por todas las paredes de la historia
 silábica y flotante,
 que **pudren** la agonía de ser hombre,
 y bajan un telón de máscaras terrestres
 durante una sonrisa o una mueca
 de azúcar descreído,
 no hay amén que así sea, seguirá la agonía,
 os **cortarán** las manos como días
 y los aplausos volverán a su antiguo
 esqueleto amén.

COMO CRECE UN NAUFRAGIO

Me llegan desde lejos las **guadañas**
 afiladas de olvido,
 me **siegan de raíz toda la sangre**
reunida en los ojos,
 me están **acuchillando** de frío
 y soledades,
 mis **heridas** se caen
 y se mueren hacia adentro,
 qué olvido me recuerda la estirpe vertical
 de las **ratas mordiéndome la boca**
 como a un queso lento que alzaba
 su corteza a la esperanza.
 Tal vez no soy ni hombre, ni nombre,
 ni pronombre,
 tal vez soy un vacío,
 soy un cero a la izquierda del amor.
 Tal vez soy una caja inútil de ternura,
 tal vez un corazón
 ¿para qué quiere nadie un corazón?;
 y me cruje en el alma
 la orfandad de mis huesos metafísicos.
 Sólo existo un momento para toda la vida.
 Después nacen urgentes cementerios
 de abrazos-ataúdes,
cuchillos con la espalda ensangrentada,
dragones con la sed afilada de lenguas
y de dientes.

No sabes ni llorar.
 No puedes ni llorar.
 Ni gritar.
 Es como si la muerte.
 Y mañana parece que empiezas
 un hedor huracanado,
 que empiezas a doler a quién si no estás vivo.
 O sales a la **luz** como un leproso que cuenta
 sus postillas debajo de su alma
 mientras llega el señor que reparte
 los días y las noches;
 y otra vez las aceras que puse en mi tristeza
 se han quedado vacías
 han pasado de largo y me han dejado
 toda la muchedumbre de la soledad.
 Soy un poco de escombros.
 Una noche sin pies bajo la noche.
 Un abismo
 cortado a escalofríos.
 Me sube a la garganta una fiesta de **lobos**.
 Yo hice la libertad de las gaviotas
 una tarde de sal,
 y **encendí** un remo azul para mis alas.
 Ahora tengo miedo del mar.
 ¡Si tuviera una gota de **luz** para mis barcos!
 ¡Si una sola gaviota me rozara de **sol**
 este oscuro naufragio!



JOSE CARLOS BECERRA (1937-70), mejicano. Dos ejemplos de su antología **El otoño recorre las islas** (Lecturas mexicanas. No. 10. SEP/ERA. Segunda Serie 1985):

LA VENTA (fragmento)

Todo duerme, todo se nutre
de su propio abandono,
en el centro de la inmovilidad
reside el verdadero movimiento.
El poder de la selva y el poder de la lluvia,
la **garra** del inmenso verano posada
sobre el pecho de la tierra,
el pantano como una bestia dormida
en los alrededores del **sol**;
todo **come** aquí su tajo de destrucción
y delirio,
la **luz** se hace negra al **quemarse** a sí misma,
el cielo responde roncamente,
el **rayo** cae como todo ángel vencido.

Mirad las cabezas de piedra bajo la lluvia
o bajo el **hacha deslumbrante del sol**
como un verdugo embozado en oro.
Mirad los rostros de piedra
en el campamento de la noche,
en la descomposición de la gloria,
en la soledad de la primera pregunta
y en su retorno después de la segunda.
Mirad las cabezas de piedra,
máscaras que ocultan su clave divina,
su organismo atajado por el silencio.
Mirad los rostros de piedra junto a la **boca**
impía del pantano.

Aquí están,
aquí donde no representan ni señalan.
Aquí los triunfadores y los esclavos
y el gemido del anciano y la primera **sangre**
de la doncella
están ya confundidos en una sola masa,
en un solo **bocado que mastica la piedra**
indefinidamente.
Piedra caída en el agujero del sueño

no por su propio peso
sino por el peso que la realidad obtuvo
del sueño.
¿Cuándo hizo la vida ese gesto poderoso?
¿De quién fue esa **boca** a cuya sonrisa
una **araña** se mezcla minuciosamente?
¿Ante quién hizo la vida
esta **mirada** hoy muerta?
¿Qué ojos humanos la llevaron a término?

Éste es el rostro, éste es el cuerpo,
la carne que se hizo piedra para que
la piedra tuviera un espejo de carne.
Animada por un **soplo de piedra**,
la imagen de la **piedra** le dio
nuevo peso a la carne;
y así se oye el peso de otro silencio,
y el peso de otra imagen
en la actitud **inmóvil del caimán**.

LOS MUELLES

Esa yerba sombría que nos crece
en los **ojos** de noche,
el impuro descanso que somete al dormido,
el dolor **resplandeciente** de los hospitales
recién inaugurados,
el silencio que agrieta los cuerpos
de las vírgenes,
el lecho donde el amor soltó su reino,
el **cementerio donde los nombres**
son masticados por el silencio;
todo ha cruzado por mi corazón,
todo realiza su caminata en mi pecho.

Bajo la noche escucho este **viento**
veteado de árboles,
escucho el humo manifestado
por la conmisericordia que crece en el tedio,
el desenlace de los discursos cautivos,
la lejana campana del océano.

Escuchen las piedras que **brillan**
como dentaduras de muertos,
mandíbulas sujetas al polvo

como patíbulos de la palabra.

Dentaduras profundas como el abismo
que saca la noche,
sitios donde la **luz se refleja** crispada.

Escuchen las jerarquías, el metal rojo,
el sonido sin agua de la **luna**,
el aceite vertido en los cabellos postrados.
Pongan el oído en la corriente del pecho
en el borde extasiado del acero,
en el brazo del árbol dormido,
y escucharán ese silencio que ningún
rayo de amor dora,
ese momento donde la invención
de la noche se arranca la máscara;
sentado como un relieve de silencio
en unos labios cerrados,
como una paloma rota contra un espejo,
un espejo donde ha caído el mar
con un golpe de **labios** y de mármoles.

¿Está vedada la piedad en la estructura
de los océanos?
¿En qué lecho **resplandece** la impunidad
de la joven deseada?
¿Bajo qué sábanas mueve su **cuerpo de leche**
artificial y somnolencia marina?

La noche dispersa el coral como **heridas**
que se ha hecho el mar
al buscar por las rocas sus alas.

Mar desierto que se da contra el poniente
como aquel que mana en secreto
contra un pensamiento fijo.
Mar que se da contra el azul total de un cielo
que ha rechazado todos los **pechos**.
Mar bajo el momento de las aves
que cruzan el crepúsculo
como gestos inmensos,
como tardes que cruzan el cielo
igual que esas palabras que surcan
los labios como jardines últimos.

Oh, soledad, relato de los muelles,
poniente que aparece en los **pechos**
como un deseo sangrante,

como un delirante pañuelo.
Oh, soledad, ciudad de cal manchada,
casa de **uñas** tristes.

Gritaré hasta la **herida**
de tierra que poseen los peces,
hasta los hombros blancos que no sienten
la **luna** ni el aceite de amor,
hasta la cámara prohibida
de la sonriente muerta,
hasta el cofre vacío
de las navegaciones perdidas.
Gritaré hasta que el silencio muerda el polvo.

Ilumina tu corazón
con un haz de rayos clandestinos,
ilumina la pleamar que no quiere sonreír
debajo del **pecho**.
El día sueña en el lecho del mar,
aletea la marisma su hondo cuello verde.

Arderá la profanación
y tu bastión de huesos,
tu corazón golpeado por las proas
de los nativos que no regresan,
tu corazón donde **lloran**
los picos de los pájaros.

Canta la ciudad de cal,
la ciudad **incendiada** por la noche,
por el **llamamiento** de la ceniza.
La ciudad de cal
y muecas de madera **podrida**.

He aquí el **pantano del suicida**,
he aquí la ciudad del humo secreto
en la sonrisa del demente navegada
por **peces** donde no cicatriza el océano.

Abre tu corazón sus alas negras.
He aquí la tormenta inflexible
en los **ojos de los ahogados**,
la **podredumbre** dulce de la enferma,
el color **verde que cae hacia el amarillo**
haciéndonos señas,
la calle del suburbio acorralada
por la ira del **sol**.

He aquí la ciudad,
el nombre mismo del Avatar,
el personaje enterrado en su máscara
y su clarividencia.

La calle, la casa abandonada,
el jardín donde la tierra
ha recobrado su furia.
Habitaciones que un día
la vida hizo a su semejanza,
hoy rosetones de yeso desprendidos,
hoy urnas apócrifas
y muebles de gusto dudoso.

Oh soledad, relato de los muelles
y de los barcos asesinados por el ancla.
Escuchen las convenciones, los ruegos,
las exequias,
las visitaciones,
los azules desasidos
de la caricia;
mientras la **luz de los astros**
construye nuestra ausencia
y el reposo sonríe como puta discreta.

Volveremos a los muelles
con un designio de sal en el **pecho**,
con un día de hierro en los **labios**.
Volveremos sin acordarnos que el poniente
abrirá nuestros **pechos**
con la misma mano
con que lo hemos acariciado,
con los mismos **labios** que un día
besamos incrédulos.

Volveremos a los designios de la sal,
al océano que regresa con rabia y olvido.
Volveremos a los ponientes,
al grito lejano de la gaviota,
al aceite que cierra los párpados
en el óxido de las hélices
y en el **agua estancada** de la orilla.

Los cabellos de la mujer nocturna
arderán como una mano hechizada
y su cuerpo olerá a animal profundo.
La mujer de vientre
visitado por el **relámpago**
la mujer en cuyos muslos
hormiguean las caricias,
la que acomoda sus cosas en la **luna**;
incendiada contra ti, contra mí;
nos acompañará en el dolor de los muelles.



ANTONIO GONZALEZ-GUERRERO
(1954-2004), español. De su libro **Bajo la**
agria luz de los cerezos:

CANCION DE AMOR
PARA UNA NOCHE TRISTE

Mi amigo duerme esta noche
en los claros **lagartos** de Corregio.
Como un **leopardo herido**, brama
su desazón por los zaguanes blasfemos
de los cines.
Con la tristeza añil de las campanas
y aún el canto **podrido del jilguero**
rasgándole los pulsos, llora,
y en su zubia distingo
el olor funeral de la gamarza,
la sal de los jardines
y un cárabo de **luz** saqueando
el azarbe cereal de su frente.
Yo lo amo,
como quien ama un bosque
corrompido de estrellas,
una aljaba de **luna**
o una piedra de jaspé bienhechora.

Yo lo amo,
y en la **rota** vasija de mi puerta
oigo mi corazón **incendiando** los atrios
granados de las niñas,
los blancos alminares
y los dioses lascivos de sus **pechos**.

Yo lo amo en los **dragones** grises
de su hondura
y en las aves de arena
que anidan en el **cierzo** temprano de su **sangre**.
Y aun en la congoja
y en el **fuego tronchado** de su aldaba,
todas sus herejías
a mí que ni siquiera soy su hermano.

Mi amigo llora esta noche en el heno alazán
de los espejos,
y su cuerpo es balandro floreciendo de yedra

los desvanes;
ópalo y malaquita, de rescoldos, su cuerpo
desafía la muerte rastreando la niebla.
Y un intrépido **alfanje**
muerde su pubis ámbar
y hay **hambreda** y luto en todos los cercados.

(Él distrae su urgencia mosteado
en racimos agraces de ternura
y profana los templos de la vieja estación
con sus muslos de jade).

Mi amigo muere esta noche
en los huertos azules de Murano,
con los **labios sedientos como vulva**
que espera la tormenta de Dánae,
y ansía amancebarse con todos los soldados
furtivos de la aljama,
donde esconde el amor su ajuar y su sudario.

Yo soy el innombrable, el más hermoso —dice.
El **vino de manzanas** donde abriguen
su **ardor** tus fieros batidores.
Soy siempre el más hermoso,
porque tú me moldeas en tu **forja**
y me trasciendes virgen en todos los altares.

Mi amigo llora esta noche
en los **oros bruñidos** de Corregio,
con la mano **encendida**
y una flor de alhucema entre las sienas,
y sus **ojos** transidos de arrope y laúdes,
esta noche de **hiel**, profanando mi almohada.
“Noli me tangere. Frena tu yegua —dije.
Yo sólo soy tu hermano...”
Y se murió de frío.

Fredo Arias de la Canal



POETAS INCLUIDOS EN ESTE ESTUDIO



A

Delmira Agustini
Rafael Alberti
Vicente Aleixandre
Dámaso Alonso
Olga Arias
Miguel Angel Asturias
Juana Inés de Asvaje

B

José Carlos Becerra
Yolanda Bedregal
Luis Beltrán Guerrero
Jorge Luis Borges

C

Luis Cardoza y Aragón
Eduardo Carranza
Rosario Castellanos
Primo Castrillo
Rosalía de Castro
Luis Cernuda

E

Gonzalo Escudero

F

Samuel Feijó
Antonio Fernández Spencer

G

Alfredo Gangotena
Federico García Lorca
Enrique Gómez Correa
Antonio González-Guerrero
José Gorostiza
Escilda Greve

H

José María Heredia
Miguel Hernández
Julio Herrera y Reissig

I

Juana de Ibarbourou

L

Miguel Labordeta
José Lezama Lima

M

Helcias Martán Góngora
José Martí
Ernesto Mejía Sánchez

Enrique Molina

César Moro

N

Pablo Neruda
Friedrich Nietzsche
Salvador Novo

O

Olga Orozco
Carlos Edmundo de Ory

P

Germán Pardo García
Octavio Paz
Pablo Picasso
Félix Pita Rodríguez
Alfredo R. Placencia
Emilio Prados

R

Jorge Enrique Ramponi
Eugene Relgis

T

Luis Alfredo Torres

U

Angel Urrutia Iturbe

V

Guillermo Valencia
Gloria Vega de Alba
Juan Antonio Villacañas



Sobre las ilustraciones:

- **Fantastic People** por Allan Scott y Michael Scott Rohan (Galahad Books, New York, 1980). Pág. 15, 65: Les Edwards. Pág. 23: Tony Roberts. Pág. 39: Linda Garland. Pág. 80: Yvonne Gilbert.
- **Dream Makers: Six fantasy artist at work** por Martyn Dean (Paper Tiger Books, Inglaterra, 1993). Pág. 53: Melvyn Grant.
- **Daniel Gutiérrez Pedreiro**: 3, 8, 14, 18, 19, 20, 22, 28, 30, 33, 37, 43, 47, 48, 50, 54, 55, 58, 60, 61, 67, 69, 72, 75, 78

SERAFINA NUÑEZ
(1913-2006)



PEQUEÑA ELEGIA
POR UNA GRAN MUERTE

Era cuando la tímida estrella de la infancia,
cuando a mis mares niños todos los mitos eran playas.
Llegó un silencio oscuro mordido de naufragios
y la palabra ¡madre! me llovió ceniza y sal,
definitivamente,
mientras en el latido morado de aquel día
sus ojos se bebían las lunas de la muerte.

Serafina

